

Francisco Espínola (hijo)

Raza Ciega

Saltoncito

BUENOS AIRES

EDICIONES DE LA SOCIEDAD
AMIGOS DEL LIBRO RIOPLATENSE
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

**OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA BIBLIOTECA**

SOBRE FEMINISMO
Carlos Vaz Ferreira

CENIZA
Enrique Larreta

LA CRUZ DE LOS CAMINOS
Justino Zavala Muniz

SABATIÓN ARGENTINO
César Tiempo

SOMBRAS SOBRE LA TIERRA
Francisco Espínola (1919)

EL VIAJERO INMÓVIL
Samuel Eichelbaum

LOS ROMANCES CHÚCAROS
Fernán Silva Valdés

ALCIÓN
Alberto Zum Felde

EL OTRO LADO DE LA ESTRELLA
Raúl González Tuñón

TEORIA DEL NOUS
Emilio Gribe

EL HOMBRE IMPORTANTE
Alberto Gerchunof

EL PAISANO AGUILAR
Enrique Amorim

ESTAMPAS DE LA BIBLIA
Juana de Ibarbourou



EDICION DE LA
SOCIEDAD AMIGOS
DEL LIBRO RIOPLATENSE

OBR
EN I
SOBR
CENI
LA C
SABA
SOME
F
EL V
LOS
ALCI
EL OT
TEOR
EL H
EL P
ESTA

SOCIEDAD AMIGOS DEL
LIBRO RIOPLATENSE

Directores: (Uruguay) AGUSTÍN DE OCAMPO
ALFREDO M. FERREIRO

(Argentina) CÉSAR TIEMPO
ALFREDO E. MOEN

Asesor Artístico: ANTONIO PENA

Administrador para el
Uruguay y Argentina: ALFREDO E. MOEN

OFICINAS:

en Montevideo:
BACACAY N.º 1359
esq. SARANDI
U.T.E. 8 38 34

en Buenos Aires:
SANTA FE N.º 1983
U. T. 44-4519

COMITÉ CONSULTIVO:

URUGUAY

EMILIO FRUGONI
EMILIO ORIBE
CARLOS SÁBAT ERCASTY
JUSTINO ZAVALA MUNIZ
ALBERTO ZUM FELDE

ARGENTINA

MARIO BRAVO
ARTURO CAPDEVILA
SAMUEL EICHELBAUM
RICARDO ROJAS
JUAN TORRENDELL

R A Z A C I E G A

S A L T O N C I T O

VOLUMEN XXVII

EDICIONES DE LA
SOCIEDAD AMIGOS DEL
LIBRO RIOPLATENSE

OBR
EN E
SOBR
CENI
LA C
SABA
SOMB
F
EL V
LOS
ALCI
EL OT
TEOR
EL H
EL P
ESTA

ES PROPIEDAD
Reservados todos los
derechos de reproduc-
ción y adaptación.

Copyright by "Sociedad Amigos del Libro Rioplatense"
MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

PROTECCION

OB
EN
SO
CE
LA
SAB
SOM
EL
LOS
ALC
EL O
TEO
EL
EST



URU
863.6
ESP
raz
ej. 2

FRANCISCO ESPÍNOLA (HIJO)

RAZA CIEGA
•
SALTONCITO

Donde está



URU 863.6 ESP raz ej.2
FHCE/178521



BUENOS AIRES * MONTEVIDEO

178521
178521

178521

LITERATURA URUGUAYA

CUENTOS

SIBULO ~~XX~~

RAZA CIEGA

OB
EN
SOE
CEI
LA
SAB
SON
EL
LOS
ALC
EL C
TEO
EL
EL
EST

10-
II
SS

LITERARIO URUGUAY

CUENTOS

SI A LO EX

EL HOMBRE PÁLIDO

TODO el día estuvo toldado el sol, y las nubes negruzcas, inmóviles en el cielo, parecían apretar el aire, haciéndolo pesado, bochornoso, cansador.

A eso del atardecer, entre relámpagos y truenos, aquéllas aflojaron y el agua empezó a caer con rabia, con furia casi, como si le dieran asco las cosas feas del mundo y quisiera borrarlo todo, deshacerlo todo y llevárselo lejos, al río, al mar... ¡quién sabe a dónde!

Cada bicho disparó a su cueva. La hacienda, no teniendo ni eso, daba el anca al viento y buscaba refugio debajo de algún árbol, en cuyas ramas chorreaban los pajaritos, metidos a medias en sus nidos de pajita y pluma.

En el rancho de Tiburcio estaban solas Carmen, su mujer y Elvira, su hija. El, capataz de tropa de don Clemente Farías, había marchado para "adentro" hacía una semana.

Se hallaban en la cocina negra de humo, cuando oyeron ladrar el perro hacia el lado del camino. Vi-

chó la muchacha y vió a un hombre desmontar en la enramada con el poncho empapado y el sombrero como trapo por el aguacero.

—¡Lión! ¡Lión! ¡Juera! Dentre p'acá, —gritó Elvira.

—¿Quién es? —dijo la vieja, revolviendo la olla de mazamorra.

—No lo conozco.

—Güenas tardes.

Y agachándose, —la puerta era baja—, el hombre entró.

—Güenas. Sientesé. ¿Lo ha redotao l'agua? Saquesé el poncho y arrimelo al fogón.

—Sí, es mejor. Aquí nomás.

El hombre colgó su poncho negro en un clavo, cerca del fuego y sacudió el sombrero. Después, se sentó en un banco.

—¿Viene de lejos?, —curioseó la vieja.

—De Belastiquí.

—¿Y va?

—Pa l'estancia'e Molina, n'el Arroyo Grande. Pero me apuré mucho por l'agua y traigo cansadazo el caballo. Ansina que si me deja pasar la noche...

—Comodidá no tenemos... Puede traír su recaó y dormir aquí, en todo caso.

—¡Cómo no!... Estoy acostumbrao.

La muchacha, en un rincón sentadita, lo miraba de reojo. Y cuando oyó que iba a quedarse, sintió clarito en el pecho los golpes del corazón.

A la verdad que no era para menos. El hombre, delgado y alto, de cara pálida en la que se enredaba una descuidada barba que la hacía más blanca, no tenía aspecto para tranquilizar a nadie...

La vieja interrumpió sus pensamientos diciendo:

—A ver, aprontá un mate.

Y siguió revolviendo la mazamorra, mientras daba conversación al forastero que acariciaba al perro retirando la mano cuando éste rezongaba desconfiado de tanto mimo.

Elvira tiró la yerba vieja, puso nueva, le echó primero un poquito de agua tibia para que se hinchara sin quemarse y, en seguida, ofreció el mate al desconocido. Este la miró a los ojos y ella los bajó, pálida de miedo. No sabía por qué. Muchas veces habían venido así, de pronto, gentes de otros pagos que dormían allí y al otro día se iban. Pero esa nochecita, con el ruido de los truenos y la lluvia, con la soledad, con muchas cosas, tenía un miedo bárbaro a aquel hombre de barba negra y cara pálida y ojos como chispas.

Se dió cuenta de que la observaba. Los ojos encapotados, chupando lentamente el mate, el hombre recorría con la vista el cuerpo tentador de la muchacha...

Había que cansar muchos caballos para encontrar una más linda. Brillante y negro el pelo, lo abría al medio una raya y caía por los hombros en dos trenzas gruesas y largas. Tenía unos labios carnosos y

chiquitos que parecían apretarse para dar un beso largo y hondo, de esos que aprisionan toda una existencia. La carne blanca, blanca como cuajada, tibia como plumón, se aparecía por el escote y la dejaban también ver las mangas cortas del vestido. El pecho abultadito, lindo pecho de torcaza; las caderas ceñidas, firmes; las piernas que se adivinaban bien formadas bajo la pollera ligera; el conjunto todo, producía unas ansias extrañas en quien la miraba; entreveradas ansias de caer de rodillas, de cazarla del pelo, de hacerla sufrir apretándola fuerte entre los brazos, de acariciarla tocándola apenitas. . . ¡yo qué sé!, una mezcla de deseos buenos y deseos malos que viboreaban en el alma como relámpagos entre la noche. Porque si bien el cuerpo tentaba el deseo del animal, los ojos grandes y negros eran de un mirar tan suave, tan leal, tan tristón, que tenían a raya el apetito, y ponían alitas de ángel a las malas pasiones. . .

El hombre notó que la muchacha estaba asustada y se turbó. Le temblaba la mano al tenderla para entregar o recibir el mate.

Elvira fué despacito arreglando la mesa. Cuando estuvo pronta, los tres se sentaron a comer. Concluída la cena, mientras las mujeres fregaban, el hombre fué hasta la enramada, llevó el recado a la cocina y se sentó a esperar que hicieran la lidia, jugando con el perro, con León que, por una presa tirada al ce-

nar, había perdido la desconfianza y estaba íntimo con el desconocido.

—¡Mesmo qu'el hombre! —pensó éste.

Y siguió mirando el fuego y, de reojo, a Elvira.

—Hasta mañana, si Dios quiere, —dijo la vieja cuando terminaron la tarea—. ¿Precisa alguna cobija?

—No, el poncho está cuasi seco.

—¡Buenas noches!, —deseó la muchacha cruzando ligera a su lado, con la cabeza baja.

—Güenas.

Las dos mujeres abrieron la puerta que comunicaba con el otro cuarto, pasaron y la volvieron a cerrar. Al rato, se oyó el rumor de las camas al recibir los cuerpos, se apagó la luz, y todo fué envolviéndose en el ruido del agua que caía sin cesar.

El hombre tendió las cacharpas, se cobijó bajo el poncho con el perro y sopló el cadil.

El fogón, mal apagado, quedó brillando.

II

Un rato después se empezó a oír la respiración ruidosa y regular de la vieja. Pero en la cama de Elvira no había caído el sueño. Ahora que su madre dormía, el miedo la ahogaba más fuerte. El corazón le golpeaba el pecho como alertándola para que el peligro no la agarrara dormida, y su vista trataba en

vano de atravesar las tinieblas... De cuando en cuando rezaba un Ave María que casi nunca terminaba, porque lo paraba en seco algún ruidito que la hacía sentar de un salto en la cama.

A eso de la media noche, oyó bien claro que la puerta de la cocina que daba al patio había sido abierta, y hasta le pareció sentir que el aire frío entraba por las rendijas. Tuvo intención de despertar a su madre y no se animó a mover. Sentada, con los ojos saltados y la boca abierta para juntar el aire que le faltaba, escuchó. No sintió nadita. Y aquel silencio, después de aquel ruido, la asustó más, aún. No sentía nadita, pero en su imaginación veía al hombre de la barba negra clavándole los ojos como chispas, y veía el poncho negro, colgado del clavo, movido por el viento como anunciando ruina... Y como para convencerla de que era verdad que la puerta había sido abierta, seguía sintiendo el aire frío y percibía más claramente el ruido de la lluvia...

Efectivamente: el hombre, que se echó nomás sobre el recado, se había levantado a eso de la media noche llevándolo hasta la enramada y, después de ensillar, había salido hasta la manguera que estaba como a dos cuadras dejándose pintar de rosado por los relámpagos.

Otro hombre le salió al encuentro. Era un negro.

—¿Están las mujeres solas?, —preguntó ansioso.

—Sí, —respondió, sombrío, el otro.

—La plata tiene qu'estar n'algún lao. Empecemo.

—No. No empezamo.

—¿Qui hay?

—Hay que yo no quiero.

—¿Que no querés?

—Sí, que no quiero.

—¿Pero tas loco?

—Pior pa mí si m'enloquecí. Pero ya te dije. Vamonós p'atrás.

—¿El qué?

—Nu hay qué que te valga. Como siempre, ti acompaño cuando querás; pero esta noche, no, y aquí, meno.

—¡Hum! Si te salieran en luces malas los qui has matao, te ciegaría l'iluminación y aura ti ha dentrao po'hacerte l'angelito.

—Naides habla aquí de bondá. Digo que no se mi antoja y si acabó.

—Pior pa vos. Iré yo solo. ¡Qué tanto amolar por dos mujeres!

—Es que vos tampoco vas a dir.

—¿Dende cuándo es mi tutor el que habla?

—Dende que tengo la tutora, —bramó el otro, tanteándose la daga.

—¡Ah! ¿Querés peliar? ¡Me l'hubieras dicho antes. Siguramente ya habrás hecho la cosa y quedarás la plata pa vos solo. Pero no te veo uñas, mi querido. Venite nomás, —y desenvainó su cuchillo.

—¡Cállate, negro'e los diablos!, —rugió yéndosele arriba.

A la luz de los relámpagos, entre los charcos de agua, los dos hombres se tiraban a partir. El de la barba negra, medio recogido el poncho con la mano izquierda, fué dando vuelta para ponerse de espaldas a la lluvia. El negro comprendió el juego y dió un salto; pero se resbaló y se fué de lomo. El otro esperó a que se enderezara y lo atropelló. La daga, entrando de abajo a arriba, le abrió el vientre y se le hundió en el torax.

—¡Jesús, mama!, —exclamó el negro.

Fué lo único que dijo. La muerte le tapó la boca.

El otro, en las mismas ropas del difunto, limpió su daga. Después, enderezó hacia las casas, montó y salió al trotecito.

—¡Pucha qui había sido cargoso el negro Jacinto! —murmuraba—. ¡Le decía que no, y él que sí, y yo que no, y dale! ¡Taba emperrao!...

La lluvia, gruesa, helada, seguía cayendo.

PEDRO IGLESIAS

Pocos meses después de morir Pedro Iglesias, la viuda se casó con Ignacio, el indio del Puesto de los Talas que estaba en la Estancia desde hacía un año. Casamiento más triste, no habrá otro. A Luis María, el gurisito de nueve años, hijo de Iglesias, lo mandaron una semana antes para la Estancia de Vergara; y el día fijado fueron llegando el juez, el cura y pocos de los muchos invitados. Sobró de todo, hasta el vino, que se repartió entre la peonada cuando calcularon que ya no caería más gente. En la mesa larga, a la que habían agregado tablas fundadas en caballetes de recados, se sentaron los novios; ella, muy sonriente, él, igual a toda su vida: seco, serio, como si nada sucediera. A la derecha se puso el cura y, a la izquierda, el juez. Los otros asientos los ocuparon los padrinos, ocho o nueve mujeres de los puesteros a quienés hubo que invitar a última hora para agrandar la rueda y varios hombres, amigos no más, algunos y, otros, muy pocos, de la parentela. Cuando sirvieron los lechones, el

viejo Pascasio, tío de la novia, que ya estaba muy cargado, le dijo:

—Che, Juana, ¿ti acordás cuando te casastes la otra vez? Nunca he comido lechones más ricos. ¡Esos eran lechones! . . . ¡Parecían manteca!

La viuda tragó fuego. Y los concurrentes agacharon la cabeza como sintiéndose también culpables en aquella comilona hecha con la plata del muerto para festejar que se quedaba sin viuda. El cura, metiendo mucho ruido, comía cuanto le ponían delante y dejaba el plato tan como espejo que parecía adrede.

—¡Pero es cristiano que come!, —exclamó espantada la vieja Liberata, que no le sacaba los ojos.

Como la admiración de su vecina lo agarró con la boca llena, no hizo más que sonreírse el buen cura. Mas, cuando casi sin masticar, pudo tragar el pedazo de carne, arguyó, dulcemente:

—A conciencia tranquila, buen ap-et-ito . . .

Y el hipo le picoteó la palabra.

—¡Eso es una indireta! —replicó ella, siempre temerosa de que todo el mundo estuviera enterado de sus relaciones con el viejo Pascasio.

Fué a contestar, disculpándose, el cura, pero no pudo. Salía un hipo y ya tenía al otro en puerta. Entonces, el indio Bonifacio se le fué encima, puñal en mano, gritándole al refregárselo por las costillas:

—¡Aura te viá dar, gringo sarnoso!

—¡Jesús me ampare! —sollozó el fraile dando un salto.

—No si asuste, don, —tranquilizó el otro, envainando y riéndose a carcajadas—. Era pa que se le juese l'hipo. ¿No ve como se le pasó?

Resonó un coro de risas. Y el cura, mientras cabeceando y todavía sintiendo el corazón, sonreía también, llamó a una de las que servían.

—Hija mía, me llevaste el plato. Traémelo. Lo probé un poquitito, no más.

La tranquilidad volvió a reinar. Hasta que el viejo Pascasio, que eructaba seguido, dijo, de pronto:

—¡Pucha, mire que lo bromiábamo al finao Pedro el día que se casó! ¡Tamién, con lo zafao qu'era el finao Higiño, qu'estaba sentao juntito.

Al oírlo, el novio le clavó los ojos como queriéndolo partir, y la vieja Liberata, con disimulo, le metió codo para hacerlo callar. Pascasio la sintió y, no sabiendo por qué era, protestó, mirándola duramente:

—¡Vamos! ¡No rempuje!

Todos se fijaron en Liberata, quien cerraba los ojos y fruncía la boca como diciendo:

—¡Caso perdido! ¡Ta mamadazo!

Ignacio, el novio, grande, aindiado, con un pelo duro que se resbalaba por la frente en mechones y a cada instante necesitaba de la mano para levantarlo, casi no hablaba. Más que comer, lo que hacía era beber. Las copas del Carlón se vaciaban de una sentada entre sus labios grandes y carnosos . . .

Cuando las que servían trajeron las fuentes de arroz con leche, el novio sacó su daga de cabo de

plata y empezó a limpiarse los dientes con ella, cosa que imitaron los demás hombres.

Las mujeres fueron sacando de un vaso plumitas de perdiz.

El cura agarró también una, porque él no usaba cuchillo.

Y ya se oía sólo el ruido de los labios sorbiendo el arroz con leche, cuando Pascasio exclamó entre dos eructos:

—¿Ti acordás, Juana, cuando te casaste la otra vez? L'arroz si había quemao y...

—¡Güeno, hombre! —profirió enfurecido el novio—. ¡Déjese di amolar con los recuerdos del otro casorio! ¿O se cré usté que no tenemos más que pensar que cuando ella se casó la otra güelta? ¡Avisé!

—Pero don Inacio... —empezó a decir Pascasio.

A Ignacio le gustó aquel don que le ponían por primera vez y al que desde ese día tenía derecho por las diez mil y pico de cuerdas de la viuda; pero siguió, para hacerse respetar:

—¡Qué don Inacio ni don Inacio!! Usté se calla la boca o se manda mudar. ¡Avisé! Aquí nu hay más qui un casorio. Y al que no le guste... ya sabe.

—Ta bien, don Inacio. Yo siento haberlo incomodao.

—Callesé la boca, le digo, —volvió a gritar el novio, dando un puñetazo a la mesa y medio queriéndose incorporar.

—¡Dejalo! ¡Dejalo! ¡Tranquilizate, Inacio!, —rogaba la novia.

La frente tapada por los negros mechones, los ojos turbios del beberaje, el labio inferior bien salido, Ignacio repitió, dirigiéndose a los concurrentes:

—Aquí nu hay más que un casorio. Y al que no le guste... ya sabe.

Algunos vasos saltaron con el golpe que dió en la mesa, y el mantel, en partes, quedó teñido de rojo obscuro.

—¡Alegría! ¡Alegría! —exclamó Enriqueta, la del Puesto de los Sarandíes, más que por nada, por cambiar de conversación.

Y mojando los dedos en el Carlón derramado, se los pasó por la frente.

Todos hicieron lo mismo. Hasta el cura se dejó pintar de vino, y se reía por el que tenía del lado de adentro.

El juez, con los ojos irritados y chiquitos, estaba encorvado, mirando cómo, poco a poco, el mantel iba quedando overo. Alguna vez, arrastraba dos palabras al novio, quien sólo le contestaba cabeceando.

Después de comer trajeron, para unos, mate de café y, de té, para otros. El cura, echando por boca y narices la humareda de su toscano, barajó de los dos y siguió pegándole al vino como hacían los demás hombres y algunas de las mujeres. Al rato largo, el juez se acercó para decirle:

—¿Qué le parece si empezáramos de una vez?

—Bueno. ¡Cómo no!... Le agradezco mucho porque me había olvidado. ¡Tengo una cabeza! Esté...

¿Gusta un poquito de vino? ¿No? ¿No toma? ¿Por qué no toma?

—Porque no se me antoja, so cargoso, —atajó el juez, molesto.

El cura lo miró muy extrañado. Y después, sin saber por qué, se quedó tristísimo.

El novio había desaparecido y lo buscaban inútilmente cuando Liberata apareció asombrada.

—¡Si está durmiendo la siesta n'el cuarto'e la patrona, —alborotó.

La novia, seguida de dos o tres mujeres más, se dirigió a su pieza. Y tanto zamarreó a Ignacio, que éste, al fin, se enderezó en la cama, preguntando alarmado:

—¿Qui hay?

—¡Pero no ves que es la hora'e casarnos, mi querido!

Frunció él la frente, pensó un momento y, después, sin decir palabra, se levantó. Mientras abría la boca bostezando y desperezándose, ella le dió una cepillada, le anudó bien el blanco pañuelo de seda y le dijo, besándolo:

—Güeno, vamos, mi querido, que nos están esperando.

Al atardecer, los novios ya habían quedado solos.

II

La vida de Ignacio no cambió con la nueva posición. Comía lo mismo, tomaba la misma caña, en vez de otra bebida más fina, se vestía igual que antes. . . Alargó, eso sí, las siestas, porque lo despertaba Juana ansiosa siempre de caricias, e hizo trotar a Bonifacio veinte leguas con el coche para traerle del pueblo un buen recado con cabezadas y estribos de plata maciza y flores de oro, donde se prendían sus iniciales.

—El recaio del finao, —dispuso—, le pertenece al hijo.

Y agregó:

—El recaio y el caballo no se tocan.

No había empezado aún a ocuparse de la Estancia. Todo se hacía bajo el mando de Vicente, el capataz, quien, antes de comer, iba siempre a recibir alguna orden y no aparecía hasta la tardecita en que volvía a conversar, mateando, con Ignacio. Pero si éste no cambió, la viuda había tenido un buen levante. No hubo tela de la que no llevara un poco en alguno de sus trajes. Del pueblo vino una carga con toda clase de vestidos; y la ropa blanca era tan primorosa, que a la muchacha del mate le metió una fogata en el cuerpo. . . Solito la ropa blanca, —¡aquellas camisas bordadas a mano y con cintas de colores!, ¡aquellos calzones llenos de puntillas!—, solito ella fué la

culpante de que al fin Serapito, el peón, consiguiera lo que deseaba. La pobre chiruza, al contemplar aquellas hermosuras que eran para verse cuando se sacaba la ropa de afuera, empezó a pensar, sobre todo por la noche, en cosas que nunca había pensado y que ahora le daban sacudones en la carne. Suponiendo a la patrona, delante de su marido, cubierta sólo por una de aquellas camisas tan casi sin género, puro puntilla y escote; imaginándosela así, adivinada toda, le vino un fuego, un fuego que, para matarlo, fué necesario que Serapito se le echara encima, pasando el alambrado, entre las chircas...

Para Juana no había polvos que blanquearan bastante, ni agua de olor que la perfumara como quería. Cumplía dos gustos: el de parecer mejor a los ojos de Ignacio, y el de derrochar la plata que siempre le "tironeó" su primer marido.

Y queriéndose todo el día, desde la mañana hasta la noche, habían pasado ya dos semanas, cuando en el alma de Juana se apagó un poco el fuego de pasiones al pensar en su hijo, en Luis María.

—¿No te parece, Inacio, qu'es tiempo'e trairlo? Si no ¿qué v'a decir la gente? Y yo tengo ya también muchas ganas de verlo.

—Se trairá mañana mesmito, —respondió su marido—. Yo, al gurís, lo quedré como si juese mío.

—¡Ah, qué lindísimo vamo a estar los tres!

—Será ansina.

Al otro día, Ignacio ensilló su zaino y el petizo de

Luis María y, llevando a éste de tiro, enderezó a lo de Vergara, que quedaba a casi cuatro leguas. Antes del mediodía ya estaba de vuelta con el niño. Juana abrazó a su hijo, y éste, sin decir palabra, sin contestar a las preguntas de ella, la besaba como hambriento de besos. Y cuando Ignacio arrimó también una caricia al niño, él lo miró de una manera extraña que pasó inadvertida.

—En tuito el viaje, a gatas si dijo dos palabras, y eso con cuarta ⁽¹⁾, —contó Ignacio a su mujer.

—¿Extrañaba mucho, m'hijo?

El dijo que sí con la cabeza y volvió a pegar su cara al pescuezo desnudo de su madre.

III

La tierra ardía bajo el sol terrible, cubierta a gatas con un ponchito de gramillas roto por todos lados como poncho de mendigo. En el horizonte negreaban las nubes; pero de allí no se movían, sin ánimo para avanzar hasta el sol y taparle el fuego. Abajo, los lanares amontonábanse alrededor de cualquier cosa que diera un poco de sombra, juntas las cabezas y las ancas afuera. Los pajaritos, al lado de los nidos, abrían sus picos para juntar más aire; más de aquel aire que, por esponjado, no rendía nadita. Súbita-

(1) Tirar una cuarta — arrojar un cabo.

mente, de entre ellos, uno temblaba con los ojos dilatados, fijos en dos chispitas frías delante de las cuales, y más abajo, surgía vibrando una llamita negra. Quería huir, entonces, y apenas si daba un paso atrás, enlazado a los ojos y a la lengüilla que cada vez se acercaban más empujados por la cinta verde-oscuro del tronco del ofidio. Entre las piedras ardiendo, el lagarto juntaba sol, inmóvil, despatarrado. Y la chicharra celebraba sus extraños ritos bajo los pastitos chupados y frágiles, elevando su plegaria inescuchada como todos los cánticos.

Desde lejos, árboles, piedras, bestias, boyaban en aquella atmósfera a la que se veía ondular...

Guarecidos del día, en la glorieta, estaban sentados Juana y su marido. Ella lo había rodeado entre sus brazos y, echada bien arriba, lo besaba. Ignacio, al principio indiferente, fué poniéndose cada vez más colorado y, en una, le abrazó también con fuerza, hasta el dolor. El ansia había quemado la palabras. Mudos, resollando, se apretaban los labios contra los labios. Una mano de Ignacio, que andaba sin rumbo recorriendo el cuerpo de la hembra, se detuvo en el escote y se metió, por él, entre las carnes tibias y trémulas. Un ¡Jjjj! lleno de desesperado deseo salió del fondo de la garganta de ella. Y en ese momento, con los puños crispados y ahogado por los sollozos, apareció entre las ramas Luis María.

—¡Hijo'e mil...! —gritó.

La mano de Ignacio escapó del seno y, en su apu-

ro, rasgó la seda de la bata. La carne que había estado contenida se echó afuera como retozando. Esto confundió más a Juana que, bajando los ojos, se tapó. Ignacio, pálido, se perdió entre las ramazones sin mirar al niño. Los puños todavía amenazantes, éste rugía a su madre con voz que ya no era de niño por lo amarga, por lo doliente, por la rabiosa:

—¡Qué mala es, mamita!

—¡Pero m'hijito! —gimió la mujer.

—¡Sí, m'hijito, arrastrada!

—Cres que no te quiero? ¡Mirame llorando! ¡Mirame, m'hijito!

El no contestó. Con la boca crispada por los sollozos, temblaba. Ahora había bajado los brazos, y sus manos, débilmente dobladas, parecían dos palomitas muertas de frío.

—Yo te quiero mucho a vos, m'hijito. No siá malo con su mama. Yo lo quiero...

—¡Sí, si me quiere tanto como a tata!

—¿Pero y qu'iba a hacer solita?

Luis María no la oyó. Había dado vuelta y, sin rumbo, atravesaba las ramazones, llorando sordamente.

Juana no podía más.

—¡Qué desgraciada, Dios mío! ¿Y qu'iba a hacer si yo quería a Inacio? Y si la Iglesia consiente, ¿por qu'es malo pa m'hijo? ¡Mi ha dicho arrastrada y todo!

En su desconsuelo, en sus gemidos, en sus lágri-

mas, no advirtió que un seno se le había escapado otra vez por la rasgadura de la bata. El pelo le caía en mechales, mojándose. De los restregones, los ojos cada vez se le ponían más irritados.

Ignacio volvió para tratar de calmarla. Al verla con el seno afuera, exclamó en voz baja, sombrío:

—¡Che, tapate!

Juana se cubrió. Y mientras seguía el llanto, con un alfiler prendió el pedazo de seda rota. Después, ella llorando siempre, él mirándola, se quedaron un rato.

—¡Güeno, güeno! —saltó Ignacio súbitamente—. ¿Y qué miércoles quiere el gurís? ¡No faltaba más! Con unos güenos lazazos yo prontito li haré dir todo. ¡Avisé pues, amigo! ¡No faltaba más!

Juana lo abrazó, entonces.

—No, no, Inacio, dejalo, —imploró—. No lo toqués. Se l'irá pronto todo. Yo lu aconsejaré. Le mostraré todo bien claro. Y él es güeno. Verás vos que...

—¡Eh! Yo sé lo qui hago. Que se descuide... y lo curto.

—No siás ansina. Yo soy su madre. Dejame a...

—Y yo soy su marido. Y se me calla la boca aura mesmito o le ruempo l'alma. Aquí mando yo, ¿comprinde? ¡Y al que no le guste... ya sabe!

—¡Ah, m'hijito!, —suspiró Juana—. ¡Parece esto un castigo!

—Callesé, reventada'e los diablos. ¿Pa eso me tendistes l'ala? ¿Pa salir después con las cosas de tu hijo y con tus llantos? ¡Lindo casorio, éste! A los

cuatro días, dijustos, custiones, y uno tiene que cruzarse'e brazos. ¡Avisá! Aquí mando yo. Y me palpita que te viá dejar overo el lomo, prontito nomás, oveja'el diablo. ¿Qué miércoles quieren aura? ¿No me casé, no están tuitos los papeles en güena lay y firmaos po'el juez? ¡Avisá, avisá! Yo prontito nomás te corto las alas. Mujeres sobran n'este mundo.

—Pero no siás malo, Inacio. ¿Yo qué ti hago? Me matás. Yo te quiero mucho. Mirá como te quiero. ¡No ves que yo te quiero mucho!

Ignacio se calmó. Y haciendo a un lado la cara para librarse de la lluvia de besos, exclamó:

—Dejate'mpalagos.

Después, mientras Juana, entre llantos, lo seguía besando por los ojos, por la frente, por el pescuezo, por donde cayera, él, sin darse cuenta, la fué apretando. Bien pegadito a ella, le empezó a hablar, olvidado de su furia, palabras dulces, buenas... Y, de repente, dijo, incorporándose:

—Vamo p'al cuarto.

Había en su rostro tal deseo de bestia y una expresión tan imperiosa, que Juana, secándose los ojos todavía, lo siguió.

En un galpón, tirado sobre una pila de cueros secos, lloraba Luis María.

IV

Pasaron muchos soles por encima de los campos de la Estancia, estirados hasta más allá del horizonte. Aquella noche de pesado calor, que en fija traería tormenta, se habían sentado en el patio Ignacio y Juana.

Lejos de ellos, en un banquito de ceibo, estaba Luis María, los codos en las rodillas y las manos oprimiendo suavemente la cara. Su vista se iba y se iba hacia el frente y, cuando llegaba a la borrosa unión de la tierra con el cielo, subíala por éste y la dejaba perder entre el estrellerío. El cielo como semejava un camoatí con sus avispas de brillantes alas; y una franja blanca, que lo atravesaba por el medio, parecía el humo de una fogata, la luna llena, encendida adrede, para espantar el enjambre. . . El niño imaginaba así, y había seguido pensando que, en vista de que el humo no podía con tanto insecto, después prenderían otra fogata más fuerte, el sol, que acabaría con todas las avispas. "Y Dios es el que priende las fogatas. Dios, el de la barba blanca", —soñaba.

Entonces pensó en su padre, que estaría allá arriba, lejísimo, al lado de Dios, ayudándole a hacer fuego...

—¡Ay tatita! Al principio yo creiba qui el malo era él, nomás. Pero ella tamién es una bandida. Se pasan besándose. Los he espiao, los he bichao, y ella

lo busca, lo abraza, lo besa. . . ¡Es una chancha, ella, tatita!

Su tata, a esas horas, andaría arrimando para la fogata del día siguiente, sin acordarse de él, sin poder oírlo, siguiendo a Dios, el de las barbas blancas. . . Tapado por la noche, el gurí se sintió más solo que nunca. Y sin poderlo contener, un gemido disparó de su garganta, labio afuera.

Juana, corrió.

—¡Ave María, no siás ansina! ¡Si seguís ansina te vas a agarrar una enfermedá, por Dios bendito!

Ignacio se había quedado mirando, sin moverse, porque, como hacía días que no se hablaban con el niño, no quería dar el brazo a torcer.

—Güeno, vamo'acostarse —rogaba la madre—. Y no siá ansina que, si no, no lo viá querer más.

Luis María se dejó llevar a la cama y desnudar; pero, después, metió la cabeza entre las cobijas para que su madre no lo besara.

Esta, dándose cuenta de eso, salió con una desesperación que le trababa las piernas.

—Igualito al finao, caprichoso, —dijo suspirando.

Oyóla Ignacio y tuvo un sobresalto. Fué un chicotazo, como cuando se le recibe a traición, sin sentir más que el golpe.

Pero al acostarse, los ojos de Ignacio y los ojos de Juana, cerrados y todo, sintieron la cara huesosa, larga y altiva de Pedro Iglesias.

V

Recién andaba haciendo fuerza el sol por treparse al cielo, despegándose de unas nubes que lo ahogaban, cuando ya Ignacio estaba en la segunda cebadura. Y al ratito, Juana entró a la cocina.

—Madrugastes hoy, —observó ésta.

—¡Tamién!... ¡Vos nu hacías más que revolcarte!

—¡Pero Inacio, si eras vos! Yo te sentí tuita la noche.

—Entonces vos tampoco dormistes.

—No pegué los ojos.

—¿Y por qué, caray, ha sido eso?

—¡Yo qué sé!

—¿Cómo yo qué sé, sarnosa'el diablo? Yo te vi'a dar que contestés ansina a tu marido. Tabas mal enseñada, pero yo te vi'a domar como pa que te monten hasta sin freno. Tu otro marido debió'e ser maturrango y...

Iba a seguir, pero paró en seco. Habló adrede, para decir esa misma frase que ya tenía pensada y, al llegar a ella, reculó. Tuvo miedo, un miedo extraño, un miedo que se agrandó cuando vió los ojos dilatados de Juana que lo miraron con el terror de quien teme que el mal aludido pueda estar oyendo.

Ignacio bajó la cabeza y empezó a pasearse, chupando el mate. Al rato, preguntó con cautela:

—¿Y por qué no dormistes?

La respuesta se hizo esperar, pero llegó, por fin.

—Pensaba n'el finao.

Ignacio, que colegía, que ya sabía, confesó con la vista en el suelo:

—Yo tamién no dormí pensando n'él.

Se quedaron callados.

De pronto, alzando la cabeza y mirándola, él habló:

—¿Decí, vos tas arrepentida di haberte casao conmigo?

—No, Inacio, yo no.

—¡Ah!

Chillaba la "pava". Oíase el ladrido de los perros persiguiendo a algún bicho desgraciado "que si había dejao bombar..." El patio se llenaba de enfáticos gallos y de gallinas discretas que, conociéndolos muy bien, sólo les hacían caso cuando querían hijitos. Estos, caminando como con zancos detrás de las madres, recibían la peripatética enseñanza distrayéndose constantemente, debido a lo cual, muchos tendrían que aprender por experiencia que no se debe saltar sobre los cuzcos dormidos, ni acercarse a los patos, que se irritan cuando los sacan de sus cavilaciones... El día parecía empujar delante de la luz rumores claros.

—Entonces nu estás arrepentida. Y tiene que ser ansina. Yo soy güeno... te quiero... cuido tus intereses... No te falta nada, agacho el lomo como un pión...

—Yo estoy muy contenta con vos. Vos sos muy güeno.

—¡ Si seré! Otro, ya hubiera tomao medidas y hubiera hecho tocar p'algún lao al gurís. Ta muy inoportable. Antes era connmigo, solo; aura l'ha agarrao con vos, tamién. . .

Se calló porque vió a Luis María entrar a la cocina.

Dió éste los "Güenos días" y enderezó hacia el fogón a aprontar su matecito, mientras dejaba calentar la caldera, regalo con aquél, para su santo, del finado su tata.

—¡ Es igualito! —pensó Juana. Y con un presentimiento se le acercó.

—¿ Dormistes bien, m'hijo?

—No.

—¿ Con quién soñastes?

El niño miró sorprendido, desconfiado y, después, respondió con rabia, secamente:

—Con tata.

Juana, que iba a seguir preguntando, se detuvo ante el tono brusco de la frase y volvió a sentarse junto a su marido, separando un poco su banco, por el niño.

VI

Pasaron varios días, y ni Ignacio se acordó ya un momento del cuerpo tentador de su mujer, ni ésta lo buscó, como antes, con ardientes caricias. Se habían vuelto secos, reservados, lunáticos. Por cualquier co-

sita, la zotera de Ignacio caía machucando el lomo de Juana quien, —como tienen que hacer las mujeres—, aguantaba llorando pero sin insubordinarse. El niño no los veía porque de los galpones no salía más que para comer. Todo el día pasábalo con la vista perdida en la inmensa llanura del campo de los suyos.

Cuando el rebenque la lonjeaba, un deseo aparecía, violento, en el alma de Juana.

—¡ Ah, si m'hijo juese grande!

Pero se arrepentía en seguida. Pedir ayuda a su hijo no, porque ella quería con todas las fuerzas de su carne y de sus huesos a Ignacio; a aquel que de bueno que era, se había vuelto malo y extraño de un tiempo a esa parte. Arrimarse a su hijo en contra de su marido, no podía ser. Luis María era muy gurí y por eso todo lo que hacía carecía de fundamento y no debía hacersele caso. No era delito haberse casado. Todo había sido decente. Un poco apurado el casorio, era verdad, pero ¿qué iba a hacer sola en el mundo?

Sin embargo, a pesar de estos pensamientos tranquilizadores, algo en su interior la picoteaba fuerte, como "carpintero" ⁽¹⁾. Flaca, pálida, ojerosa por el desvelo, Juana se sentía cada vez más acorralada. Y su alma loca iba de un lado a otro; tan pronto hacia Luis María, como a fundirse con el alma de Ignacio.

⁽¹⁾ *Carpintero*: Pájaro americano, de agudo pico trepanador.

Este, tan ensimismado, tan sombrío y a veces tan manolarga para arrimarle rebenque, le producía un espanto singular, pues en vez de alejarla la atraía más y más a él, cual si encontrara, en los brazos castigadores, refugio de algo que no comprendía... Y al tocar con su mirada la mirada de su hijo, sentía frío.

Ignacio también percibía en su alma ideas oscuras que se amigaban con otras para formar largas, extrañas cadenas que terminaban siempre en el finado Iglesias. El recuerdo de éste, como un tábano, se le venía encima. Para tenerlo en seguida otra vez, no había más que espantarlo. Y eso empezó a "cuartiar" un deseo: el de huír de la Estancia y de la viuda; el de perderse y no volver más nunca. Se empezó a acordar de su pago, cosa que no le ocurría desde muchos años. Clarito se le pintaban los lindos lugares donde se crió. Parecía que alguien, jugando con él, le mostraba cosas bonitas para engatusarlo. Veía los viejos ranchos de sus tatas, con aquellos ombúes enormes. Veía la laguna, tirada atrás de los sarandíes; la pulpería endomingada con gente en la que reconocía a todas sus antiguas relaciones... Lo embargaban unas ganas muy grandes de volver a la querencia. Y eran tan grandes las ansias, que no lo dejaban pensar en la contra, en el quedarse...

En un amanecer, cuando todavía se mateaba en la cocina de los peones esperando la última vuelta del asado, Ignacio ensilló su zaino, sin desmontar abrió

la portera y le cerró piernas al flete, que salió al galope. Cuando vadeó el arroyo, lo contuvo, largándolo al trote.

Juana, al levantarse y no hallarlo, miró hacia donde le indicaron los peones y lo vió en momentos en que parecía tocar a la vez la tierra y el cielo, todavía en sus campos, en el linde del horizonte. Presintiendo todo, delante de la peonada sorprendida lanzó un gemido desgarrador. Corrió al cuarto del niño, lo sacó en brazos y, mostrándole lo que ya no era más que una manchita, sollozó:

—¡Míralo, ya se va!

El gurí clavó primero sus ojos achicados por la luz viva en los llorosos ojos de Juana y, después, se puso a mirar el punto negro.

YERRA

A ver, Ugeño! Ladiate p'al costao... ¿No tas viendo que v'a salir derecho p'ahi?

—No mi había fijao. Aflojenlén nomás.

—¡Hupalalá! ¡Hupalalá!... ¡Juera! ¡Juera!
¡Juíjujúí!

Al sentir flojo el lazo que le había pegado las patas, el novillo se pudo levantar y, con la llaga humeando todavía, huyó. Algunos aficionados lo corrieron para tantearse el brazo.

En una, sólo las patas del novillo se levantaron. Las manos, rodeadas por la víbora de trenza, se quedaron clavadas como estacas en el suelo y el cuerpo pesado dió en tierra.

—¡Juá! ¡Juá!

—¡Hijo'e tigre! Me palpitó que lu errabas.

El animal se levantó "rengueando perdido". Por debajo de la choquezuela, le salía una astilla de hueso, blanquita, resaltando en lo negro del pelaje.

—¡A la pucha! ¿Y aura?

—Taremo'e concuero.

—¡Don Ulogio!... ¡Don Ulogio!
El capataz dió vuelta su caballo y se acercó al galope.

—Han quebrao, —dijo.

—Es ansina. ¿Dijuntiamo?

—Güeno. Y n'otra güelta tengan más cuidao. No maturranguen.

Uno sacó entonces su daga y se la mandó al novillo en la "olla", haciéndose a un lado, por las dudas.

El animal volvió a caer. Menos mal que esta vez sería la última. Temblequeando, pasó la lengua por el pasto, alzó la cabeza con los abiertos ojos llenos de asombro y la dejó recostar.

Cuando el matador retiró la daga, tibia por el calor de la carne donde había hecho vaina, un chorro de sangre le empapó la mano.

Estaban de yerra, y tendrían para rato porque la Estancia de don Tiburcio Martínez era mentada por lo grande...

En aquel entrevero, sólo dos cosas estaban quietas: la fogata en un lado y, en otro, el tumbero ⁽¹⁾ al cual iban de cuando en cuando los peones porque allí, guarecida del sol, estaba la damajuana de caña; de ese fuego líquido tan lindo y tan bueno para aguantar el otro fuego...

Eugenio se había corrido a la derecha, hacia el brasero, para agarrar uno de los hierros y relevar al

⁽¹⁾ Carrito en que se lleva marcas, provisiones, etc.

que hasta ese momento marcaba. Habíase demorado un instante después que se bajó del caballo, —estuvo enlazando un rato—, porque, al ir a "besar" una botella de caña, encontró en el tumbero a Jesús, aquel de la cuestión en la pulpería, a quien, si no hubiese sido por los concurrentes, lo cose a puñaladas, ese día. Y tanto asco le tenía, que esperó a que se fuera para acercarse. Por el lío con Jesús, él tendría que dejar el *pago*, pues el patrón, sabedor del odio que, a la fuerza medio apagado, en cualquier momento reventaría en llamaradas, había ya determinado su marcha para la otra Estancia, la del Cebollatí, en cuanto terminara la yerra. Iba mejor, con más sueldo, de puestero, pero...

Un pardo venía trayendo una vaquillona. Cuando estuvo cerca, le ganó de atrás y la atropelló. Disparó el animal hasta que el lazo certero de uno de a pie, arrojado cuando aquél levantaba las manos en el aire, pasó bajo de ellas y le rodeó las patas y lo tumbó. Mientras otro lo señalaba rajando a cuchillo una parte de la oreja, Eugenio puso la marca en el "cuarto". Salió el humerío con olor a carne chamuscada, la retiró después y, en tanto que corría hacia el fuego a dejarla calentar, la vaquillona huyó mugiendo dolorida, puede que pensando por qué la hacían sufrir así, ¡a ella!, ¡a ella, tan buena, que estaba tan tranquila en el campo, pastando!...

Eugenio calculó cuál de las otras marcas que entre las brasas había estaba más caliente, la agarró y vol-

vió a salir corriendo, pues ya venía otro animal, —un torito al que había que dejar entero—, enlazado por uno de los de a caballo. Y quien lo traía, de no ser tan baqueano, se las hubiera visto mal, —estaba solo, el hombre, sin la ayuda de otro lazo que tirara en sentido contrario—, porque el torito se le venía como leche hervida. ¡Pero de adónde alcanzarlo! Cuando quiso acordar, se hallaba en el suelo, sintiendo en su carne el fuego de la marca.

Eugenio le abrió cancha, en seguida, y fué a cambiar de fierro.

Aflojaron y el animal disparó. Pero, enredado en el lazo todavía, se fué de hocico. Y, en vez de seguir derecho, torció para el lado del tumbero, yéndosele encima a Jesús, que volvía a la caña, de espaldas al peligro.

—¡Guarda! ¡Epa! ¡Epa! ¡Guarda!

Era tarde. Cuando el mozo, oyendo, dió vuelta la cabeza, tenía al ladito al toro y no atinó más que a huir, con el ruidaje de las pezuñas detrás.

Ya contábanlo perdido, —todo sucedió en un momento y nadie tenía preparado el lazo, a no ser Norberto, que se había quedado frío—, cuando Eugenio, que recién sacaba del fuego otra marca, se afirmó bien a la agarradera con las dos manos y, haciendo un tremendo esfuerzo, se la encajó a la bestia en el cogote, al pasar ésta por su lado con las astas tocando ya a Jesús.

El animal desvió al sentir el dolor y el empuje,

Eugenio se fué de barriga contra el suelo y, cuando se levantó, el pardo tenía enlazado al toro, vuelto contra el caído para deshacerlo a cornadas.

Jesús, resollando, se acercó a su salvador, que se levantaba dolorido por el golpazo.

—¡Mi has salvao la vida, Ugeño! ¡Ti agradezco!
Y le tendió la mano.

El otro, haciendo como que no la veía alargarse amistosa, contestó, sombrío:

—No tiene por qué agradecer.

Y dióse vuelta.

Jesús se quedó parado... bajó la mano... se puso pálido... después colorado... después otra vez blanco... Y se fué hacia el tumbero.

Un grupo había rodeado a Eugenio y decía, entreverándose:

—¡La pucha! ¡Lo qu'es si nu andás tan pronto!

—¡Qu'idea tuvistes!

—¡Ti has portao, Ugeño!

—Dejenmén, —exclamó éste con voz sorda—. Yo qué sé... Un disgraciao d'esos... Un pillo... ¡Más mejor que li hubiera sumido las guampas! Jué una zoncera mía. ¡Al cuete! Un disgraciao d'esos... Un pillo...

—¡Pero avisá, hermano, no siás bárbaro!

—¡Qué! Un disgraciao... Un pillo... Más mejor que lo corniara. ¡Pucha digo! ¡Una macana al cuete!

—¡Guarda! ¡Guarda la ronda! ¡Hupalalá! —cortó un enlazador, con un torito del lazo.

FRANCISCO ESPÍNOLA (HIJO)

Otro lo pialó, trayéndolo al suelo.

—¡Marca! ¡Marca! ¡Apurensén!

Y siguió el entrevero de bestias que caían, de humo, de olor a carne achicharrada... Y volvieron a oírse el giterío de los hombres y el mugir dolorido de los quemados por los fierros.

MARIA DEL CARMEN



No había subido el sol a la mitad del cielo, cuando a los ranchos del viejo Nicanor Fernández llegó un gurisito, cortando campo, corriendo, por entre masiegas.

—Ña Casilda, manda decir madrina que vaya en siguidita, que la finadita María'el Carne si ha matao.

—¿Qué has dicho, muchacho? Que María'el Carne...

—Sí, se tiró al pozo. Padrino nu estaba. La tuvimo que sacar entre nosotros, riciencito. Que vaya pronto, dice.

Y se fué el gurí a todo lo que daba, mientras la vieja alborotaba a sus hijas, de amasijo en la mesa larga del comedor. Después se calzó apurada las alpargatas que llevaba en chancletas, y salió disparando, seguida por las tres muchachas, demoradas por mirarse un instante al espejo.

Como a la media cuadra rodó la vieja y hubo que ayudarla a levantarse. Pero volvió a correr, mientras decía, confundida por la noticia:

178521

—¡Pobre comadre Remigia! ¡Qué espantoso! ¡Tan linda y tan güena la pobrecita! Dios la haiga perdonao y la tenga en su santa gloria... ¡Pucha que las tiró a las masiegas, cuasi me voy de lomo otra güelta!... ¡Vean ustedes, apriendan! Lo que pasa por no confesar todo a las madres. Ya me maliceo qui algo'e zafaduría será. ¡Apriendan, m'hijas!

Al llegar, las recibió el griterío. No había más que mujeres.

El viejo Rudecindo estaba en la pulpería, y para allá iba que se las pelaba el gurí de los mandados.

Entraron y el clamor se hizo más fuerte. ¡Claro! Había cuatro más a llorar, a desesperarse conformándose.

—¡Qué me dice, comadre! ¡M'hijita 'el alma! ¡M'hijita! ¡M'hijita! ¡Cuando la vea el padre! ¡La mimosa d'él, la que le cebaba el mate, la que li hacía todo...

—Hay que tener resinación. Pasencia. Dios lo quiere ansina.

Las muchachas se habían entreverado, llorando, sin decir palabra. La menor de las Fernández, Juana, fué la primera que miró a la difunta.

—¡Está igualita! —dijo.

Y ella, que todavía no lloraba, largó el trapo por eso, porque la muerta estaba igualita y, sin embargo, ya no era la "María'el Carme" de los niditos, de los macachines, de los huevos de terutero.

La pobre se hallaba arriba de una cama, con las

ropas empapadas, que se le pegaban a las carnes firmes, más duras aun por la muerte, que las aprieta primero y, después, las va aflojando, aflojando, hasta que las acaba dejando el hueserío, al que también le llega el turno. Mojada como estaba, las piernas se le pintaban clarito, y se veían los pezones levantando, con sus chuzas, la zaraza. Su cara tan bonita, —nunca habrá otra cara más bonita en todo el pago—, estaba machucada, seguramente de la caída. Un ojito lindo y verde como la hoja, ahora vidriado, había quedado solo y, angustiado, vichaba. El otro, se había reventado en alguna piedra del fondo, o en alguna raíz dura, o en quién sabe qué cosa.

El pelo, rubio, se le pegaba al pescuezo desnudo en mechones que, más abajo, se mezclaban con las cobijas revueltas. La boquita abierta, parecía querer tragar todavía más agua o, a lo mejor, echarla toda afuera y no volverla a probar más nunca, arrepentida.

—Güeno, güeno, comadre! Hay que tener juerza'e voluntá y no dejarse dominar! ¿Qué deja entonces pa las muchachas?, —intervino Casilda.

Palabras bobas que resbalaron en el alma de la otra vieja. ¿Quién sino ella iba a llorar a su hija, a aquella de ojos verdes que parió en una noche de tormenta, mientras su marido peleaba con los suyos quién sabe adónde? Sin ayuda de nadie la echó al mundo, pues sus hijas eran muy chicas y las mandó a la cocina para que no vieran. Y recién al rato cayó hecha sopa Jesusa, que había tenido que ir a asistir a

la de Ibarra... "La misma edá tiene Felicia que la mía", —entreveraba la vieja en su desesperación—. "La mes..."

Juana, mandaba por su madre, fué a aprontar un mate de cedrón con ruda. Sin llegar a la cocina, volvió gritando:

—Arriba'e la cama'e la finadita había esta carta.

—¡Dámela!, —mandó la madre de la difunta.

Y, sin saber leer, rompió el sobre y remiró la escritura.

—Traiga, mama, traigalá p'acá, —dijo una de sus hijas—. ¡Y es p'al juez! ¡Nu hay qui abrirla! —agregó curiosa e irresoluta.

—¿Y porque sea p'al juez no se puede ler? Esas son bobadas. Nu hay qui hacer caso, —aconsejó Casilda.

La muchacha, entonces, empezó a leer fuerte: "Señor Juez muy señor mío paso a decirle que me he matado por mi voluntá pero por lo malo que ha sido Pedro Fernández el de doña Casilda que me engañó sabiendo lo buena que yo era y..."

—¡Has leído mal!, —gritó, horrorizada, Casilda.

—¡Jesús santo! —sostuvo la lectora—, así dice, aquí mesmito...

La madre de la difunta no se pudo contener más.

—¡Y ustedes aquí, en la casa d'ella, frente d'ella, pedazos de sarnosas, chusmas, bandidas! ¡Salgan ligero, piojosas arrastradas!

—¡Pero nosotros qué culpa tenemos!, —sollozó Casilda hincándose en el suelo.

—¡La de parir tigres, arrastrada'e los diablos! ¡Salí que no te quiero ver más nunca! ¡Juera! ¡Juera! ¡Perdición! ¡Malditas!

Empujándose unas con otras, salieron las cuatro desgraciadas. Y se apresuraron más cuando oyeron que desde la puerta, con los ojos saltados, abriendo la boca sin dientes y ahogada por el hipo, gritaba la vieja:

—¡Tuca! ¡Tuca! ¡Lión! ¡Cacique! ¡Tuca! ¡Tú-caaá!

Pero los perros, lejos, en el campo, no pudieron oirla.

Fué una suerte.

Unas tras otras, saltando de repente las masiegas, iban las mujeres agachadas de dolor.

II

No bien llegaron, vieron a Nicanor con su hijo, que se acercaban para comer y volver en seguida al campo.

—¡Criminal! ¡Bandido!, —gritó la vieja a Pedro, yéndosele encima.

El mozo se puso pálido, como si supiese la verdad.

—¿Qué pasa, mujer, qué pasa! —preguntó el marido, calmoso siempre.

Y ella le contó lo ocurrido; le empezó a contar, porque Nicanor la interrumpió un momento para decir a su hijo:

—Camine a la cocina.

—¡Sí será disgraciao y pillo!, —fué todo el comentario del anciano cuando terminaron las pocas palabras de su mujer.

Dirigióse entonces a su recado, sacó el lazo y enderezó a la cocina, donde se había apagado el fuego con las ollas arriba. Y le empezó a caer a su hijo por el lomo, ciego, temblándole la barba blanca y larga al gritarle:

—¡Nada menos que a la hija'e mi compadre! ¡Tomá! ¡Tomá esti'otro! ¡Ande nu hay más qui un viejo te juiste a meter, cobarde!

Pedro no se quejaba ni se defendía. Guapo era, no había nada que hacerle.

—¡Dejalo, dejalo!, —imploró la madre, abrazando de atrás al castigador.

—¡Qué dejalo! Lo vi'a deshacer a lazazos, aura mesmito...

—¡Hacelo por mí, Nicanor! ¡No ves que m'están matando?

—¡Quién iba decir! ¡Lo contentos qu'estábamo cuando nació esta fiera! —sollozó Nicanor—. ¡Pobre viejo! ¡Mir'a tu madre! ¡Mirame a mí! ¡Matando a tus tatas, bandido!

Hizo entonces un esfuerzo, se estiró con la cabeza levantada y rugió, enfurecido por aquel momento de debilidad:

—¡Que no te vea más nunca! ¡Ni muerto!

En eso, apareció otra vez el gurí con la lengua afuera.

—Dice padrino si puede dir, dice.

—Vaya nomás, qu'enseguida voy yo. Tomá el facón, Casilda. Cuando los hijos son como este pillo, ni armao se debe andar. Una tiene qu'estar pa recibir y no pa dar. Y ya sabés vos: acomodá tus cacharpas y andate. ¡Que Dios te castigue! Maldito por tu padre, no vas a dir muy lejos sin que la disgracia t'empiece a acertar con las bolas. ¡Que Dios te castigue!

Al tranco largo, por entre las masiegas amarillas y apretadas, el viejo Nicanor, tirándose tembleque la ancha barba, llegó a lo de la difunta.

—¿Qué me cuenta, compadre, —dijo Rudecindo—, lo qui ha pasao!

—¡Qué quiere que le diga! Cuasi lo reviento. Lu he echao pa siempre'e casa, porqu' entregarlo preso... usté ve... es feo.

—No, que no se vaya tuavía. Yo lo calculé, compadre, porque sé qui usté es derecho, es de lay. Y he pensao qui antes de pudrirse la finatita, con un poco'e güena voluntá, se pueden casar. Yo lo he oido. Se puede.

—¡Pero amigo! ¡Me parece imposible! ¿Quién va a querer casar a una dijunta? Al viviente no lo cuento porque basta qui usté lo quiera, hasta pa que lo mate se lo traigo'e las clines. Pero casarla a ella...

—¿Y no le van hacer caso a un padre, el juez y el cura? ¡Avisé! ¡No faltaba más! Ya mandé al gurís pa que le diga a Serapio que vaya a buscar el cura al pueblo, sin decirle pa qué cosa. Y en cuanto güelva, li hago avisar al juez, qu'es tan cerquita. Dispués yo m'encargo. Lu hice tuito ansina ya, pensando qui usté lu acetaría porque es hombre derecho. Y si usté no lu acetaba, lo mesmo lo traigo a su hijo, aunque tuviera que peliar con usté y con él.

—Hizo bien en pensar eso'e mí. Ansina semos los machos de verdá, los antiguas. Ya de las pariciones nuevas no sale más que morralla, pa digustos. Me voy, y dentro unas horas traigo a Pedro. Antes no, por nu esperar tanto rato runidos.

—Agradezco, —dijo Rudecindo.

Y cuando el otro se dió vuelta, pensó:

—¡Pucha qui había sido macho, mi compadre! ¡Ansina da gusto tratar a los hombres! ¡Y tiene razón! Las pariciones di ahura no son más que basura, morralla...

Y acordándose de la muerta, sofocó un sollozo.

—¡Pobre m'hijita querida!

III

No bien volvió el gurí en su petizo bayo, después de haber avisado a Serapio que trajera al cura, Rudecindo lo hizo ir a buscar al juez que, como a cincuenta o sesenta cuadras, vivía atrás de un montecito.

—Decile qu'es di apuro, pero cuidate di hablarle de la finada, porque te deslomo. ¡Apurése!

Y se fué a la cocina a amarguear un rato, para no escuchar el llanto del mujerío.

Hizo fuerza por rehacer la niñez de la ahogada y no pudo conseguirlo. Obtuvo, sí, algunas cosas demasiado confusas, porque no precisaba los detalles, y mezcladas sin orden, nada más. Cuando él, de vuelta de la guerra, la vió por primera vez, dormidita en un tercio de yerba que tenía por cuna; cuando casi la pica la crucera; cuando rodó en el petizo bayo... en el petizo bayo no podía ser porque todavía no se lo había regalado el padrino, compadre Iglesias; en el overo, tenía que ser... Y, después, cuando aprendió a leer con la hija del juez anterior a don Jaime; cuando le leyó la carta que el mismísimo General le escribió para decirle: "Jefes como usté, coronel Rudecindo, van quedando pocos. Po'eso mesmo quiero qui abaje aquí, pa ofertarle el mando di una división y arreglar el plan pa la patriada de que ya li habrá hablao, por mi orden, el comandante Fernández, qui abajó aquí el mes pasao"...

—¡Esa sí jué patriada como la gente! ¡Mis lanceros eran l'orgullo'el General y de tuito l'ejército! ¡Si n'hubiera sido por los dotores que se metieron a hacer la paz p'acomodarse ellos! ¡Mire que yo le decía al General! "¡Tenga ojo, compadre, mire qu'esta chamuchina'e puebleros nos va a boliar de parao! Mi-

re qu'estos al fin de cuentas van a salir ganando aunque la patria quede metida hasta. . .”

En cosas de guerra pensaba ya, no más, cuando escuchó el trote del caballo prendido al bolantín del juez.

—Abajese, don Jaimes.

Este ató las riendas al pescante y se saludaron.

—No si apure, pase p'acá.

Y lo llevó a la cocina.

—¿Se trata de algún litigio vecinal o de alguna consulta jurídica? —preguntó, enfático, el juez.

—Se trata'e que María el Carme se me tiró al pozo esta mañanita, —tembló la voz del viejo.

—¡Cómo! ¿Suicidio? ¿O pudieron sacarla con vida?

—¡Muerta, muerta la sacaron entre el mujerío! Se tiró po'el pillo'e Fernández que la engañó a la pobrecita. ¡Bandido! ¡Criminal! ¡Mire que ponerse con una inocente d'esas! ¡Ah, si es pa. . .

—¡Caramba! Lo acompaño en sentimiento. Comparto su dolor, —balbuceó don Jaime, sinceramente conmovido—. Para los que somos padres, esto es horrible. ¡Pero no la debieron sacar sin avisarme! Levantaremos actas con la policía; son los requisitos ordinarios.

—Mire, ¡dejesé de requisitos! Yo le pido a usted, qu'es padre tamién, que mi haga un gusto.

—¿Cuál?

—Que me case a la muchacha con su novio. Los padres hemos dao ya el consentimiento.

—¿Se ha enloquecido, don Rudecindo? Comprendo que la desgracia es como para hacer perder la razón a cualquiera; pero hay que dominarse. ¿Cómo vamos a casar a una muerta?

—¡Yo quiero! ¡Yo quiero!, —repetía el viejo en un tono suplicante.

—Siento mucho, pero es imposible. Usted ve. . .

—¡Pero cómo imposible! ¿No le puede hacer un gusto a este desgraciao pobre viejo?

—Le repito, imposible.

—¿Ah, sí? Güeno. Yo lo vi'hacer posible a rebencazos. Y si hay necesidá, a puñaladas. Conque ya sabe, sabandija 'el diablo, —rugió el viejo.

Y, saliendo de la cocina, se puso a pasear frente a la puerta, como haciendo guardia.

—Caminá, —gritó al gurí—, maniale el caballo a don Jaimes.

Con los ojos saltados por el susto, el juez se arrinconó mirando al viejo, y le vió patente que era capaz de hacer lo que decía.

En ese momento, aparecieron los seis Fernández. Nicanor adelante, con el hijo. Más atrás, en fila, las mujeres, endomingadas, temblando de miedo y desesperación.

—Dentren p'aquí, —indicó Rudecindo a los dos hombres, mientras acompañaba a las mujeres adónde las otras seguían llorando.

Se abrazaron todas y, cuando él les dió la espalda las muchachas lo miraron horrorizadas, al tiempo que las dos madres, sollozando, se cambiaban perdones por los insultos, una, por la infamia del hijo, la otra, y por las cosas bárbaras que hacían sus maridos.

Al ver entrar a Rudecindo a la cocina, con aquella barba blanca, igualita a la de su compadre Nicanor, Pedro bajó los ojos. Y así, mirando el suelo, se quedó, mientras los dos ancianos hablaban del tiempo, del yuyo malo que avanzaba los trigales y de las heladitas traicioneras.

En el mismo rincón, como un trasto viejo del que nadie hace caso, permanecía el juez, maldiciendo el día en que le dieron el puesto.

—¡Tarda el cura, caray!, —observó, de pronto, Rudecindo.

—Si no m'equivoco, ahí llega, —respondió el otro viejo.

Y era el fraile, a quien, en el coche de Gutiérrez, traía Serapio del pueblo a todo lo que daba.

Los dos ancianos salieron a recibirlo y, en poquitas palabras, le explicaron el asunto. Espantado, el cura quiso meterse otra vez en el coche sin hablar nada; pero Rudecindo lo agarró por la sotana y, puñal en mano, le dijo:

—Cura, yo lo respeto y respeto la religión. Pero si usted no mi atiende, lu abro con sotana y todo. Nu hay tu tía, lu abro.

—¡Hijos queridos! Tienen a Satanás en el cuerpo,

—sollozaba el cura—. ¡Escúchenme un momento! ¡Escúchenme gauchos queridos! ¡Me mandan de cabeza al Infierno!

—Dentre y conformesé, que ya lo perdonará Dios, si no tiene más culpa qu'ésta. Y no llore, so desgraciao; ¿no le da vergüenza?

A Serapio se le paraba el pelo. Pero no dijo nada y los siguió.

—Cuide la puerta, compadre. Yo ví'acomodar a m'hija... ¡Por fin los he podido reunir a todos! ¡Gracias, Dios bendito!

IV

En la cama de matrimonio de sus padres, estaba la difunta, bien estiradita y con el ojo asustado de ver o de no ver, ¡quién sabe!... El viejo quiso sentarla y no pudo por la dureza de la muerte. Entonces la alzó, le recostó la cabeza en el respaldo, bastante arriba y, sosteniéndole con un brazo la espalda, hizo fuerza hacia abajo con el otro.

Sacó la mano como si la hubiera metido entre brasas. Había tocado una cosa dura en el vientre. ¡Era la porquería de Pedro, la causa de la desgracia!... Y siguió doblándola, mientras dos grandes lágrimas, que temblaron un momento en las pestañas, caían sobre el cuerpo de la hija y se disipaban chupadas por el género.

Cuando quedó sentada, el anciano salió.

El miedo cortó en seco el llanto de las mujeres.

—¡Dentren, dentren tuitos!

Y entraron todos, temblando el juez, llorando a lágrima viva el cura.

—No será válido, —guapeó a media voz don Jaime.

—¡Te vi'a hacer volar los dientes! —rugió Rudecindo—. Encomiencen nomás. ¡Prontito!

Pedro, más pálido que la muerta, no se animó a mirar a su novia.

Las ropas estaban casi secas ya, pero se pegaban al cuerpo de la joven, todavía. Las piernas pintábanse clarito. Los pezones levantaban con sus chuzas la zaraza. Su cara, tan bonita como no habrá otra más bonita en todo el pago, tenía los moretones de la caída. El ojo, lindo y verde como la hoja, ahora vidrioso, vichaba angustiado, solito. El otro, reventado en alguna piedra del fondo o en alguna raíz dura o en quién sabe qué cosa, no estaba en el hueco lleno de sangre. Como todavía no le habían atado ningún pañuelo, tenía la boquita abierta, pareciendo querer tragar más agua de la que había tragado o, ¡a lo mejor!, echarla toda afuera, arrepentida...

—La mujer, —decía el juez con voz que le daba más miedo y sin sacar los ojos del asombrado ojito verde—, la mujer... debe... El hombre a su vez...

Y volvía con creciente terror:

—El hombre... la... mujer...

No conseguía pasar de ahí. Una palabra se le había aparecido con fuerza tal, que alejaba las otras. Las sentía alrededor, pero no podía alcanzarlas. Sin saber por qué, aquella palabra absorbía toda su atención. Y, por verse libre, la largó.

—Protección, —dijo.

El ojo verde lo miraba siempre.

—La protección...

Su cara se fué contrayendo como si veinte dedos le empujaran los músculos hacia la boca.

—La protección!...

Un chirrido rabioso resonó en el cuarto.

—¡Mi madre, no puedo! —sollozó.

Y huyó hacia su coche, gritando:

—¡Ya está todo! ¡Ya están casados!

El cura, entonces, no tuvo más remedio que empezar. Empezó lentamente, estremeciéndose, como quien se mete en el agua y siente el frío que le va subiendo.

—Dense la mano...

—Agarrala, m'hijo, —acudió Nicanor.

Y Pedro agarró con espanto, con rabia y con desesperación la manita fría de María del Carmen.

—Pedro Fernández, ¿queréis por esposa a la señorita María del Carmen Rodríguez?

—Sí, —respondió él, con la cabeza, siempre agarrado a la mano fría.

—Señorita María del Carmen Rodríguez...

Y siguió lo demás sin esperar la respuesta que ya no podía dar la boca linda.

Al terminar, inconscientemente, dijo, ahogado por el miedo:

—¡Que sean muy felices!

Y al darse cuenta de sus palabras, soltó de nuevo el trapo.

Largaba la mano helada Pedro Fernández, cuando lanzó un gritito cortó, dió una media vuelta y cayó haciendo cruz con la finada. Sin que nadie se hubiese dado cuenta, Rudecindo le había sumido la daga hasta el cabo, que se metió también un poco, de la fuerza.

—¡Qué ha hecho, compadre! —gritó Nicanor manoteando su puñal.

—Lo que tenía que hacer. Si quiere, encaje.

Y se quedó mirándolo, con las manos atrás y el pecho afuera.

Nicanor aflojó la mano que se había apretado al mango de plata y, moviendo la cabeza, balbuceó, tembloroso:

—Nu hay nada que darle. Usté tenía qui hacer eso. Tenía derecho...

Y, cambiando de tono, gritó con voz imperiosa a sus mujeres, entre las que se había metido, medio desmayado, el cura:

—Aura que los novios si han ido, nada tenemos qui hacer aquí. ¡Vámonos!

Por entre las masiegas, cortando campo, cinco Fernández volvieron a las casas. El viejo, adelante,

más atrás, las hijas, arrastrando a ña Casilda a quien le había dado el mal.

El cielo se estaba tapando ya de negro.

Como enlutándose.

COSAS DE LA VIDA

CAYÓ la noche y el cielo siguió encapotado, amenazando lluvia. Soplaba un vientito que empujaba cuanto cosa hallaba en su camino, como pidiendo cancha. ¡Y a qué! Lo que hacía era juntar hojas, lanitas, basura, para amontonarlas arremolinándolas, alzarlas dando vuelta hasta muy alto y desde allí dejarlas caer en todas direcciones... Y pararles rodeo otra vez más adelante, y volverlas a alzar... Parecía que estaba haciendo tiempo, esperando algo.

—Si cambea el viento vamo a tener agua, —dijo un jinete al que llevaba trotando a su costado.

—Me palpita qui aunque no cambée, —respondió el otro, haciendo saltar chispas a su yesquero para encender el cigarro.

—No, pités, Juan, —volvió a hablar el primero—. Y, tornando la cabeza, agregó a otro jinete que los seguía como a dos cuerpos:

—Ché, tirá vos tamién. Y'estamo cerca.

—Déjati'amolar!...

—¡Tire, canejo!, —gritó el de la orden, con voz dura, ya queriendo dar vuelta su caballo.

—¡Ta bien, José María!, —exclamó el aludido arrojando el pucho y acercándose—. También vos, —agregó después—, te calentás por...

—Es que y'estamo cerca, viejo, y una macana d'estas nos puede costar cara —respondió, ya sereno, José María.

—Sí, pero tamién vos...

—Güeno, ¿y qué? Aura querés peliar? —preguntó aquél, riéndose.

El ofendido también se rió y, después, dijo:

—¡Pucha, vos sos locazo!

Envueltos en la obscuridad, siguieron trotando.

El nombrado José María era un hombre joven, más bien alto que bajo, de cara huesosa y labios finos donde se agarraba a gatas un bigotito de coya. El otro, tirando a indio, era flaco y largo. De no ser por los estribos, sus pies, en el caballito criollo, no andarían lejos del suelo. Y el que iba detrás, viejo como de sesenta años ya, cruzada la cara por un *barbijo* que le debió de rayar las muelas, era delgado y chiquito...

—Güeno, vamo a dentrar po'aquí, —resolvió José María, deteniendo su caballo frente a una tranquera que abrió sin desmontar.

Pasaron, dejándola abierta y, en vez de seguir por el camino que de allí salía hasta unas poblaciones de las que los relámpagos empezaban a dejar ver el

bulto, torcieron derecho a unos ombúes, donde se apearon. Atando los caballos, esperaron con los ojos fijos en las casas. Reinaba profunda tranquilidad. Como el viento había calmado, hasta las hojas estaban quietas... Largo era el rato que aguardaban ya, cuando una sombra se separó de la gran sombra de la estancia, derechito a los ombúes.

Era un hombre que se acercaba cojeando y que, al llegar, dijo, tan sólo:

—Güenas, ¿vamos?

—¿Cuántos hay?

—Tan los dos, no más. El patrón y los otros dos piones era verdá que si habían ido con la tropa.

—¿Y los perros?

—Apilaos. No ladró ninguno.

—Ta bien... Güeno, vamo.

Y salieron los tres siguiendo al Rengo que, despacio, íbales dando explicaciones.

Entraron por un galpón. Al llegar frente al cuarto de los peones, ya estaba todo dispuesto en buena forma. José María y el Rengo cargarían al más fuerte; Juan, al otro, que era casi un gurí. José María abrió un poco la puerta y puso el oído para orientarse. Después retiró la cabeza y, sin hablar, hizo señas. El muchacho dormía contra la pared; el otro en el medio del cuarto. El Rengo, que había desaparecido, volvió de la cocina con una candileja que entregó al viejo. Como de otro lado no había peligro la encendieron, no más y, un instante después, todos irrumpieron en

el cuarto súbitamente iluminado por la luz que el viejo llevaba en la mano alzada.

En ese momento, un trueno bárbaro estremeció la tierra.

II

Amelia no podía dormir. Nunca se había quedado sola desde el tiempo en que se casó, ya casi un año. Siempre que su marido salía de viaje, alguna de sus hermanas venía a acompañarla; cuando no Eulogio, su hermano, o su mismo tata. Pero como estaban tan atareados con la faena de cerdos, había pensado que mejor era ir ella a la casa de su padre, hasta que volviera su marido, cuya ausencia no sería menor de quince días. Los Echebarne, que estaban en el pueblo y que al otro día regresaban, le mandarían el coche para irse en la misma tarde, ya que a caballo le era imposible porque la pobre andaba muy "pesada".

Ahora se arrepentía de no haber mandado buscar aunque fuera a una de las Banegas para acompañarla esa noche que iba a pasar solita. La pobre, por no incomodar... Y como los dos peones que quedaban eran de tanta confianza... ¡Pero hubiera sido mejor! Se sentía bastante fatigada; el golpazo que se llevó al entrar al dormitorio le había hecho daño y tenía mal el cuerpo. Y, además, el cuarto le parecía tan extraño al encontrarse sola; la cama le parecía tan inmensa al moverse y no tocar el cuerpo de su

amorcito!... Tuvo ganas de encender luz y, aunque más no fuera, ponerse a terminar los escarpincitos blancos, a los que ya les faltaba poco; pero este deseo se fué apagando al traer la idea del niño que ya estaba tan cerquita y la de su marido, tan bueno, que trabajaba tanto para que no les faltase nada a ella y al hijo que ella le iba a dar...

—¡Dónde iré ya, con este frío! —pensaba—. Al raso, rondando el ganado, y el caprichoso no quiso ponerse camiseta de lana! ¡Qué hombre, Dios mío!

Un trueno horrible pareció agarrar toda la casa y sacudirla. La aldaba de la ventana, demasiado floja, se bajó con la conmoción y ésta fué empujada con fuerza contra la pared. Unas gotas salpicaron de frío la cara de Amelia. Temblando, la pobre cerró la ventana, como pudo. Después, se sentó en la cama, con el corazón que se le salía por la boca...

Y en eso sintió un grito de angustia, un grito como el de quien se siente perdido y, no teniendo en qué agarrarse, se prende todavía así, a la vida.

Toda su carne se estremeció. Inconscientemente, corrió a la puerta que daba al patio y, apoyando en ella sus espaldas, se puso a gemir, despacito y temblando:

—¡Santa María! ¡Santa María! ¡Santa María!

De ahí no pasaba, pero ella no se daba cuenta. Sus ojos, dilatados por el miedo, veían a la santa y en su imaginación mirábase a sus pies, besándoselos e implorándole auxilio.

¿A qué más?

—¡Santa María!, —resonaba a gatas, tembloroso, en la obscuridad del cuarto—. ¡Santa María!, —se mezclaba con el zumbido del viento que ahora sí soplabla fuerte—. ¡Santa María! —subía cada vez más alto y desgarrante en medio del chicotear del agua caída a baldes...

Un espanto nuevo le saltó al alma como yaguarreté.

—¡Santa María queridita! —rugió entonces, enloquecida.

Ya no era sólo el miedo. Un dolor hondo, terrible, le empezó a arañar el vientre como tirándole hacia abajo las entrañas.

Se calló un poco, fatigada. La boca no le daba abasto para respirar. Se ahogaba y una...

Y soltó un grito áspero, de esos que son más grandes que uno, cuando oyó:

—Aquí es, —cuchicheado por alguien, afuera.

Un cuerpo se echó a plomo sobre la puerta. Las maderas crujieron, pero aguantaron.

—¡Vámoos!

Ya no fué un cuerpo, fueron varios los que, empujando, hicieron temblar hasta la pared. Y la aldaba, con clavo y todo, saltó.

—Alce la luz, viejo.

—Caída. ¿Está desmayada?

—Sí, a ver, dame el candil.

En el silencio, dos o tres cuchillos ganaron las vai-

nas y José María se inclinó sobre Amelia, tirada de espaldas en el suelo. En camisa, se veían sus piernas hasta la rodilla y parte del pecho de abultados senos.

—¡Preñadaza! —observó—. Y se puso a mirarla desde lejos.

—¿A ver? ¿A ver?

Todos quisieron observar bien.

Afuera, el cielo parecía enloquecido. Víboras de fuego mordían el nuberío como para abrirse cancha huyendo a los truenos que las traían cerquita.

En el grupo de los tres agachados que miraban, se estiró un brazo sucio de sangre, el del Rengo, para levantar con insolencia la camisa de la caída. Pero el brazo nervudo de José María, también manchado de sangre, llegó primero a la cabeza del bárbaro, que cayó patas arriba.

—¡Chancho, hijo'e mil!, —gritó el castigador tirándosele encima.

Los otros dos lo sujetaron. Y después, mientras los demás, en el rincón donde se había podido parar el Rengo, se quedaban, él siguió con los ojos fijos en el bulto misterioso donde esperaba una vida.

Se había quedado mudo, sin pensar en nada concreto, llena la mente de ideas confusas, pendiente de aquel vientre hinchado que estremecían los suspiros. Estaba como en un sueño; un sueño raro, un sueño que no tenía más imágenes que sonidos, palabras cortadas...

Un gemido se escapó de los labios crispados de la mujer.

—¡Güeno, hay que volverle el sentido! —intervino el Viejo—. Esto no puede continuar ansina. Vamo a ponerle anque sea un trapo con agua.

—Sí, sí. Un trapo con agua... —aprobó, sin moverse, José María.

Un relámpago iluminó vivamente y, en seguida, estalló el trueno.

El Viejo agarró una toalla del lavatorio y la metió en la palangana. Al torcerla, se miró instintivamente al espejo. Notando algo, se volvió a mirar, pegándose casi al vidrio.

—¡Pucha qui había tenido uñas largas, el finao!, —exclamó viendo que de dos hondos rasguños manaba sangre. Y se inclinó sobre Amelia.

Se le ocurrió entonces una idea. Haciendo como que ya la tenía pensada, se incorporó con la toalla en la mano.

—¡A ver, ponganlán en la cama, pues! ¿No ven qui hay que ponerla en la cama?

José María, pasándole un brazo por la espalda y el otro por las piernas, alzó a Amelia que lanzó un gemido.

Un líquido viscoso le mojaba los muslos.

—A ver, traigan p'aquí la palangana, —volvió a doctorear el Viejo—. La toballa tiene qu'estar siempre bien fresquita pa qui haga efeto. Aura v'a ver cómo se mejora... ¿No ve?... ¿No ve, amiga?...

Los otros tres hombres, arrimados también al lecho, buscaban en el rostro de la desgraciada señales de mejoría.

Ella empezó a gemir. Sus manos se abrieron sobre el vientre como si, desde la sombra de su desmayo, quisiera proteger a su hijo...

—Vayansén ustedes a dar una güelta, no siá cosa que nos sorpiendan, —ordenó José María saliendo de su ensimismamiento.

Apurándose por la lluvia, obedecieron. En medio del patio ya, los alcanzó para agregarles:

—Vean como están los caballos. Y vos, Rengo, llevá el tuyo.

Parecía que tenía hambre la obscuridad. Luz que cayera se la tragaba. Y el trueno que venía atrás, rezongaba en vano y rodaba por el cielo, buscándola...

Volvió a entrar en el cuarto que se llenaba de gemidos.

—¡Ansina no, viejo, ansina no!, —protestó al ver que de la cara de Amelia chorreaba agua hasta los hombros, empapando la almohada.

—¡Me vas a decir vos a mí!

—No, dejelá! ¡No ve que ya le viene la mente!

Era verdad. Con ojos extraviados, con mirada que se quedaba al ladito de ella, no más, Amelia miraba a aquellos dos desconocidos. Ya de lo sucedido no se acordaba. Ni el grito de agonía, ni el "Aquí es" condenador, ni el empujón de la puerta, le llamaban a la memoria. Sólo se daba cuenta de que en el cuarto estaban dos seres extraños, entrados quién sabe cómo, y de esto no pasaba porque ya sentía adentro desgajarse el hijo.

Como empujados por una mano fuerte, los dos hombres retrocedieron.

La luz floja del candil puesto en el lavatorio, temblaba mirándose en el espejo y de ahí retrocedía y caía sobre la cama ofreciendo a la madre su poquito de calor. Esta, abiertas las piernas, haciendo fuerza, se arrollaba toda de repente, apretando los ojos acobardada por el dolor, y volvía a abrirse, guapeando y estrujando las sábanas entre sus dedos duros como garras. Unas veces se alzaba quedando sólo sostenida por los codos y los pies. Otras, dejábase caer desfallecida, hasta que un nuevo dolor le levantaba en peso.

Pasaba el tiempo. Los relámpagos y los truenos se empujaban unos contra otros. Desde el rincón que sólo iluminaba, intermitentemente, la luz del cielo, los dos hombres parecían tener pegados los ojos, de tan fijos. En la memoria de José María cruzaban viejos recuerdos cortados a cada momento por los quejidos que lo volvían a la realidad.

—Mama... Yo no conocí a mama, —pensaba sin darse cuenta de que era la primera vez que se le ocurría—. Mama me dejó guacho en l'estancia, —volvía a decir como disculpándose con alguien...

Dióse vuelta al oír un susurro y vió al Viejo con los ojos clavados en el techo, rezando.

*

Las ropas de la cama chupaban sangre, ya. Los gemidos y los esfuerzos redoblaban. El sudor se mez-

claba con las lágrimas en la cara crispada de la mujer. Una palidez que tenía algo del amarillo de la luna, la cubría.

En una, como pudo, Amelia empezó a agarrar a su hijo y a ayudarse un poco, así...

Al rato, cortando el rezo, el Viejo salió corriendo de su rincón.

—¡Si ha desmayao!

—¡Sí! Mirá... ¡Mujer!

El Viejo, con la voz más dulce que pudo y acercándose miedoso de tocar el cuerpiño, exclamó:

—Una moza más p'al pago. Señorita, ¿cómo le va? ¿Eh? ¿Qué anda haciendo?

A los ruidos del cielo se empezaron a mezclar unos débiles vagidos

—¡M'hijita! ¡M'hijita! ¡No tenga miedo!, —seguía el Viejo, con la mano irresoluta cerca de la carita ensangrentada—. ¡No tenga miedo! ¡No ve que nosotros la queremos mucho y somos muy güe...

Iba a decir muy "güenos", pero se detuvo de golpe. Y como si una mano helada, puesta en su frente, le levantara la cabeza, se incorporó.

—¡Maulota! ¡Maulota! —dijo por decir algo, completamente abstraído.

—Güeno, vamo, —se oyó la voz de José María, que había recobrado de nuevo su dominio.

—Pero y a esta alma'e Dios la dejamo ansina?

—¡Vamo! —tronó otra vez la voz, ya desde la puerta.

El Viejo, agachando la cabeza, lo siguió.

Atravesaron el patio, chapaleando.

—¿No ve qui aura avisamo algún vecino? —enteró José María, suavemente.

—¡Ah! ¡Es claro!, yo tamién pensaba eso, —exclamó el otro, que no había pensado nada—, porque si no viniera naide... vos ves que...

—¡Claro!

Llegados a los ombúes, hallaron a sus compañeros que los esperaban con los caballos prontos.

—Vos, Rengo, qu'estas mejor montao qu'éstos y no te conocen, —dijo José María—, cuando llégue-mos al bajo'e lo Banegas te cortás y les decís que si puede dir alguna, qu'ella está por salir de cuidao.

Y cerró piernas.

Al llegar al lugar indicado, José María recomendó:

—Metéle talón, cosa'e qu'el día no nos agarre ajuera'el monte.

III

Alto ya el triste día sin sol, en lo más profundo del Arazatí mateaban los forajidos. Se reían, hacían pullas pesadas con las cosas que vieron esa noche, bromeaban fuerte...

Pero, en el fondo, ninguno estaba contento. Y nadie se acordó de la plata que fueron a buscar a la casa de la parida.

VISITA DE DUELO

DESPUÉS de sestear, hizo traer el tostado y él mismo lo ensilló despacio, hablándole.

—¡Que lo tiró al rumatismo! ¡Ya creiba que no t'iba a montar más... ¡Estás gordazo!... En cuanto caliente un poquito la primavera, te vi a bajar esa barriga, porque la cincha se refala como con grasa...

De repente, el tostado tornó la cabeza y empezó a refregarse en el hombro del viejo, que exclamó, sonriendo:

—Si te pica... rascate.

Salió al trote corto. Como a las veinte cuabras pasó al lado de una osamenta y recordó a lo que iba.

—¡Pobre compadre Indalecio! ¡L'único hijo, puro mujerío!

Vadeó un arroyito de mala muerte, bordeado de unos sauces llorones que otra vez lo volvieron a hacer pensar en su compadre y, al ratito no más, llegó a las casas.

—¡Ave María purísima!

—¡Sin pecado concebida! ¡Abajesé!

—¡ Güenas! Lu acompaño en sentimiento, compadre. M'hijo li habrá dicho lo'el rumatismo que me tenía embarao en la cama. No pude venir a la disgracia.

—Sí, me dijo. Sientesé. Lucinda, calentá l'agua.

—¿La vieja?

—Acostada. Le dió el mal otra vez, anoche. Yo ando tamién con ganitas d'entregar la guardia. Van ya pa setenta, compañero, y siempre a los guascazos.

—Hay que tener pasencia.

—¡ Sí, pasencia! . . . Pasencia cuando las cosas, aunque malas, le vienen derecho a uno, pero no ansina. Yo soy juerte, ¡pero la pucha! . . . Mi hubiera muerto yo, mi hubiera roto l'alma; ¡pero m'hijo, l'único, tan güeno! . . .

—El destino'el hombre.

—El destino lo qui hace es amolar. ¿A que nunca oye hablar d'él pa bien, pa suerte, pa felicidad? ¡El destino!

—¿ Pero sabe qu'está lindo el ganao? Pasé al lao del potrero d'el frente y es un gusto. Pero fijosé bien, porque me pareció qui había un novillo de la marca'e Gutiérrez, que tiene apestada la hacienda.

—¡ Pobre!

—¿ Gutiérrez?

—¡ M'hijo, compadre! Tan güeno. Güeno derecho, guapo, cariñoso. . . No volvia'e la pulpería sin llenar las maletas con chucherías pa la madre y las muchachas. ¡ Y valiente! . . . Cuando no tenía quince

años, lo pillé pitando atrás del galpón. L'hice volar el pucho di un revés y se me vino ciego. Se sofrenó y me gritó, llorando: "¡ Tata, lu abro si no juera mi tata!" Yo cuasi lo deslomo a rebencazos. Pero contento, compadre, orgulloso. Y a cada golpe, qu'él aguantaba sin dar un quejido, yo pensaba: "¡ Esto sí es macho!" "¡ Hasta cuando aguantarás, m'hijito lindo!" Y me cansé, y lo dejé, y él se quedó tuavía un rato parao, sin moverse, como diciéndome: "¡ Se guí, canejo, seguí!"

—¡ Si sería valiente! Cuando la yerra en lo'e Pérez. . . Y aura que digo Pérez, ¿en qué quedó lo'e la venta'e las mil cuadras, que me dijieron que se las había ofrecido al gringo Moretti pa levantar l'hipototeca'el resto?

—No sé. Algo li oí ayer a Usebio. El estuvo pa l'intierro. Tuito el pago empezó a cáir en cuanto se corrió la noticia. Hasta los Morales, qui hacía añares que no pisaban, después de la custión de l'alambrao, ¿si acuerda?

—¡ Cómo no! Y tamién mi. . .

—Tuito el mundo quería a m'hijo. Los Morales han venido por la muchacha, segurito. Andaba ennoviao con la menor. Colegio qu'esos amores no tenían jundamento; pero lo quería mucho, se ve, porque dicen que se le va un mal y le viene otro, y que disvarea y habla'e matarse. . . ¡ Esta yerba no tiene gusto a nada! Dalo güelta, Lucinda.

Hubo un silencio profundo. Afuera, en el patio,

unos patitos marchaban a paso de infante, de uno en uno, rumbo al tajamar. El charabón, criado guacho, barajaba en el aire las moscas, muy poquitas, ya que el frío era grande, y ni basuras de bichos había por el aseo de la casa. En el ombú entraban y salían los pajaritos. Daban vueltas cortas por alrededor, temblando y muertos de hambre...

—Ta güeno... ¿Y pa cuando es el casorio?

—Entodavía no hemos fijado fecha, don.

—¡Tuitos se van! ¡Y nosotros nos vamos! La cosa es fiera, compadre.

—Dios sabe lo qui hace.

—Debe ser dotor. Sabe lo qui hace pero nunca hace cosa güena. ¡Mire que llevarse a m'hijo! Le garanto que si yo pudiera entrar al cielo, me tendrían qui oír. Qui oír y que sentir, porque tuavía sé agarrar el rebenque po'abajo. ¡Y la muerte que me le mandó! ¡Abichao, a lu animal! Nu era enfermedad'e cristianos. ¡Hasta eso! Le salían po'el oído gusanos ansina. Y se revolcaba, lloraba, mordía. Y adentro, el gusanerío'e festejo. ¡No era enfermedad'e cristiano, compadre!

—¡Que se le v'hacer!

—Le dimos güelta la pisada, tráimos a la negra Remigia pa que lo santiguara, le pusimos criolina. ¡Nada! Con la criolina salieron muchos, pero los otros seguían comiendo, comiendoló vivo, ¿se da cuenta? “¡Matemé, tatita, matemé! ¡Sea güeno, tatita!”. La madre me asujetó cuando l'iba a sumir la

daga. Me caiga muerto que lo mato. ¡Pobrecito! Y si no me desarman, pué que me la hubiera encajado, pa n'oirlo. Al aclarar el día, estiró la pata. Yo estaba deseando, deseando. Lu enterramo recién al otro día. Yo quería en seguida, pero tanto amolaron las mujeres, que aflojé. Y era mejor en seguida. Lo sentía jeder, jeder que daba asco... Y su tata, vivo, ¿eh? ¡sintiendo!... ¡Qué me cuenta!... La pardi-ta'el Puesto gomitó al rezar el rosario y vino el desbando. ¡Claro, ya estaba podrido antes de morirse! ¡Pucha! ¡cuasi le priendo juego al rancho p'asarnos tuitos con él! Cuando lo sepultamos, no querían abrir el cajón pa que no lo besara. ¡Avisen, canejo! ¿Porque estea podrido? “Y a m'hijo no lo vi'a besar?” “¡Juera, hijos de...!”. Hasta a don Lucas le tocaron rebencazos. Alcé la tapa... ¡Pobrecito, estaba... estaba... ¡ah!... Lo besé como nunca lo besé cuando era m'hijito lindo. Yo creo que si lo besé alguna vez, jué cuando muy guris... ¡Pucha, es que semos una manga'e bárbaros! A lo mejor, los hijos creen que no los queremos. Siempre con sequeda, sin mostrarles los dientes nunca... El pobre quién sabe qué se creería. ¡Pucha, qué bárbaros!

Afuera, en el patio, los patitos volvían hechos sopa, de uno en uno, a paso de infante. El charabón, de bandido, les llevó la carga. Y hubo un desparramo que contuvo la pata vieja, apareciéndose de entre unas matas, con las alas abiertas y los ojos como chispas.

—¡Solito n'el campo quedó, solito!

Hubo un silencio.

—Viá'esperar a la patrona. Dispués me voy aunque sea de arriba.

—Esas cosas no dicen los hombres, compadre. Tuito está escrito, tuito está escrito, y es al cuete empacarse y ponerse a corcoviar. Seguir, seguir siempre. ¿P'ande? P'ande sea. Hay que seguir, hay que seguir...

El otro se quedó mudo. Al rato, su compadre se incorporó.

—Güeno. Ya l'hecho una visita. Rabona, porqu' estoy como n'el cepo con este rumatismo. ¿Siempre v'a mandar la tropa?

—Si, estoy comprometidazo con el del saladero.

—Entonces le mando a Ufrasio.

Salió al trotecito. El sauzal y la osamenta lo volvieron a hacer pensar en la muerte. No soplaba viento y un calorcito traicionero se pegaba a las cosas. Seguramente estaba helando.

EL ANGELITO

Más gente no cabía en el cuarto. Y como la luna se asomaba ya, los concurrentes empezaron a salir al patio, donde varios faroles proyectaban su luz chica. Los guitarreros dejaban oír desde adentro una musiquita monótona a cuyo compás resonaban las espuelas de los bailarines. Cuando se detenía la danza, una negra vieja servía a las mujeres pastelitos y copas de licores. Los hombres pasaban de mano en mano botellas de caña.

—¡Metanlén! ¡Metanlén! ¡Yo pago tuito! ¡Por falta'e plata no v'a ser! —azuzaba, incorporándose en su silla, Frutos Pareja, el dueño de la Estancia a la que pertenecía el puesto de fiesta.— Y vos, Carola, —gritó dirigiéndose a la morena que servía—, aprontá esas tabas, qu' esta que viene es pa nosotros.

—¡Ansina me gusta! ¡Ah, criollo! — exclamó un peoncito muy borracho ya, palmeando confianzudo a su patrón.

—No te pasés al patio... Mirá que hay pollitos chicos... —sentenció un viejo que no salía de al

lado de Frutos Pareja, adulándose a su manera.

Frutos Pareja se dió cuenta de que el viejo tenía razón, cuando ya iba a abrazar, sonriendo, al muchacho. Y dijo, severo, ladeándole la cara:

—¡Hum!

Volvió a sentarse y se empinó la botella.

—Diga, esté... ¿tiene tabaco? — inquirió el viejo.

—¡Cómo no! —Y alargando la tabaquera,— sacá, nomás,— siguió,— d'este no se fuma tuitos los... Ché, Isidro, vení pues! ¿Andi andabas?

Isidro, el puestero, alto, flaco, medio borracho también, se aproximó. El viejo le dió su silla, obsequioso, poniéndose en cuclillas.

—¿Andi andabas? — repitió Frutos Pareja.

—Y... con ella... Ta llorisquiando. Dice que semos una manga de animales.

—Es qu'estas mujeres... ¡Tienen cosas! ¡Claro! Ellas... Metele un traguito. Tienen sus cosas porque, como quiera que sea...

En eso, los músicos empezaron a tocar.

—¡Que baile don Frutos! ¡Esta es la'e don Frutos!

—¡Carola! — llamó éste.

—¿Patrón?

—A ver que te viá sacudir los percales.

Y en medio del patio, comenzó la danza que contemplaron sonrientes y jaraneantes los demás, menos una pareja que aprovechó la oportunidad para alejarse sin ser vista hacia las chircas.

La negra, graciosa como una niña, pisando menudito a compás de las guitarras, se acercaba y se alejaba del hombre que zapateaba furiosamente, haciendo sonar las espuelas, alzando por momentos la cabeza y metiéndola en el pecho al embestir a la compañera como un toro bravo. Era la lucha entre la gracia y la fuerza, entre la coquetería que dice a la vez Sí y no, y el deseo urgente y bárbaro que quiere en seguida y todo.

—¡Macanudo! ¡Macanudo! ¡Eso es lindo! — gritaban los jóvenes, entusiasmados de verdad.

Él, grande, ventrudo, con barba larga, negra todavía, empezó a seguir cada vez en un zapateo más frenético a su pareja que, tornando la cara, sonriente y como cohibida, huía esponjando la pollera en sus movimientos suavísimos y rápidos. De pronto se encontraban frente a frente. Y entonces, mientras ella permanecía inmóvil, siguiendo apenas los monótonos sonos, el hombre, mirando al suelo, como presa de desesperada locura, avivaba más la danza, moviendo los pies, convulso, clavando la punta y el taco de las botas que dejaban el pozo de la espuela...

—¡Ay, no puedo más! — exclamó él, dejando de bailar. — Es de balde, uno ya... no sirve. ¡Uno ya no sirve!

Y volvió a su silla, ocupada por el viejo que, al verlo, la abandonó poniéndose de nuevo en cuclillas.

—¡Pucha, usted en sus tiempos... — halagó éste.

—¡Uff! —acordó Frutos Pareja empinando la botella.

—Y tuavía, a lo mejor, ¿eh? — volvió a decir, sonriendo melosamente, el viejo.

Y como diciendo que todavía sí, el otro contestó:

—¡No!... eh... ya estoy... ¿Y vos no tomás?

—Por no despreciarlo, don.

El viejo, limpiándose la boca con el dorso de la mano, se prendió a la botella.

Buscando el fresco, los músicos se habían sentado en el patio. Y volvieron a tocar y el baile continuó.

—Ché, —preguntó, en una, Frutos Pareja, al que tenía sentado a su costado,— hoy estabas diciendo qu'ella...

—Sí... ¡Qué sé yo!

—Viá verla, entonces. Mirá, llenate la botella que ya'stá en las últimas.

Y agachándose para no pegarse en el marco de la puerta, entró a una pieza vivamente iluminada por dos lámparas. En un costado, sobre una mesa pequeña, había un cajoncito de los de fideos, cubierto burdamente con un trapo blanco. Frutos Pareja se aproximó y, mirando cariñosamente dentro,

—¡Pucha mi ahijao, caramba! — exclamó.

Se puso a mirarlo, atento. El muerto, un niño de seis meses, a lo sumo, parecía mirar el techo con los ojos extrañamente blancuzcos. Tenía la boquita ligeramente abierta como si fuese a respirar de nuevo. Estaba cubierto de flores cuyo olor fuerte entristeció también a Frutos Pareja.

—¡Pucha mi ahijao, caramba! — volvió a decir, despacito, como se le habla a un dormido al que, sin embargo, no se quiere despertar. Y metiendo la mano en el cinto, sacó dos esterlinas y las colocó sobre los abiertos ojos.

Una cinta celeste rodeaba la cintura del *cuerpito* y caía por el costado del cajón. Ese extremo pendiente tenía infinidad de pequeños y apretados nudos. Frutos Pareja agregó uno y, diciendo,

—Rogá por mí, angelito, — se persignó.

Después, empujando una puerta, se introdujo en la habitación vecina.

—¡Pero comadre! ¿Qué está haciendo?

—¡Sí, viá estar de fiesta! — exclamó la madre incorporándose a medias en el lecho y comenzando a lloriquear.

—¡Pero m'hija! ¡Qué se le v'hacer! ¡En vez d' estar contenta! El ya'stá n'el cielo, con los angelitos. Lo que nosotros no podemos conseguir, él lo tiene ya. Los otros angelitos lu han llamao a él pa que se juea... ¡Y güeno! ¡Usté lo qui hace es estarle mostrando las alas!

La mujer no decía nada.

—Güeno, ¿no quiere dir con nosotros? ¿Li han traído guindao, anís, alguna cosa? ¿Quiere que yo le traiga?

—L'anís no me gusta.

—Güeno, guindao, si quiere, se le puede trair.

—Güeno, guindao sí.

Frutos Pareja, con las piernas vacilantes, salió. Fué a la cocina, donde estaban depositadas las bebidas y agarrando una de las botellas, llena y destapada, volvió a salir.

—¡Metanlén, metanlén, nomás! Yo pago tuito. Por falta'e plata no v'a ser, —gritó lentamente, como si pensara en otra cosa, atravesando por entre la concurrencia. Y entró en el rancho.

La mujer se sentó en la cama. El acercó con un cuidado inútil una mesita y la puso entre los dos. Como no tenía en qué sentarse, volvió al patio y, haciendo levantar al viejo, que le había ganado la silla, agarróla, cogió también su botella y regresó.

—¡Pucha los pasteles!

Tuvo que ir a buscar los olvidados pasteles, de los cuales empezó a comer uno en el viaje, porque sentía hambre.

—¡Qué mi comadre! —dijo sentándose.

Y bostezó largamente.

—¡Pucha, —continuó,— lo qu'es no estar acostumbrao a pasar malas noches! Mire, le garanto, yo era una cosa que no perdía fiesta. ¡Claro, qu'iba hacer! Joven uno, con plata... ¿Se da cuenta? Metalé p'adelante, nomás. ¡Pero aura! Mire, si no juese sido porqu'era mi ahijao, lo qu'es a mí, esta noche, ni me ven la cara. ¡Ah, no, le garanto!

La mujer comía ruidosamente y, con bastante frecuencia, empinaba la copa llenada en seguida solícitamente por Frutos Pareja, que no olvidaba por eso su botella.

La música oyóse otra vez. Y se sentían clarito el ruido de las espuelas y las risas y frases cortadas...

—¡Quí hojaldre! —ponderó la mujer en una—. ¿Los hizo ña Carola?

—Sí, pa eso es especial, —respondió el estanciero, con la boca llena.— ¡Tiene una mano, comadre, le garanto!... Tome nomás, tome. Le garanto que quedan sinfinidá de botellas. A mí las cosas me gustan como la gente. N'una cosa d'éstas a mí no m'importa la plata. Yo siempre digo que...

En eso se oyó un alboroto y la música calló.

—¡Yo te viá dar pechadas! ¡Te viá coser a puña...!

—¡Venite! ¡Venite! ¡Venite desgraciao!

Frutos Pareja salió corriendo y en la puerta del patio tropezó con el tropel de mujeres que huían despavoridas.

—¡Quí hay! ¡Quí hay!

—¡Medardo y Usebito que s'están peliando!

Frutos Pareja, seguido por la curiosa mirada de las mujeres que, con miedo y todo, querían ver, avanzó hasta un grupo donde gritaban sin entenderse.

—¡Respeten! ¡Respeten! —rugió abriéndose cancha a manotazos. Y encarándose con los peleadores, a quienes sujetaban a duras penas, ordenó:

—¡Guarden esas armas, caracho! ¡Cómo ha sido eso, carambo!

—¡Este, qui a cada momento me pechaba la compañera!

—¡Yo nu he pechao a naides!

—¡Callesé esa boca! — interrumpió Frutos Pareja fuera de sí—. ¡Parece mentira! Vengan p'acá ustedes dos. ¡Y a ver, músicos, continúen!

Entraron a la cocina. El dueño de casa, que estaba entre los apartadores, entró también. Y más tarde, Medardo y Eusebito, amigos ya, siguieron el baile muy cuidadosos y con sus respectivas compañeras.

Frutos Pareja, olvidado de su comadre, se sentó en el patio. El viejo, que ahora quedaba lejos, le sonreía y le hacía señas picarescas para las parejas, a las que poco caso hacía el otro, con la mente hecha un enredo.

En una, el viejo se aproximó para pedirle un cigarro. Y como viera una silla desocupada, la agarró y la puso junto a la del estanciero que, con las piernas estiradas y las manos cruzadas sobre el vientre, ni caso le hizo por seguir mirando fijamente la luna amarillenta y baja aún.

El padre de la criatura, como una sombra, vagaba entre la concurrencia, chupando aquí y allá, de la botella que le ofrecieran.

Las muchachas, encendidas por la danza, por los licores y por los hombres, no hacían más que reírse de cualquier cosa con risas estridentes. Cuatro o cinco viejas, que arrearían después con todas ellas, estaban medio mareadas y medio dormidas en un rin-

cón obscuro y solitario. Al lado, sobre un banco, tenían copas y platos con pasteles.

—¡Pucha, quién lo viera hace diez años a usted! —decía el viejo a Frutos Pareja.— Mire, le garantto que yo... ¡pagaría por verlo!

—No... yo... ¡eh!... —balbuceaba éste, un poco halagado y otro poco aburrido por el viejo.— A ver, venite más p'acá, Jesusa, que no te puedo ver bien... Ansina... Otra güeltita... ¡Tamién, tenés un compañero! ¡Ah Maneco, caracho!

—Vení, sentate, pues, —dirigióse al dueño de casa que pasaba como un sonámbulo.

El viejo se levantó para darle la silla.

—Metelé, —siguió, brindándole la botella, — ¿o y'estás aflojando?

—¡Qué vi'aflojar! —exclamó el otro sentándose, empinándose y poniendo cara angustiada.— ¡He chupao! ¡Y güeno, meta! Un día de vida es vida, ¿noverdá?

—¡Claro!, —aprobó Frutos Pareja adoptando de nuevo su cómoda postura,— hay que meterle! Y si si'acaba, se manda buscar más aunque sea al pueblo. Y se trai más y se chupa, y siga p'adelante. Por falta'e plata no v'a ser.

—¡Oh!, —terció el viejo, que escuchaba todo—, ¡lo qu'es por eso!

—Metete vos tamién.

El viejo no se hizo ordenar dos veces.

Frutos Pareja volvió a clavar los ojos en la luna.

Miraba y miraba, esforzándose por encontrar en sus manchas al Niño Dios, a José y a la Virgen y al burrito. Recordaba que, desde que dejó de ser gurí, no los pudo ver más. Y ahora, le había dado por entristecerse con eso. Ya no veía nada. Tuco, el finadito su hermano, decía que veía patente hasta el apero del burrito. "Guená cabezada'e plata y oro; cojinillo'e chivo"... El, tanto, no vió nunca... El, lo que veía siempre...

—Es al cuete, —suspiró tristemente.— Uno se va quedando cada vez más abajo, más abajo, hasta que se pone rente con la tierra, como ofertandose pa la tragada. Antes...

—Le garanto que por verlo n'un baile hace tiem... —empezó el viejo.

—¡Callesé, canejo, so cargoso'e los diablos! —rugió Frutos Pareja.

El viejo se hizo un ovillo.

Frutos Pareja se sacudió un momento todavía y, luego, siguió pensando.

—Antes, antes... ¡Si yo mi hubiera muerto de gurís!... N'el cielo... Tata Dios sentao, muy serio. Nosotros, una bandada di angelitos, campiendo las estrellas... La Virgen cuidandonós, no siá cosa que nos juéramos muy lejos... Y después, a la nochecita...

Mientras tanto, la madre del angelito, sola en su cuarto, bebía también y comía pasteles. ¡Le producía tanto bien aquel licor rojizo! La cabeza parecía

habérsele hecho grande y liviana. Ella se iba sintiendo distinta, cada vez más distinta a medida que, como empujada, se hundía en sí misma y se encontraba con cosas extrañas, sin formas ni colores, pero hermosas y buenas. Escuchaba en su interior una música infinita, arrobadora, que la estremecía dulcemente fibra por fibra. Parecía que alguien hubiera levantado de pronto un denso velo ante sus ojos inmóviles y afiebrados, mostrándole lindas visiones inconcretas que se movían vagamente en su conciencia como hojas en el agua. Se distraía entre todas aquellas sensaciones, sin fuerza de atención para fijarlas. Súbitamente, una idea más viva empezaba a girar cubriéndole las otras; a girar como un tizón ardiendo, en veinte desiguales círculos de luz. Y esos círculos se unían después cual hilos de agua, y se le deslizaban hacia algo donde ella sabía que ya no los podía seguir...

Un cuchicheo, del lado de la ventana, la volvió a la realidad. Vaciló un momento, pero, como el rumor persistiera, se levantó sin hacer ruido y se acercó a la ventana.

—¡No! ¡No!

—¡Dejat'e partes!

—¡No, no, dejame!" — escuchó entonces, claramente.

Acercó más el oído...

—¿Quién serán? ¿Quién serán? ¡Parece mentira!

¡No respetan a m'hijito!, —sollozaba ella.— ¡Tan n'el ombú! ¡Tuitos son iguales!

Se tumbó violentamente en la cama. Y pronto los dulces ensueños la volvieron a llevar lejísimo de la fiesta y de lo que en ella sucedía.

—¿Qué tal, vieja? —resonó la voz del marido, que se había detenido en la puerta, con los párpados cayéndosele—. ¿Se durmió, amiga?

Ella se incorporó a medias.

—Vení sentate; sentate aquí, — dijo.

Él se sentó en la cama, con la cabeza sobre el pecho, mirando el suelo.

—¡He chupao! —exclamó, de pronto—. ¡Tamos tuitos mamaos! ¡Tuitos! ¡Meta! ¡Hay que meterle! ¡Qué padrino, compañera! ¡Esos son padrinos! ¡Tuito el mundo mamao!

—Callate, callate esa boca, —rogó ella.— ¿Pa qué hablás? ¿Nu estamos lindo, ansina, sin hablar nada?

Él, sin hacer caso, continuó:

—¡Y todo güeno! Güen pastel, güena empanada, güena caña, güenos licores... ¡Y todo a bocha! Si ha traído cuasi un tercio'e yerba, azúcar, café, tabaco... El ansina dice: "A mí las cosas, derecho viejo, nomás". "Yo soy padrino, yo pago tuito, y no quiero que después salgan con habladurías de qu' escasió esto y l'otro". Lo qu'es le garanto, amiga, que tuito el mundo está encantao.

—¡Respeten! ¡Respeten! —se oyó gritar a Frutos Pareja en el patio.— ¡Guarden esas armas, mo-

cosos! ¡Aquí tiene qui haber orden o curto a tuito el mundo a rebencazos, aura mesmito! ¡Guarde esa daga, so atrevido!

Hubo un confuso rumor de voces y, luego, se oyó de nuevo la voz ronca y despaciosa de Frutos Pareja.

—¡A ver, músicos, continúen!

Isidro, tambaleando, abandonó el cuarto.

Junto al pequeño ataúd se detuvo y arregló inútilmente las flores, puesto que estaban bien. Notando las dos monedas de oro que daban un aspecto extraño y terrible a la carita pálida del niño, exclamó, sin sombra de codicia, sinceramente admirado:

—¡Esto sí es padrino!

Salió. Los músicos descansaban. La concurrencia ocupaba bancos, sillas, cajones diseminados por el patio. Algunos hombres hablaban en alta voz y jarraneaban; otros decían al oído de la compañera palabras que nadie sino ella debía oír... Dos novios no hacían más que mirarse, apretándose las manos, a escondidas. El sueño rondaba cerca. Sueño que despertaba en cada uno deseos grandes de no acostarse solo aquella noche...

Isidro buscó con la vista a Frutos Pareja y, no hallándolo, se dirigió a la cocina, donde lo encontró mateando con varios viejos de largas y anchas barbas, serios como toros.

—¿Qué tal, qué tal?, —dijo éste.— ¿Tá güena la fiesta, eh? A mí las cosas me gustan ansina.

Y dirigiéndose a los viejos, preguntó:

—¿Noverdá?

Ellos, cuatro, duros también, muy tiesamente sentados, respondieron a una:

—¡Nu hay nada qui hacerle!

Carola, la negra, entró a sacar un plato de pasteles.

—¿Y Margara, li han llevao algo? —inquirió ella—. A nosotra no no deja dentrá.

—Sí, ya se li ha llevao.

—Hoy no sacó pisando a mí y a la sotra.

—Y... la pobre... —disculpó Frutos Pareja, ante los cuatro,— siempre ha sido media chiflada... Y aura... con esta...

—Nosotro no queremos dentrá má po eso.

—Sí, dejenlán traquila, no l'anden amolando.

El marido repitió:

—Dejenlán. Dejenlán, — y se quedó de nuevo ensimismado.

—Hacé venir a los músicos p'acá, Carola, — ordenó Frutos Pareja cuando ésta se iba.

Y al verlos llegar, les dijo:

—Dentren señores y sirvansén de lo que gusten y nu anden con cumplimientos. ¿Tan de descanso?

—Es verdá. Tuvimo que dejarlos un rato con las ganas, pa descansar. Porque si es por ellos, siguen bailando sin parar hasta el día, —contestó uno de los guitarreros.

—¡La joventú! —suspiró Frutos Pareja.— ¡Tan linda qu'es, tan linda!...

Uno de los viejos borrachos, aprobó:

—¡Sí, cómo no!

Y los otros tres exclamaron en coro, serios y como obligados.

—¡Sí, cómo no!

Claramente llegaban a la cocina las voces del patio.

—Paguerienda... Paguerienda...

—¡Amigo, la joventú!..., — musitó otra vez Frutos Pareja, con la vista en el suelo.

—El dueño d'estarienda ¿qué pena merece?

—Que cante como el gallo.

—¡Muy bien!... ¡Como el gallo... ¡Como el gallo...

Una voz varonil, afónica del beberaje, gritó de manera horripilante:

—¡Kikirikí! ¡Kikirikí!

—El dueño d'estarienda...

La palabra no terminó. Se hizo un silencio profundo, interrumpido por cortados cuchicheos.

—¿Qué ha pasao? — se preguntó Frutos Pareja incorporándose y saliendo de la cocina.

Algunos lo siguieron, viendo entonces que todos los del patio se habían agrupado frente a la pieza mortuoria.

Al ver llegar a Frutos Pareja, alguien se le acercó.

—¡L'angelito nu está! ¡Ha desaparecido! ¡Es alguna judiada di alguno!

Las mujeres temblaban como si un viento frío hubiera llegado de repente. El grupo se abrió para dejar pasar a los que arrastraban a una vieja a quien le había dado el mal...

Frutos Pareja, mudo, con los ojos saltados por la rabia, entró solo en el cuarto, pisando flores derramadas del pequeño ataúd.

Iba a darse vuelta para increpar a los concurrentes, cuando, oyendo algo, se acercó a la puerta de la vecina habitación. La entreabrió y se quedó frío.

Sentada en la cama, plegados los labios por una sonrisa dulcísima, los ojos clavados en el techo, estaba la madre con su niño en brazos. No bajaba la vista como para no posarla en donde no quería.

—¡Ah, ah, ah!... ¡Ah, ah, ah!... — canturreaba meciéndolo.

—Pero comadre! —exclamó Frutos Pareja.—
¡Qué hace, comadre!

La mujer, lanzando un grito de pavor, se arrojó sobre el lecho, cubriendo con su cuerpo el cuerpiño del niño.

TODAVIA NO

AL pararse el carro que llevaba el cajón, el cortejo se paró, también. Uno agarró las riendas del caballo del único doliente quien, recién entonces, se bajó. El sombrero sobre los ojos, la barba descuidada, envuelto en el poncho negro, dió éste algunos pasos, como dormido, sin saber dónde se iba a colocar.

Cavaban ya con la pala traída en el carro. Dos hombres, cogiendo el cajón por los extremos, lo bajaron y lo pusieron en el suelo. Notando lo liviano que era, uno de ellos exclamó:

—¡La pobre estaba ya como un pajarito!...

Y cortó la frase tornándose como todos, menos el doliente, al oír un galope.

—Son los Pérez, — dijo uno.

Eran los Pérez que, demorados quién sabe por qué cosa, llegaban recién al entierro.

—Te acompaño en sentimiento, Vicente, — dijeron a su vez los dos hermanos.

Vicente, sin mirarlos, sacó de abajo del poncho su mano blanca y fría para que la estrecharan. Después,

volvió a esconderla, con los ojos siempre fijos en el suelo. Allí, al ladito, entre el pasto verde, el pozo se estaba haciendo cada vez más grande. Pero crecía con una lentitud desesperante. Los hombres se turnaban y no acababan nunca. Vicente, de buena gana se hubiera retirado unos pasos para no sentir el olor a tierra, que le hacía el efecto de estarla comiendo, de tenerla en la garganta. Y no sacaba los ojos del hueco donde, hasta las rodillas ya, se metía el que poceaba.

—Emprieste, le vi'a dar una manito, — se ofertaba alguno, arrebatando la pala. Y la dejaba caer, hundiéndola más a fuerza de pierna.

Todos se fueron amontonando alrededor de Vicente y el pozo, dando indicaciones, ofertándose, hablando de cualquier cosa. Al lado del carro, el cajón quedó solito, abandonado.

Cuando la fosa estuvo pronta, alguien miró para todos lados, sobrecoigido de inquietud al acordarse del "cuerpo" y no hallarlo...

El cajón fué puesto sobre un maneador doblado y todo el mundo, entonces, se llevó la mano al sombrero.

La cara de Vicente estaba blanca; blanca como si el corazón, cuyo frío sentía, le hubiera negado sangre.

—¿Destapamo, hermano?, — preguntó en voz baja Pedro Ibarra.

Vicente, con los ojos tan abiertos que parecían no ver nada, alzó los hombros lentamente y los dejó

caer de golpe, con fuerza, echando atrás la cabeza. Y los volvió a alzar y se quedó así, sin hablar palabra.

—Güeno, mejor no destapamo, — siguió Pedro. — Mejor no destapamo.

El cajón quedó metido en la fosa.

Pedro, el primero, besó un terrón y lo tiró sobre el ataúd. Vicente besó también uno y lo dejó caer. Todos siguieron arrojando tierra. Aquello resonaba como sordo tambor. Hasta que no sonó más porque los terrones caían ya sobre terrones. Entonces, a fuerza de pala, se acabó de tapar.

Los que iban a tomar otro rumbo que el de Vicente y los Ibarra, en cuya casa él pasaría los primeros días, antes de montar se despidieron. Los demás, mientras les venía bien el camino, fueron acompañando al doliente. Los Bacino se abrieron al llegar al "bajo'e Cuevas"; don Reinaldo y Eusebito, antes de pasar el arroyo; después que lo vadearon, los cinco Echeverry... De ahí que, cuando llegaron a lo de Ibarra, sólo iban con ellos los peones, el pardo Luna, el viejo Eustaquio y don Marcial.

—¿No gustan abajarse a amarguiar?, — invitó uno de los Ibarra.

Agradecieron ellos y, ofreciéndose a Vicente para lo que precisara, se despidieron y siguieron trotando.

*

Los Ibarra, que eran como hermanos con Vicente, habían decidido que pasara allí los primeros días. Él, por lo único que aceptó fué por no hablar, por no negarse sabiendo que le iban a hacer instancia. Al principio, creyó que era lo mismo estar en su casa que en la de sus amigos. Después, vió bien claro que lo que él quería y necesitaba era estar solo. Pero... "como ellos li habían dicho'e llevarlo"...

En cuanto se sentaron, la madre de los Ibarra, Jesusa, que recién llegaba de la casa de la difunta, después de haber cerrado todo, sirvió a Vicente una gran taza de leche caliente y un pedazo de pan con grasa.

—Tomá, m'hijo. Dende ayer cuasi no probás nada. Con eso lo qui harás es agarrarte una enfermedad.

La boca de Vicente se crispó como para llorar, los ojos le ardieron al brillar llenos de agua, pero se contuvo. Cuando inclinó la cabeza sobre la taza, mirándola sin verla, dos lágrimas cayeron en la leche.

—¡Tome, m'hijo! ¡No siá ansina!, — volvió a decir la vieja.

Sin ganas ningunas, pero sin voluntad para nada, Vicente fué, despacio, tomando toda la leche, comiendo todo el pan. Después, cuando Jesusa pasó a su lado, le entregó la taza.

El menor de los Ibarra, Pedro, que mateaba con la caldera entre las piernas, le ofreció:

—¿Querés un mate?

—Güeno.

—Mirá, tenés nata n'el bigote.

Vicente buscó torpemente en sus bolsillos, sacando todo lo que en ellos había, hasta que encontró el pañuelo y se limpió. Luego, empezó a chupar el mate.

—¿Querés armar?

—No, yo tengo.

—Pero negro. Mejor fumá blanco.

—No, blanco no; no le siento gusto.

Armó un cigarro y se puso a fumar.

¡Ah, si no le hablaran!, ¡si no le preguntaran nada!, ¡si lo dejaran quieto! El tenía una cantidad de recuerdos, de ideas, y a cada momento le cortaban los hilos. "Mama... mama... tan güena y qué vida llevó. Y esos ojos que tenía siempre... Ojos de... ¡Sí, igualitos, igualitos! De oveja desangrándose, de ovejita..."

—¿Pero y Alberto? ¿Qué si ha hecho?, — interrumpió Pedro.— Se quedó desensillando y... Mama ¿y Alberto?

—Agarró p'al bajo.

—¿Di a pie?

—No, n'el escuro.

—Pero, ¿y qué diablos jué'hacer?

El pobre Pedro, no encontrando de qué hablar,

decía cualquier cosa, porque le asustaba el silencio al lado de su amigo. Quería distraerlo, hacerlo mover... Y, al ratito, volvía:

—¡Pucha, mire qui este Alberto!...

—“Pobre mama, tan güenísima, —pensaba Vicente.— Yo con ella juí un sabandija. El finao, no digo... Tenía sus priocupaciones y... si olvidaba'e que tenía que ser güeno. ¡Pero yo! ¡Yo, de gusto! ¡Qué mugre! ¡Qué dis...”.

—¿Ta frión?

—No, tuavía...

—Sí, ta frión. Vamo a trair la otra caldera pa darlo güelta.

Vicente, sin alzar la cabeza, miró hacia la puerta para ver quien entraba y vió a Carmen, la hermana de los Ibarra.

—¿No quiere un poco de leche, Vicente?, — preguntó ella, acercándose compasiva.

—No. Ricién me dió doña Jesusa.

—¿Ah, sí?... Pero mal no le v'hacer otro poco.

—No, gracias.

—¿Y un poco de pan y queso? Se v'a pasar de debilidá. Desde ayer no prueba nada. Quiere, ¿eh?

—No, gracias. Toy matiando...

Y tuvo que hacer un esfuerzo bárbaro, un esfuerzo que lo hizo temblar, para no incorporarse y echarlos a la puta a todos y salir campo afuera. Pero este arranque injusto lo aplastó más. No había nada que hacerle, él era malísimo. “¡Mire qui enojarse con los

Ibarra! ¡Con razón juí ansina con mama! ¡ Si soy pior qui un tigre!”.

—Tome, ta como nuevo, — dijo Pedro alargándole el mate.

Vicente, ante lo suave, lo cariñoso de la voz, exclamó ahogadamente:

—¡Yo les agradezco, hermano, lo güenos que son conmigo!

—Pero dejesé di amolar, pués. — Y palmeándole el hombro, —güeno, —agregó—, hay que ser juerte, hermano. Hay que dominarse.

—¡Pucha que son güenos ustedes conmigo!

La tarde caía despacito. Balaban los terneros encerrados en el corral, separados de sus madres que andaban por el campo “tragando pa la leche”. De cuando en cuando, alguna, al toparse entre los balidos con el de su hijo, largaba un ¡Múuu! triste, hondo, resignado.

Un manto violeta caía sobre el mundo.

Alberto llegó por fin.

—L'azulejo anda manco.

—¿Eh?

—Sí. Taba desensillado y lo vide'e lejos y me pareció. Juí y está manco, nomás. Siguramente qui alguna patada.

—Ha sido el rosillo. Es un animal que d'asco. En fija que jué él. ¡Pucha, mire qu'es idioso!... — seguía Pedro, dando al hecho, con tal de hablar, una importancia que no tenía.

—Y, ¿qué tal? — dijo Alberto, dirigiéndose a Vicente.

Este, sin saber qué decir, respondió, alzando los hombros:

—Aquí andamo, caminando.

Cada vez sentía ganas más grandes de estar solo. Un dolorcito de cabeza le empezaba a zumbar, seguramente de tanto fumar y matear toda la noche y todo el día. Como la cocina estaba demasiado obscura, habían encendido un candil. El olor que Vicente tenía todavía como pegado a las narices, olor a sebo, se acentuó más, entonces, y le hacía daño.

La vieja, preparándose para la comida, arrimó al fogón unos troncos y animó el fuego soplando con una larga caña hueca.

—¿Vamo a salir p'ajuera? ¡Aquí hace una calor!...

—Por mí, vamo.

Se sentaron en el patio. Los hermanos charlaban tratando de mezclar a Vicente en la conversación. La muchacha y Jesusa, también se sentaban a ratitos. El, decía a veces cualquier cosa porque le parecía que era feo estarse tan callado; pero, en cuanto hablaba, le parecía que él no debía hablar. Además, se oía extrañamente, como si por su boca saliera la voz de alguien que no era él...

Cuando la comida estuvo pronta, se sentaron a la mesa en la misma cocina, porque Vicente no era de cumplimiento.

Comieron en silencio. Arrepentido de su arranque de rabia contra los Ibarra, Vicente se sentía incapaz de contradecirlos en nada. Aguantando el estómago que se le rebelaba, repitió la sopa, repitió el asado y los fideos con leche.

El silencio sólo lo turbaba la familia para decir:

—Che, Vicente, metele a esta presa. Esa está media crudona.

—Si te gusta más gordo, avisá.

—¡Tome, m'hijo, otro poco!

Vicente hacía caso a todos. Comía gordo y flaco, crudón y tostado. Todo era lo mismo para su estómago revuelto. De cuando en cuando alzaba la vista, y al que mirara lo encontraba con los ojos compasivos clavados en él. Sentía entonces un escalofrío. Y aunque con eso se mortificaba, volvía a mirar, de repente, a otro, esperanzado en que no lo mirara. Pero sus ojos se cruzaban siempre con otros ojos tristes que se ladeaban al verse sorprendidos.

Por fin se acostaron.

Y al poco rato, la carne, fatigada de tanto ajetreo, le paró las ideas y lo hundió en el sueño.

*

Ya estaba alto el sol, cuando se despertó. Al principio, extrañóse de ver una guitarra colgada en la pared y dos camas más, al lado de la suya. Después, despacito, se fué acordando de todo.

La vieja, que lo espiaba de vez en cuando, al sentirlo despierto entró con un mate de leche.

—¡Pero caramba, se jué a incomodar, doña Jesusa!

—¡Valiente!

Se sentó en la cama. Mientras sorbía el mate, seguía la charla a la vieja.

—Ahí abajo tenés unas alpargatas. Ansina no te ponés las botas y estás más cómodo.

—Sí, es mejor. ¡Pucha, deben ser... como las ocho!

—No, m'hijo. Y con las malas noches qui has pasao...

—Cai a la cama como plomo, le garanto.

—Me figuro, hijo'e Dios.

Carmen también entró en el cuarto, y Vicente se sonrió al oír sus palabras.

—¡Dormilón! ¡Mire qui horas!

—Me palpita qui usté ricién se levanta.

—¿Yo, mal agradecido? Si ordeñé la leche qu' está tomando!

—Salí, mentirosa, haragana, —terció la vieja, riéndose—. Güeno, vamo —volvió a decir cuando Vicente le entregó el mate—. Dejá que se levante.

Él se empezó a vestir. Al calzarse una bota se acordó de las alpargatas y se la sacó, poniéndose éstas. Después se lavó, se peinó bien y, agarrando el sombrero, salió del cuarto.

El sol amarilleaba y daba a todo un temblor de oro. A lo lejos se veía el ganado, el río, los montes.

Más cerca, las majadas adelgazadas por la esquila. Sintiendo un claro Rrrr... Rrrr... miró hacia el patio y vió a Carmen rodeada de patos y gallinas, a los que echaba puñados del maíz que llevaba en su delantal recogido por las puntas.

—Rrrr... Rrrr...

A galope tendido llegaban más gallos y gallinas y patos desde el campo. Estos últimos se desesperaban sintiendo que su pesadez los dejaba a retaguardia y tornaban la cabeza para ver si se podían alegrar al llevarle la delantera a alguno.

—Rrrr... Rrrr... Rrrr... ¡No seas mala, ceniza, no piques!... Rrrr... Rrrr... Bataraza, ¡corré que te quedás afuera! ¡Salí gandul, glotón!... Rrrr... Rrrr...

Cuando ya le quedaba poco maíz, fué bajo el ombú donde una blanca gallinita ciega la esperaba sin moverse, sabiendo que llegaría. Carmen agarró un puñado y, acercándole la mano, la dejó comer.

—¡Pobrecita! ¡Lo qu'es allí no se puede estar! Se empujan, se pican... ¡Pobrecita, si vas allí, te matan!

El pico de la ciega, cuando erraba el grano, le hacía cosquillas en la palma y Carmen se reía.

—¡Chocha, estás chocha, mi querida!

Vicente se había quedado a unos pasos de la puerta. Ante aquello tan claro, tan lindo, tan puro que veía, las tinieblas que el sueño ahuyentó empezaron a caer lentamente en su alma. Desde bien abajo,

como quien pulsa despacito, una por una, las cuerdas de una guitarra, así le fué viniendo la tristeza; grave, honda, confusa, cada vez más nítida, después, hasta hacerse agudísima, desgarrante. De todos lados le subía el dolor para definírsele en la conciencia. Como nubes espesas se elevaban hasta condensarse arriba...

—¡Yo me tengo que dir pa casa! ¡Yo me tengo que dir pa casa! — sollozó.

Después, toda la mañana pasó repitiéndose la misma frase.

E, imponiéndose a todos, esa noche ya durmió en su casa.

*

Los primeros días recorría el campito, curaba alguna oveja, ordeñaba, hasta buscó y rebuscó unas hormas de hacer queso que halló cuando ya había decidido no hacerlos... Pero se empezó a abandonar poco a poco, desentendiéndose de todo. Parecía que tenía dentro otro hombre que le examinaba su vida y que no lo dejaba un momento solo. Cosas que antes habían impreso huellas en su espíritu, aparecían ahora extrañamente evocadas por un deseo que se gozaba en mortificarlo.

Desde niño le llamó la atención la mirada triste de su madre, mirada que no tenía la madre de los Ibarra, —él la solía ir a ver adrede,— ni la del fi-

nado Tuquito, que fué tan amigo suyo. Al revés de éstas, ella no le pegó nunca por ninguna diablura, y le ocultaba todo a su padre que, de pegar, pegaría con el rebenque, sin duda alguna. Desde gurí, pues, le pareció que su madre lo quería más que otras madres, porque a Pedro y a Alberto, Jesusa les "sacudía la badana" vuelta a vuelta, y en cuanto a Tuquito!... El niño se empezó a sentir atado a aquella mirada doliente que lo seguía a todas partes, aun hasta cuando estaba lejos de los ojos de su madre; a sentirse atraído a pensar en algo, como los círculos del agua agitada atraen hacia un punto invisible, bajo el agua misma.

Cuando su padre llegaba del campo y pedía el mate o la comida; cuando, estando en las casas, le gritaba que le trajese cualquier cosa, ella se atolondraba toda y se desesperaba por andar pronto. Vicente, un día, apenas andaría en los siete años, le preguntó, a solas, mientras ella lo tenía en las faldas, cosiéndole un trabón:

—Mama, ¿usté le tiene miedo a tata?

—¡Pero m'hijito! ¡Por qué dice eso!, —exclamó la madre con los ojos brillantes.— ¡Eso no se dice, si no, Dios lo castiga! ¡Ya sabe, cuidadito! ¿Por qué dice eso, m'hijo querido!

—No, —dijo sonriendo tranquilizador el gurí,— porque si usté quiere, cuando yo sea grande lo dejaso solo y yo me la llevo pa mi casa.

Ella, muda, lo apretó contra su pecho, con la ca-

beza alzada y los ojos en lo alto, para no mirarlo. Un rato estuvieron así; él, prendiendo y desprendiendo un botón de la bata de su madre; ésta, con la vista opaca perdida en el azul profundísimo del cielo. Después, sin mirarlo todavía, musitó:

—Si usted güelve a decir eso, yo no lo viá querer más.

Un día, desde un rincón, vió que su padre, porque ella no le traía pronto los esarpines, le tiró con una bota por la cabeza. El niño soltó el llanto. Su madre, tapándose la herida con el pelo, corrió y lo alzó conteniendo las lágrimas. El hombre, entonces, se acercó también, mostrando los dientes en una sonrisa forzada y horrible.

—¿Por qué llora, amigo?, —dijo—. ¡No llore! ¡No siá bobo! ¿No ve qu'es jugando?

—¡Sí, jug — ando! ¡Cómo no!, — sollozaba el gurí.

—¡Sí, m'hijo! ¡No siá bobo, jugando!, —murmuró la madre.— ¡Vaya y lavesé la cara! ¡Y no siá ansina!

Vicente salió y, mientras iba al barril, oyó a su padre:

—¡Pucha!... tamién... yo tengo un geño!

Y la suave voz de la madre lo disculpaba:

—¡No siás bobo! ¡Demasiado sé yo!

Su madre no era feliz. "Tata será güeno, pero con eso no se saca nada", —pensaba el niño.— "El geño es una co..."

A veces, sentado, puesta la mano en la mejilla, con esa seriedad prematura de los que van a sufrir, pensaba largamente sobre el "geño". Don Ibarra, con ser ya viejo, hacía morir de risa a la gurisada. Los atropellaba haciéndose el toro, le prendía una cola a doña Jesusa y empezaba a hacerle ¡Cuac!, ¡Cuac!; o, cuando ellos armaban bailes, vistiendo a Tuquito de mujer para acompañar a Carmen, se les aparecía con la vieja a rastras... Y a Don Juan ⁽¹⁾ lo contaba lindísimo. ¡Pero su padre, nada! Siempre ceñudo y reservado, siempre seco. ¡Tan pocas veces lo vió reir el niño! En su casa la risa no se oía nunca. "Nosotros no nos reimos", pensaba. "Semos muy serios, demás". "Güeno, como los Ibarra son ricos y nosotros pobrazos...". "Pero ¿y Tuquito, entonces, qui está siempre con los dientes ajuera?"

Poco a poco, fué dándose cuenta de que no sentía cariño por su padre. Su presencia enfriaba la alegría. Había en él algo que alejaba al mismo tiempo que infundía respeto o miedo. Estando él, dejaba de jugar, no hablaba, se tenía que quedar quieto... Su madre, a cada paso, repetíale, entonces: — "Tenga juicio, m'hijo, qu'está tata". "No meta bulla qui a él l'incomoda..." Por eso, Vicente se ponía contentísimo cuando su padre hacía aquellas salidas que duraban varios días "pa recorrer la gente", como le

(1) Don Juan es el nombre con que se designa al zorro en las fábulas del campo.

oía decir. El gurí no se explicaba qué era ésto; pero deseaba tales recorridas que le permitían estar a su antojo y dormir con su madre y hacer visitas, sintiéndose ambos más libres.

Su padre se iba transformando para él en una cosa fea y molesta, cuando algo vino a cambiar por completo sus sentimientos.

Cuando estalló la guerra y, al salir con la gurisada al camino para mirar los guerreros que dejaban el monte, vió a su padre a la cabeza de la columna, solo, lindísimo en el obscuro grande y coscojero, echado hacia atrás, flotante el poncho, el sombrero a la nuca, se le ocurrió en seguida:

—¿Cómo no va a ser tata ansina si es un jefe?

Su padre, alzando el brazo, le gritó:

—¡Adiós, m'hijo!

Y él, erguido en puntas de pie empujado de un envión por una fuerza interior, gritó con toda su alma:

—¡Vívaa!

Pedro, Alberto, Tuquito, empezaron también a dar vivas. Pero ninguno tuvo, del único de Vicente, el acento orgulloso y fiero.

Corriendo, loco de alegría, volvió a su casa. Al entrar, encontró a su madre de duelo. Él la acarició, le apartó el pelo de la cara y le dijo, contrariado:

—¡Él de jefe y usted llorando! ¡Nu hay que llorar, mamita!

Esa misma tarde le dió un susto. El hijo del ga-

llego quintero de los Ibarra, dijo, repitiendo quizá lo oído al peninsular, que los que iban a la guerra eran unos brutos y "atrasaos". Vicente, ciego de rabia, se le fué encima clavándole las uñas; pero el otro, con su palo, lo trajo al suelo.

Cuando volvió en sí, su madre, llorando y besándolo, lo tenía en brazos. Sus tres amigos los rodeaban. Y, ya solos los cuatro, Tuquito le dijo, mostrando sus dientitos en la constante sonrisa:

—¿Vistes? Tata iba n'el doradillo'e don Ibarra.

—Sí, se lu prestó tata, qu'iba n'el tostao, —decían los otros.

—Sí, sí, — mentía Vicente, que no había visto a nadie más que a su padre.

La guerra, terrible, sin cuartel, devastaba el país. De cuando en cuando, llegaba la noticia de que en tal parte habían peleado, de que habían ganado, de que habían perdido... Todas las noches, arrodillado al lado de la cama de su madre, donde entonces dormía, el gurí rogaba con ella por el guerrero ausente.

—Pa que no li hagan nada, pa que no lo vayan a herir... — decía su madre, primero.

Y resonaba luego el murmullo de los dos:

—Padre nuestro qu'estás en los cielos, santificao sea tu nombre...

—Pa que si acabe pronto la guerra, — volvía a alzarse la voz.

Y empezaba otra vez.

—Padre nuestro qu'estás en los cielos...

—En el nombre del Padre, del'Hijo y de l'Espíritu Santo, amén.

Besábalo en la frente y el gurí, cansado de potrear todo el día, se dormía, acurrucado como un cuzquito, al calorcito del cuerpo de su madre.

Una noche obscurísima y fría, estaban por acostarse ya, cuando sintieron como que mucha gente pasaba por el camino.

—¿Cuálos serán, mama? ¿Nu andará tata?

—No, m'hijo. Son la gente'e Fernández, qui estaban acampaos n'el río.

—¡Ah, si los agarra tata! ¡Qué si apronten!

Dormía desde largo tiempo, cuando lo despertó su madre al saltar de la cama. A lo obscuro, no la pudo distinguir, y sintió el ladrido del cuzco y oyó, cerquita de la puerta, un "Juera perro", muy bajito.

—No se mueva, m'hijo, no tenga miedo, — díjole la madre al oído. Y la sintió registrar el cajón de la mesa.

Con el mango de un rebenque, golpearon.

—¡Abran! ¡Güenas noches!

—¿Quién es?, — oyó decir a su madre con voz entera.

—¡Abran! ¡Abran!

—¡Vayansén! ¡Aquí no tienen nadita quí hacer!

Por toda contestación, alguien se echó sobre la puerta...

Y en eso resonó un estampido, y a la luz que hizo,

Vicente vió a su madre, junto a la puerta, con una pistola en la mano.

Afuera oyóse un alboroto. En seguida, un galope desenfrenado. Al otro día, cerca de la puerta y por el patio, había manchas de sangre.

Para estar más seguros, se fueron a vivir a lo de Ibarra, a la vieja Estancia de gruesas paredes de piedra y puertas con trancas de fierro que, en tiempo del virreinato, resistió más de una vez el malón de la indiada.

Los tres niños, —Pedro, Alberto y Vicente,— dormían juntos. Y, algunas noches, hubo que dejar quedar a Tuquito quien, todas las tardecitas, se iba de duelo.

Por fin se acabó la guerra. Como al mes cayó la gente al pago. El día anterior se hicieron pasteles, tortas, empanadas; se guardaban bien "por los ratones" y las mujeres marchaban apuradas a la casa de Tuquito, de donde salían gemidos y gritos desgarradores.

Doña Jesusa hizo a éste una blusa negra y lo dejó en la Estancia para que no anduviera incomodando en su casa.

*

De vuelta de la guerra, su padre siguió siendo el mismo. Por cualquier cosa se enfurecía con su mujer que, si a veces no lloraba, era por el niño. Siem-

pre pálida, siempre con aquellos ojos tristes cuya mirada parecía tener una extraña, lejana querencia, volvió a ser en la casa como una sombra; sin mando, sin derechos... como un perro.

Vicente fué perdiendo el miedo a su padre. Un día, le alzó no más la voz, con gesto duro. Y, al rato, al mirarlo de reojo, lo sorprendió con la vista clavada en él, el pucho apagado entre los labios, sonriente, embobado.

El niño tendría entonces once años.

Después, en un domingo de elecciones, trajeron a su padre, muerto, en un coche. En medio del llanto de su madre y de las mujeres que la acompañaban, resonó la voz del gurí, ahogada por el dolor y la rabia:

—¡Bandidos! ¡Me la van a pagar! ¡Que yo los agarre! ¡Los degüello, bandidos!

Y al sentarlo su madre en las faldas, él se arrolló en ella sollozando infantilmente, fatigado por el esfuerzo furioso.

Cuando él pudo trabajar, quedó uno sólo de los peones que se había tomado. Vicente fué patrón. Ya no hubo otra voluntad que la suya. Su madre volvió a ser lo de antes: una sombra.

Poco a poco, se fué dando cuenta de que era igual a su padre; indomable hasta por él mismo. Cualquier cosa producíale arranques de furia loca, terrible. Después se tranquilizaba, mimaba a su madre si le había hecho algo, y sufría porque hacía su-

frir. “¡Pero caramba, —se decía de repente,— yo soy güeno, yo tengo güenos sentimientos y hago cada cosa!...”. Pasaba días hecho una seda. Cariñoso, atento... Volvía de la pulpería con cuanta cosa hallaba que pudiera gustar a su madre... Pero una circunstancia cualquiera hacía brotar en llamaradas el fuego que tenía adentro.

Una mañana, a mediodía, volvió del campo furioso porque el zaino se le había mancado en una vizcachera. Renegó un rato con los bichos, con los pozos, hasta con el caballo y, ya casi desahogado, desensilló. Se sentó a la mesa. Su madre sirvió la sopa. Al llevarse Vicente la cuchara a los labios, sintió que el caldo estaba demasiado caliente. Tiró lejos la cuchara, hizo volar el plato y se incorporó con los ojos saltados, mudo de rabia.

—¡Ah, se quemó, m'hijito! —tembló la voz de la madre, con el doble susto de que su hijo se hubiera hecho daño y de las consecuencias de su furia. No se animaba a moverse. Sus ojos, donde se pintaban el dolor y el miedo, lo miraron rodeados por el mar de arrugas de su cara en pucheros.

Vicente la vió. Tuvo ganas de caerse de rodillas. Y salió hacia su cuarto vuelta contra él la furia.

Al rato, entró su madre llevando una taza por la que asomaba una bombilla rodeada de amarillenta espuma.

—Vicente, tomá este candialcito. ¡Nu han comido nada!...

Dijo esto con recelo, esperando algún manotazo, alguna contestación dura, mala. No alzaba los ojos del suelo, como culpándose de todo.

Él agarró la taza y empezó a sorber

—¿Ta bien di azúcar?, — volvió a decir ella, más animosa, buscándole los ojos.

—Sí, mama.

Vicente quería hablar y no podía. No sabía cómo ni qué. De pronto alargó la mano hacia su madre, diciendo en voz baja:

—Mire, tiene una hebra, —y sacó un hilito blanco de la negra bata de ella.

Eso no fué una caricia, pero como tal lo sintieron los dos.

Una alegría intensa, una infinita ternura, inundaban el alma de Vicente. Tenía ganas de abrazar a su madre, de darle un beso... Y, de pronto, salió con,

—¿Y qué le parece, mama, si juéramo a hacer una visita a los Monduteises?

—¡Pero muchacho!...

—Sí, sí, vamo! Siempre está encerrada... Hay que pasiar. ¿Eh? ¿Vamo?

—¡Pero!...

—Güeno, aprontesé. Yo vi'a dir ensillando. Aprontesé.

Más tarde, madre e hijo atravesaban los campos. Bien próximos, al trotecito, charlando, riéndose...

La evocación de estos episodios, que siempre de-

jaban un fondaje amargo, era constante en él. Y un desaliento obscuro pero poderoso, fué aprisionado como en una malla su voluntad.

*

Con el tiempo la imagen dolorosa de su madre se fué borrando. Sin embargo, nunca faltaba algún pensamiento triste que lo hundía en sí mismo, dando a su cara un aspecto sombrío y seco. Era tristeza con él, como si se achacara algo que no sabía y que no podía saber. En su alma sentía a veces temblar cosas extrañas que no caían apresadas por el pensamiento. Las veía, en el borde mismo, asomarse, balancearse, y retroceder. Había días en que sentía más claramente sus subidas y sus bajadas. A veces, podía pensar con firmeza y aproximarse a aquel abismo de su alma; pero, al rato, un manto obscuro y pesado le cerraba el paso...

No lo visitaban con gusto sus antiguas amistades. Con cuarta había que sacarle las palabras. Y todas las noticias que le trajeran para avispar la conversación; negocios de conocidos, peleas en la pulpería, parición de tal o cual, resultaban lo mismo para él. Sólo los Ibarra iban todos los días y, detenidos por el aire de Vicente, no se animaban a preguntarle nada.

Les había arrendado el campo, después que vendió los animales. Ahora, no hacía más que revolverse

en aquellos ranchos que el descuido iba bajando y deshaciendo. Por la quincha podrida, pasaban el sol y la lluvia, en muchos lados. El patio se había llenado de yuyos y las paredes de gruesas telarañas. Un olor fuerte a humedad, a cenizas, a mugre, apretaban la respiración de quien entrara. Los Ibarra, varias veces quisieron arreglar algo; pero él siempre los detuvo.

—No. ¡No faltaba más! Eso lu hago yo. Yo... en cualquier... ¡Sí, ta tuito... patas arriba! Yo...

Un día, el mercachifle que lo surtía le dijo, alar madísimo:

—¿No sabe lo que se mormura por ahí?

—Si usted no lo dice...

—¡Que se viene la guerra, otra güelta!

—¿Ah, sí?

—Parece que d'ésta...

Cuando quedó solo, Vicente se sintió lleno de energía. No preguntó, ni le hubiera podido enterar el mercachifle, el por qué de la guerra. ¿A qué? ¡El enemigo, el enemigo de siempre! Había que pelear. La idea de la guerra lo enardecía. Se veía con la lanza de su padre, al frente de una columna, cerrar piernas al flete, agachar la cabeza y atropellar.

Hizo planes. Él juntaría la gente de su padre. ¿Quién sino él la mandaría?...

Pero el fuego se fué apagando. Y cuando don Marcial cayó una tarde a convidarlo para la patriada, un helado "lo viá pensar", fué la respuesta.

Los Ibarra se alegraron al verlo tan manso. Ellos tampoco irían por no dejar a las mujeres solas. Pero Vicente no había obrado por ideas. Lo hizo porque sí, porque se le habían ido las ganas, solamente. Y más tarde, los triunfos o las derrotas de los suyos no lo conmovieron.

—Toy frío... — se decía una vez. Iba a agregar "como muerto" y se sobresaltó. Y por miedo extraño, desconocido, repitió en voz alta, corrigiendo:

—¡Toy frío helao!

La guerra terminó. Volvieron las gentes y al trabajo se dedicaron con empeño, sin pensar que otra guerra volvería a parar en seco todo, y a maltratar y a devastar y a deshacer. Había hambre de olvido. Aquellos esfuerzos eran para echárselo arriba.

Una tardecita de verano, después de matear con Vicente y ya por irse, Pedro Ibarra dijo a su amigo:

—Che, ¿no sabés que Carmen se casa?

—¿Eh? — salió de la garganta de Vicente.

—Sí, con l'hijo'el vasco Iturbe, con José.

—Mi alegre.

—Sí, l'hombre es güeno. Y es una gente qu'está bien. Tienen amores va pa seis meses.

Vicente, dando vuelta la segunda cebadura, que todavía estaba buena, repitió:

—Mi alegre... Mi alegre mucho.

Lo que nunca, acompañó a su amigo hasta más allá del patio. Pronto lo vió perderse entre las chircas y las sombras. A sus espaldas, el sol había en-

trado, y el cielo, para ese lado claro y medio amarillento, estaba, al frente, casi obscuro, ya.

Inmóvil, con la vista perdida, Vicente fué sintiendo como que la noche lo emponchaba. Las manos, en la espalda, se agarraban sin fuerza. El viento le movía la melena como mueve las llamas.

—¡Carmen! — dijo.

Una tristeza profunda y suave a la vez, lo envolvía, acariciante. Veía los ojos vivos de la muchacha, la eterna expresión alegre de su cara, sentía más que nunca ahora todo lo buena y lo bonita que era, recordaba la mañana en que él, creciditya, al volverla a ver después de la larga estada en "lo'e los Barcelones", la dijo "usté" para siempre, cambiando el "vos" y el "che" con que la tratara desde niño...

—¡Carmen!

La luna un largo rato tuvo acostada sobre los yuyos la sombra de Vicente. Movidos por el viento, ellos parecían acunarla.

*

Tiempo después, en un despacioso atardecer de primavera, mateaban junto a la puerta, Vicente y Pedro. Este, que continuamente se distraía en la conversación pensando en algo, dijo de pronto, cuando ya estaba por irse:

—Ché, Vicente, mirá, nosotros hemo estao pensan-

do con mama que vos no debés estar aquí sino en casa.

—¿Qué? — exclamó Vicente, sorprendido.

—Sí, dejat'e partes. Vos ves qu'estas mal. ¿Qué vas a estar haciendo solo? No tenés necesidá. En casa, adimás d'estar mejor, nos hacés falta. Mama está vieja, nosotros enredopente tenemo qui andar di un lao pa otro, y ella necesita compañía. Vos allí no vas a estar di agregao... Tenés con qué vivir... Sí, animate. Mirá, a mama le das un alegrón... y a nosotros, figurate! Sí, dejat'e partes. Animate. Mama está loca'e contenta con l'esperanza de qui acetés. ¿Un día estás aburrido? Pues montás a caballo y te pasás unos días ande querás, o recorriendo las amistades. Li hacés una visita a Carme, que te quiere tanto, y les das un alegrón a ella y al marido... Estás lo que se ti antoje y, después, volvés con nosotros... ¿eh?

Vicente, con la cabeza agachada, no contestaba.

—Güeno, mirá, —seguía Pedro—, ya tenemo el cuarto pronto y todo... ¿Ti acordás cuando se jugaron a vivir con la finada, cuando la guerra? ¿Ti acordás? ¡Qué tiempos! Güeno, y por qué no podemos aura volver a vivir juntos? Y vos no te vas a negar. Faltarán muchos a la reunión: la finada tu mama, el finao tata, el finao Tuquito, Carme, que ya tiene su dueño... Pero la vida es ansina y nu hay más remedio que conformarse con lo qu'ella dispone. Con empacarse no se saca nada. Y, gracias a

Dios, tuavía podemos ser felices, ¡qué caracho!

Como Vicente ni levantaba la cabeza ni hablaba, Pedro pensó que lo mejor sería dejar allí las cosas. Tenía la esperanza de que, insistiendo seguido, podrían sacarlo de sus taperas y llevárselo. Se despidió entonces. Y se fué.

Vicente siguió un rato en el banco; mucho, un rato largo. Sentía en su interior como ya muertos para siempre los fuegos que solieron devorarlo. Y dábase cuenta de que, sin embargo, aquellos habían sido su apoyo y, ahora, se sentía como nunca solo.

Las lágrimas empezaron a rodarle por la cara. Apenas si alteraba sus facciones aquel llanto manso, sin convulsiones ni gemidos.

*

En la mañana del día siguiente, Pedro volvió, mandado por su madre, para tratar de ablandarlo. Ella misma, iría más tarde a seguir la conquista.

Pedro llegó a la cocina y no lo encontró. Y al entrar en el cuarto, se paró sorprendido. Arrodillado frente a un baúl, sacando ropa de él y poniéndola sobre una sábana, estaba Vicente, de espaldas a la puerta.

—¡Hermano!, — exclamó Pedro.

—¡Ah, eras vos!, — murmuró. Y siguió sacando ropa y doblándola lento, prolijo; demasiado prolijo y lentamente.

Pedro lo dejó hacer, sin decir palabra. Cuando el baúl quedó vacío, Vicente ató las puntas de la sábana y, alzando el bulto al hombro, dijo:

—Lo demás lo llevamos n'otros viajes. Vamo.

De lejos, se vió el bulto blanco alejarse sobre las altas chircas. Como los hombres eran ocultados, parecía alejarse una nube que se quería cortar sola de la tierra y no podía.

*

Han pasado años. La muerte se llevó a Jesusa. La vida, por no aflojarle, llamó en la carne de los dos Ibarra, los casó con dos vascas Iturbe de amplias caderas y robustos senos, y se subió por unos cuantos "Ibarritas".

Y en medio de aquellas fuerzas que seguirían adelante, Vicente permanecía suave, inundado por una felicidad triste que le hamacaba dulcemente el pensamiento.

No veía bien claro, pero dentro de sí había una cosa extraña, vaga, sin formas, que aliviaba como una esperanza.

LO INEFABLE

PEDRÍN era sirviente en casa del caudillo. ¿Cuándo entró a su servicio? Hacía ya tiempo. Pedrín siempre adoró a Pedro Gutiérrez, pero suponía que éste no comprendía su profundo cariño. ¡Era tan seco Pedro Gutiérrez!... Un día se encontraron en la calle. Pedrín vestía un traje deshecho y multicolor y mostraba los dedos de los pies por las abiertas zapatillas.

—Pedrín, ven conmigo. Yo te llevo a mi casa, — le dijo.

Pedrín se quedó mudo. Lo miró a los ojos como buscando en ellos lo que le parecía una verdad imposible y, luego, todavía dudando, exclamó:

—¡Si usted me lleva!...

Después de cenar, y antes de ir al club con sus amigos, Pedro Gutiérrez le dió algunas monedas. Pedrín fué a su nueva habitación, se puso la ropa recién regalada y las zapatillas flamantes y blancas, se peinó frente al pequeño espejo con raro cuidado y salió también. Entró a un bodegón. Al rato, desde la calle, se oyó su voz forzosamente alta por el

exceso de alcohol que lo encendía. La patria, el partido, los hombres que sufren, se mezclaban confundidamente en su alocución.

Algunos hombres que escuchaban riéndose, le hicieron beber más. Pero, pronto, Pedrín se quedó mudo. Y después volvió a hablar, aunque ya no de cosas tristes, sino dulcemente, refiriéndose al caudillo, cosa que nadie entendió porque las referencias eran incomprensibles, metafóricas: "Piedra preciosa", "La mejor flor del ramo", "La luz eléctrica que no quema y alumbrá".

Regresó con el alma profunda y suavemente conmovida. Se quitó la ropa, acostóse, y a los pocos momentos sollozaba.

El llanto, como a un niño, le trajo el sueño.

*

Pedrín se hizo imprescindible en la casa del caudillo, porque nadie hacía las cosas tan bien y tan rápidamente como él, y nadie era más atento y bondadoso. Sonreía cuando le hablaban o respondía, y a la señora o las hijas de Pedro Gutiérrez dábales el mate o lo que fuere con la delicadeza y cortesía que un caballero emplea con las damas. Además, el caballo favorito del caudillo no podía recibir sino sus tratos. Manso como un cordero con Pedrín, trataba de morder y patear a quien se le acercara. El obscuro, reluciente y fino, formaba una figura ex-

traña y simpática con el tan pequeño Pedrín. . . Porque Pedrín era pequeño, y tenía un pequeño bigote rubio y una boca pequeña y unos pequeños ojos claros. Todo era pequeño en Pedrín; todo menos el corazón y la sed; tan grande ésta, que lo obligaba frecuentemente a tomar más caña de lo necesario. Dos o tres veces por semana, Pedrín se emborrachaba. Notábase en seguida por la alegría inmensa que se transparentaba en su rostro, por el brillo lindísimo de su conversación, convertida a veces en un verdadero juego de metáforas bellas, y por su inquietud que lo obligaba a entrar y salir, a mezclarse en todo. Pero nunca dejaba de ser amable y correcto. Y cuando el efecto del alcohol empezaba a atenuarse, caía en una profunda tristeza que no se le percibía en el rostro sino en la velada inflexión de la voz.

*

Aquel día de invierno, Pedrín estaba ocupadísimo y molesto. A cada momento se acercaba a la señora para decirle con energía:

—¡Este hombre no sirve para nada! ¡Mejor lo hago yo solo!

Quien para Pedrín no servía era Bonifacio, el enorme Bonifacio, otro protegido del caudillo que solía comer allí y que se ocupaba en hacer changas. Entre los dos sacaban de la sala los muebles que serían sustituidos por otros nuevos. Habían llegado

ya los carros con la carga y la sala estaba sin desocupar, aun. Y Pedrín consideraba que él solo, habría arrastrado, alzado y conducido todo mucho mejor y más rápidamente que con la ayuda del demasiado sereno Bonifacio.

Este, oyendo por repetidas veces las quejas de Pedrín, le dijo despacio, para no enterar a la señora:

—¡Vos estás loco! ¡Vos estás loco!

—¿El qué?, —bramó el aludido, eructando alcohol.

Bonifacio, al ver a su compañero tan enfurecido, agachó la cabeza, calló, y siguió empujando un pesado sofá con tal fuerza, que casi aplasta a Pedrín contra la pared.

—¡A la derecha! ¡A la izquierda!, — exclamaba Pedrín, asumiendo por propia cuenta el papel de jefe.

Y Bonifacio, aturdido, se miraba las manos antes de impulsar el muebles y, aun así, se confundía.

Cuando la sala quedó vacía, comenzáronse a descargar las cosas llegadas en los carros. Los mozos de cordel que venían con los carreros hicieron esa tarea. Mientras, Pedrín y Bonifacio abrieron varios cajones descargados. Finos bibelots, objetos artísticos, una Venus de alabastro, un Discóbolo de bronce...

Pedrín, con su propio pañuelo quitaba el polvo de la Venus para hacer tiempo contemplándola, cuando oyó que a su lado, en voz baja y misteriosa, Bonifacio lo llamaba.

—¡Mirá! ¡Mirá qué lindo!

Pedrín tornó la cabeza y vió un cuadro a los pies de Bonifacio. Representaba una joven de cabellos castaños divididos al medio por una raya y caídos a los lados del cuello, hacia el pecho de dulces combas. Sonreía melancólica, abstraída, y un capricho del artista proyectó mucha luz sobre sus labios entreabiertos; sobre los labios húmedos, que parecían iniciar una palabra. En los ojos profundos, castaños como el pelo, había una fuerza misteriosa que infundía a todo el rostro aire de infinito candor, de dulzura suprema, de piedad pronta a manifestarse; un aire de ese algo, irreal casi, que, cuando se llega a encontrar, no sorprende sino que hace exclamar: "Yo te conocía antes", porque en ello se sueña siempre. Superpuestas las manos, los brazos desnudos y el pecho rodeábalos la mancha azul celeste del traje de seda.

Pedrín y Bonifacio, tan pequeño el uno, tan grande el otro, inclináronse en cuclillas para verlo de más cerca. Ante aquello tan bueno, tan noble, tan angélico, los dos desgraciados se habían conmovido. Bonifacio, más impulsivo, púsose de rodillas, fundando las manos en el suelo, y acercó su cara hasta casi tocar la tela. Sonrió a la imagen; sonrió con una sonrisa tan pura, tan pura, que daba miedo. Había alargado un dedo que se quedó próximo a los cabellos de la joven sin animarse a tocarlos.

Permanecieron así, silenciosos, ensimismados.

—¡Cuidado!... ¡Cuidado con el espejo, que van a tropezar! ¿Pero qué hacen ahí? ¡Salgan! ¡Salgan!

Pedrín y Bonifacio se incorporaron saliendo de su sueño en un escalofrío que les agitó la carne. Al poco rato, trabajaban los dos a cual mejor. Y esa tardecita, lo que nunca, fueron juntos al bodegón. Apenas si hablaron mientras bebían caña; pero cuando lo hacían era fraternalmente, sin discutir por cualquier cosa, como siempre.

Pedrín, de pronto, rompió el gran silencio.

—¿Y la niña bonita?, — dijo sonriendo.

—¡Ah! — exclamó Bonifacio.

Y los dos se quedaron como bajo una caricia.

*

Esa noche Pedrín fué tarde a su cuarto porque tuvo muchísimo que hacer. Se durmió y soñó que Ella vivía en la casa del caudillo, que él le cebaba mate y que Ella le decía frecuentemente, con dulzura:

—Pedrín, tú eres un hombre bueno.

Y soñó también que un día, en momentos en que él cepillaba el ágil obscuro de su amo, ella llegó y le dijo:

—Pedrín, yo quiero que le lleves esta carta a mi novio.

Pedrín cogió la carta, sin miedo montó de un

salto —él nunca se había animado a hacerlo y sólo ebrio hablaba de ello— y salió como luz por un camino desconocido. Atravesó un bosque y llegó frente a un gran edificio blanco en cuya portada lo esperaba un joven. Era el hijo del caudillo, quien le dió un abrazo y le preguntó por la Niña Bonita.

Pedrín volvió a montar y salió al galope. Pero, al llegar al bosque, lo encontró ardiendo...

Y se despertó. La luz del sol, que entraba por la ventana, le bañaba el rostro.

Todo el día lo pasó tristísimo. Pensaba en Carlos, el hijo del caudillo, y lo veía mirándolo, como siempre, melancólica y cariñosamente. Pedrín adoraba a Carlos, y sus celos con Bonifacio se debían a que Carlos conversaba mucho con éste. Pedrín y todos los humildes que rodeaban amorosamente al caudillo, experimentaban un profundo bienestar junto a Carlos porque, con sólo mirarlo, comprendían muchas cosas secretas y buenas. Y sin complicaciones, sencillamente, solíanle escuchar palabras que despertaban en el alma sentimientos conmovedores y puros, infundiéndoles la sensación de que no estaban tan solos en el mundo, y de que no eran tan desgraciados. "Llegará un día en que todos seremos felices. Sí; yo me estoy preparando para poderlos hacer felices. Todos tendrán qué comer y dónde dormir tranquilos. Y todos nos queremos mucho y nos ayudaremos mutuamente. ¿A ustedes les parece que eso es imposible, que es difícil? ¿Eh?". Ellos no con-

testaban. Bajaban la cabeza confusos y conmovidos. Pero al levantar de nuevo la vista, Carlos temblaba de emoción viendo que, como náufragos, ellos se agarraban a él con una profunda e infinita esperanza...

Así, pensando en Carlos, pasó varias veces frente a la sala y miró el cuadro ya colgado. Ahora se veía mejor. Y la luz tenue de la estancia realzaba la suavidad del rostro bello. Pedrín sentía que un manto angustioso le envolvía el corazón, apretándose. Dos seres en su vida habían producido en él una sensación vaga, oscura, profunda; algo que despertaba en su alma anhelos dormidos, que a la vez le daba la sensación de que existían en el mundo lindas cosas desconocidas y de que esas cosas lindas se podían alcanzar: Carlos y la joven del cuadro. Pero Carlos, cuando llegaba a descansar por unos días de la ciudad lejana, tenía momentos bruscos, violentos. Se irritaba con Pedrín y lo hacía sufrir. Él perdonaba, ¡vaya si perdonaría! Más, se olvidaba de todo. Sin embargo, eso quedaba como una mancha oscura, perceptible por lo blanco del fondo... ¡La joven del cuadro! ¡La Niña Bonita! ¡Esa sí, dulce y triste, sonreía siempre; esa sí comprendía que él era puro y le decía con los ojos, como en el sueño: "Pedrín, tú eres un hombre bueno"!

—Y ella es triste, —comenzó a pensar despacio.—
¿Por qué? ¿Por qué es triste siendo tan buena?... Seguramente todos los buenos son tristes porque nos

quieren hacer bien y no pueden. Hacer bien a todos, a todos, es imposible, ¿eh? ¡Claro! ¡A todos, a todos!... Y Carlos también es triste... Si ella pudiera vivir y fueran novios... ¡Qué lindo, caramba!

Y sin saber por qué, los ojos le brillaron de lágrimas.

—Pedrín! —oyó gritar.

Pedrín, reconociendo la voz de Pedro Gutiérrez que llegaba, se sobresaltó. Corrió a la cocina, aprontó el mate y salió hacia el fondo, donde el caudillo contemplaba sus caballos.

Pedro Gutiérrez ejercía una atracción poderosa sobre los hombres. Entraba en el alma de la muchedumbre y la dominaba. Reunía en cada uno las dispersas energías, las fortificaba y las resolvía en una recta inflexible. La mirada viva, penetrante, de Pedro Gutiérrez, no admitía réplicas. Los hombres agachaban la cabeza y lo seguían sin saber adónde. Ellos no dudaban de que era para hacer bien; de que se aprestaban a convertirse en soldados de una gran causa pura. Y sintiendo así estaban orgullosos de sí mismos. Pero Pedro Gutiérrez era parco, seco. Los hombres se dejarían morir de hambre escuchando una voz que les cantara palabras de amor, de bondad y de fé. Y el caudillo era acción; acción violenta y silenciosa.

Pedrín, sin explicársela, era consciente de la fuerza que se imponía a su espíritu. La aceptaba por buena, pero le dolía. Aquello que le entraba hasta lo

íntimo y le hacía amar frenéticamente al caudillo, a la vez lo contenía obligándolo a comprender que nunca podría ser su amigo, ¡oh, amigo! y contarle las cosas que sentía y que soñaba, y hacerle una caricia y darle un abrazo y sonreírle sin motivo. Carlos... Carlos también se introducía en su alma. Y eran hermanos, y le hablaba de cosas lindas y puras; pero Pedrín no podía decirle nada. ¿Cómo le iba a decir si no sabía, si no era con las palabras conocidas que se decían esas cosas?...

Pedrín chorreó el mate y Pedro Gutiérrez lo regañó suavemente. Después le dió unas monedas y se fué al comedor, donde lo esperaba la familia.

Pedrín comió poco, pues le molestaba la conversación de las dos ancianas negras que almorzaban con él, en la cocina. Además, la cocinera adoptaba un chocante aire de superioridad sobre él, y la chiquilla que atendía la puerta tenía mucha tos.

Después de comer tuvo que hacer muchos mandados porque, al día siguiente, Pedro Gutiérrez y su familia irían a pasar unos días al campo y a última hora a las mujeres les faltaba todo.

La noche lo sorprendió rendido.

*

Cuando subieron al coche, las señoritas gritaban: —¡Adiós, Pedrín! ¡Adiós, Pedrín! ¡Cuida mucho los zorzales!

La señora le recomendó que se portara bien, cosa que significaba que no bebiera. Pedro Gutiérrez le alargó la mano y subió también. Y el coche se perdió rápidamente de vista.

Por la noche, Pedrín salió a la calle, disgustado. Las morenas viejas seguían alborotando en la cocina; la cocinera, libre ahora de los patronos, demostraba claramente que ella mandaba, y la chiquilla estaba insufrible con su tos. Entró al bodegón. Vió a Bonifacio en un extremo lejano, pero no quiso acercarse. Se sentó en una mesa solitaria y pidió de beber. Poco a poco íbase enfureciendo.

—Se fueron todos y me dejaron solo, — pensaba. — Irse y dejarme, ¿eh? ¡Yo, déle nomás, es claro!... ¡Carlos debió venir para el primero y ya estamos a quince!

Y al pensar en Carlos, pensó en la Niña Bonita. El ceño de Pedrín se desarrugó como si estuviera en su presencia. Clavó los ojos en el suelo, agachó la cabeza y se quedó mansito.

*

Al día siguiente, se levantó con la cabeza dolorida, pues tuvo una terrible pesadilla. Se había caído en un pozo profundo y no podía salir. Hasta que encontró una cuerda que se rompió cuando él llegaba ya a la superficie...

Después de la siesta, sintióse bien. Se sentó a to-

mar mate en la cocina, conversando con la criada, distraído en otras cosas. Pensaba en la joven del cuadro y quería verla. Aprovechando el momento en que la cocinera fué al fondo, cruzó el patio, hacia la sala. Al empujar la puerta, notó con desaliento que estaba cerrada con llave. Entonces, tristísimo, volvió a la cocina y, abandonando el mate, salió a la calle.

Caminaba sin rumbo, abstraído. Sentía una infinita tristeza porque él quería, quería y quería mirar el cuadro. Tomó por la carretera. De un rancho lindero le gritaron:

—¡Adiós, Pedrín!

Él saludó con la cabeza y siguió su marcha. Al llegar frente a los blancos y altos muros del cementerio, se detuvo y torció a la izquierda, por una calleja bordeada de ranchos y casuchas de lata. Frente a una choza más mísera que las otras, más sucia y más agachada, se detuvo y golpeó las manos.

—¡Buenas, mi tía! — saludó.

De una cocinilla negra, salió una vieja vestida con un traje negrerverde. Se sostenía en un palo, a guisa de bastón.

Pedrín entró y le dió un beso. Tomaron mate dulce. La tía Marica lo enteró de muchos sucesos en el barrio, que él escuchó silencioso, ensimismado y, cuando Pedrín se despedía, le pidió "para el pucherito".

Pedrín escogió en el bolsillo las monedas peque-

ñas y retiró la mano, dándoselas. Pero después, con un arrepentimiento que le dolió como si hubiera sido por algo más grave, sacó su moneda de cincuenta centésimos y se la dió, también.

La tía Marica lanzó una exclamación de júbilo.

Pedrín, ya en la calle, oyó la voz de la vieja:

—¡Pedrín, no se pierda tanto por aquí, m'hijo!

Volvió a tomar la carretera, en dirección a la ciudad. Cada vez se sentía más oprimido. El necesitaba mirar el cuadro como necesitaba tomar caña. Más, mucho más que el beber.

—¡Y ahora, —pensaba,— mientras no vengan!... También, ¡dejar cerrado! ¿Por qué cerraron la puerta, ¿eh?

Y lenta y como cautelosamente, una idea fué embargando su alma.

—Con un clavo... se... puede abrir.

Pero se asustó como si pensara en una cosa gravísima. Sin embargo, la idea no se iba. Algo en su alma la hacía girar alrededor de sí, mostrándole cosas lindas, dulces, buenas.

Cuando llegó, se sentó a cenar. Después, se dirigió al bodegón. Desde la puerta vió a Bonifacio de pie junto al mostrador. Como él necesitaba estar solo, decidió ir a otro lado donde podría beber tranquilo. Poco después, en un despacho de bebidas más sucio y miserable, Pedrín tomaba caña mirando el suelo. Una sensación de desaliento le caía encima como un manto ahogador. Él no sabía qué ni por qué

cosa; pero sentía y con eso bastaba para dolerse. Sentía dentro de sí la existencia de un ansia infinita, jamás sospechada por nadie, jamás satisfecha. Y él quería decir algo de eso; hablar y llorar y gritar eso. Solo dos seres "sabían"...

—Carlos, ... pero ¡ah! ¡Carlos también! ¡Y sin venir! ... ¡La Niña Bonita! ¡Ella! ¡Ella sola!

Dos grandes lágrimas rodaron por las pálidas mejillas de Pedrín. Y al notarlas, se conmovió más. Sacando su pañuelo, tocó algo frío en el bolsillo. Lo apretó dulcemente, como diciendo: "Espera", y se enjugó el llanto. Luego pagó y salió.

En la diestra llevaba un clavo.

*

Entró y se encaminó a la sala. Todos los reproches que su conciencia le hiciera anteriormente, habían sido borrados por el alcohol. Lo que antes le parecía más grave de lo que era, ahora resultaba nada para él.

Anhelante forcejeó un poco y la puerta, empujada, se abrió sin ruido.

Pedrín aspiró en un suspiro profundo el aire tibio de la habitación.

Y palpando la pared movió la llave de la luz.

Un momento miró en éxtasis; un momento, su alma se hizo blanca y se sintió feliz; un momento, durante unos segundos, sus ojos se fijaron en los ojos

melancólicamente velados de la joven, anhelantes por decir de alguna manera lo que él no podía decir con palabras. Segundos, nada más, porque la luz, de súbito, tembló vivamente y se extinguió.

Pedrín, lanzando un gemido ahogado, rompió a llorar. Lenta, suavemente, rodaban las lágrimas que él no enjugaba, pues sus manos permanecían inmóviles a los lados del cuerpo. Y Pedrín sentía que aquel manso llorar "decía" por fin. Decía todo lo suyo, inexplicable e incomprensible para él mismo. Y como una caricia, percibía en la obscuridad la mirada de la joven pura diciéndole siempre: "¡Tú eres bueno, Pedrín!".

De pronto, Pedrín cruzó las manos sobre el pecho. Ahora, interrogaba. Dolorosamente dulces dos palabras brotaron, repitiéndose constantes en su boca. Subieron, se hicieron potentes hasta el grito y volvieron luego como a replegarse, temblando, sobre sí mismas:

—¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

En el profundo silencio exterior, cayeron como piedras en el agua, haciendo círculos, las doce campanadas de la media noche.

SALTONCITO

NOVELA PARA NIÑOS

A mi madre.

*En memoria de
Hans Christian Andersen.*

A raíz de su desaparición, corrieron varios rumores por el charco: alguien afirmó que "Ojos de Chispa", la gran víbora que vivía cerca del bosque, se lo había devorado; otro trajo la noticia de que fué visto entre las rocas del arroyo, y el anciano Glu-Glu, el Patriarca, supo que Cabeza Giratoria, la lechuza, estuvo con él conversando en el llano...

Pero lo cierto es que se fué el invierno y vino la primavera, sin que Mángoa, la esposa del desgraciado sapo, ni Saltoncito, su hijo, volvieran a verlo más.

Mángoa resignóse con su triste suerte y se dedicó a la buena crianza de Saltoncito. Todas las tardes llevábalo a tomar el aire, conduciéndolo hasta unas rocas desde donde se veían los verdes campos. Y mientras ella, sacando su cesta de costura, se ponía a repasar la ropa, Saltonctio brincaba entre las piedrezuelas y las hierbas bajo los tibios rayos del sol.

Muchas veces, al volver de sus correrías, encontraba a su madre muy triste, con la vista perdida

en los campos y los ojos velados por las lágrimas. Saltoncito, comprendiendo el motivo de su pena, se trepaba a las rodillas de su madre y la besaba.

Por no disgustarla se comportaba muy bien y le ahorraba las tareas que podía. A riesgo de que no lo creáis, os digo que él mismo se lavaba y se vestía, y que fué muy feliz cuando consiguió hacerse solo el lazo de la corbata...

Glu-Gluu, el Patriarca, aseguró un día a Mángoa:

—Tu hijo, amiga mía, será un sapo que llegará lejos por su inteligencia y su bondad.

Y sonriendo dulcemente al pequeño, díjole:

—Saltoncito, pide permiso a tu madre, y yo te llevaré a pasear por el bosque.

Mángoa accedió, recomendándole que obedeciera al venerable anciano.

Pronto ambos salieron del charco y, cruzando el llano, llegaron al bosque.

Saltoncito, prendido de la mano de Glu-Glu, tembló al sentirse debajo de los gigantescos árboles.

—¿No nos harán daño, abuelo?

Glu-Glu le explicó la bondad de los árboles, cómo extienden sus ramas para que en ellas los pájaros sostengan sus nidos, y cómo dan dulces frutos y sombra reconfortante.

—¡Ay, abuelo, qué buenos son! —exclamó el pequeño.— Suéltame un momento la mano que quiero darles un beso.

—Es inútil, hijo mío, — expresó el anciano.

—¿Por qué?

—Porque ellos no te sentirán, preocupados por otras cosas. ¿No ves cómo miran al cielo?

—Sí, señor, — dijo Saltoncito.

—¡Bueno! — repuso el viejo sapo.

Y en vano el otro esperó que continuara, porque no habló más.

Cuando regresaron del lindo paseo era ya noche. El cielo estaba radiante de estrellas y alrededor de ambos todo parecía descansar confiado en ellas. Habíase detenido el viento; los árboles permanecían con las copas inmóviles, y en sus tibios nidos de pajita y pluma dormían los pájaros.

—¡No hay casi luz! ¡Nos perderemos, abuelo! — exclamó Saltoncito.

—Ve cómo todas las cosas, hasta las que parecen más lejanas e indiferentes, nos son útiles. Yo me sé guiar por las estrellas.

—¡Yo quiero aprender, abuelo!

Mientras andaban, Saltoncito recibió su primera lección de Astronomía; ciencia que, ya lo veremos más adelante, de mucho le sirvió.

Cuando llegaron, Mángoa estaba muy inquieta.

—Temí que les hubiera pasado algo. ¿Cómo se comportó Saltoncito?

—Muy bien. Puedes estar orgullosa de él.

El anciano acarició a Saltoncito y agregó:

—Este irá lejos. ¡Lo digo yo!

Ido el anciano apoyándose en un bastón, pusié-

ronse a la mesa. Saltoncito comió con gran apetito y, a cada momento, su madre tenía que recomendarle:

—No comas tan de prisa porque no te hará provecho.

En cuanto se acostó se quedó dormido.

Y pasó la noche soñando con estrellas.

Llegó el invierno. Apenas si algún pájaro atravesaba el aire, triste y silencioso. La pradera había perdido sus hijas, las flores y, por consolarla, la Huvia tendía alfombritas de charcas, donde posasen sus delicados pies las estrellas que bajaban a engañar piadosamente a la madre.

Saltoncito salía solo por los campos. Y cuando regresaba a su casa, toda la melancolía de la Naturaleza parecía inundar su corazón.

“Esto que ves no es nada comparado con el resto del mundo”, — habíale dicho en cierta ocasión el anciano Patriarca. “Cuando yo era joven, conocí a un sapo de mucho mundo, hijo mío, y le oí contar cosas maravillosas: Reinos inmensos y riquísimos, con ciudades más grandes que cien charcos de éstos, juntos; palacios de piedras preciosas y de oro; reyes poderosos...”.

Y en el alma de Saltoncito nació e iba creciendo,

hasta empujarlo, el deseo de abandonar la comarca y salir por el mundo.

¿Por qué no podría encontrar una hermosa ciudad donde trabajar conquistándose una holgada posición que le permitiera llevar con él a su madre y librarla de los continuos sobresaltos experimentados durante el verano, cuando la charca se seca hasta casi desaparecer?

Un día, comunicó a su madre sus firmes deseos.

Ella lloró silenciosamente sin tratar de disuadirlo porque sabía que era imposible, dado el carácter tenaz del jovenzuelo. Luego, secándose las lágrimas, buscó entre las ropas algunas de su perdido esposo para achicarlas y vestir bien abrigadamente a Saltoncito. Quitó un traje azul, que en sus tiempos fué muy bonito por los botones dorados, pero que estaba demasiado descolorido. Luego otro, negro, ¡ay!, el que llevaba puesto cuando se conocieron... Por fin encontró uno de pana gris, muy abrigado. Al mirarlo mejor, notó que tenía, aun sin zurcir, un gran trabón en la solapa. Su esposo habíase lo hecho al resbalarse por una roca y engancharse en su afilada punta.

Mángo achicó el traje, cosió el trozo de solapa roto y, luego, preparó el almuerzo.

Por la tarde, Saltoncito fué a despedirse de sus amistades, retornando, ya al anochecer, acompañado por Glu-Glu. Besó a su madre, asegurándole que volvería por ella en cuanto obtuviera su bienestar,

alzó un bulto, —donde llevaba alimentos y algo de ropa interior— y salió de la charca con el anciano.

Al llegar a las rocas, éste lo abrazó. Luego, sin decir palabra, lo dejó partir.

Era ya noche. Las estrellas se asomaban desde el cielo buscando charquitos. Y la luna apareció en seguida y tendió sobre el mundo su plateado resplandor.

En la paz de los campos, dos sombras se alejaban en contrarias direcciones: cojeando, inclinado sobre su bastón, el anciano Patriarca, rumbo a su charca que bruñía la luz; y hacia lo desconocido, hacia el misterio, el pequeño Saltoncito, con ágil y resuelto paso.



Marchó toda la noche. Como conocía las estrellas se dirigía con una orientación determinada. Primeramente había sentido mucho frío; pero, luego, el caminar lo hizo entrar en calor. Ya se habían borrado los astros y el oriente se teñía de vivos colores, cuando hizo alto entre unas hierbas empapadas de rocío. Sacando de su hatillo algunos manjares, comió con buen apetito. Y así, sentado como estaba, lo sorprendió el sueño.

Despertó al oír un rumor. Abrió los ojos y notó que atardecía.

—¡Cuánto he dormido! — se dijo Saltoncito!

En eso, volvió a escuchar el rumor que percibiera anteriormente. Asomó la cabeza por entre las hierbas y vió con terror un feo lechuzón de piernas combadas y ojos fríos, que tenía una garra extendida hacia él, como para deshacerlo.

—¿Qué andas haciendo aquí? — rugió el desconocido, con voz chirriante.

—¡Recorro el mundo, señor! — contestó asustado y suavemente el joven sapo.

Ante el tono ingenuo y puro de esta frase, el extraño ser se sonrió con dulzura y retiró lentamente la espantosa garra.

—¡Me haces gracia! ¡A tu edad!... ¡Tú!... ¡El mundo!... ¿Pero tú tienes una idea de lo que es el mundo?

—No, señor. Y por eso es que quiero conocerlo.

—¡Bien contestado! — aprobó con creciente entusiasmo su interlocutor.— Veo que eres inteligente y que quizá... ¿eh?, tengas algunos estudios... Pero siento tufillo agradable. ¿Me convidas a cenar, hijo mío?

—¡Señor! ¡Aquí tengo esto! ¡Lo hizo mi madre! ¡Es riquísimo!

—¡Muy bien, muy bien! Conque ¿tú tienes madre?

—Y también tenía padre; pero ahora no lo tengo. ¡Murió!

—Pequeño mío, recién te conozco y siento que te quiero mucho, ya. Yo me llamo "Conversa con la Noche", ¿y tú?

—A mí me dicen Saltoncito.

—Pues bien, Saltoncito, debes saber que el mundo es inmenso y que existen en él grandes peligros. He estado pensando, ahora, al verte tan indefenso, en qué podría serte útil. Acompáñame, te llevaré a mi casa y allí veré lo que puedo ofrecerte.

Juntos se perdieron entre los pastos.

—Yo he volado mucho, hijo mío. Pero tuve mala suerte y aquí me tienes, ¡pobre y olvidado! ¡Y tengo mala fama, Saltoncito!

—¡Usted, tan bueno!

—Sí, sí, muy mala fama. Dicen que salgo de noche a robar, a asaltar transeuntes... ¿Tú no lo crees, verdad, hijo mío?

—¿Cómo lo voy a creer, señor "Conversa con la Noche"?

—Bueno, con que tú no lo creas, me basta. Te lo aseguro. Y si alguna vez oyes hablar mal de mí, desmiente.

—Lo haré, ¡vaya si lo haré! — prometió, resueltamente, Saltoncito.

Llegaron a un oscuro agujero y penetraron en él.

—Yo tengo muchos enemigos, —previno "Conversa con la Noche" abriendo una puerta.— Debemos encontrar dos puertas más, antes de llegar a mis habitaciones. Me quieren mal, pero injustamente. Si tú oyes hablar mal de mí, ¿lo creerás, tierna criatura?

—No, señor, y los desmentiré.

—¡Eres un encanto! Entra, entra. Esta es tu ca-

sa. Pobre, como ves. Aquí no hay riquezas. ¡Mira qué pobre lecho! ¡Mira qué pobre lavatorio! Si yo robara, ¿eh? Aquí todo es igual, hijo mío. Pero en mis buenos tiempos yo fui otra cosa y tuve grandes relaciones. Recorrí mucho el mundo junto a "Todo lo Puede", junto a él, con él, ¡socio de él!

—¿Y quién era, abuelo?

—Era un zorro, el más genial de los zorros, brujo y con distintos poderes. Instalamos consultorio en diversos lugares: en las Rocas Verdes, en el Bosque de los Ceibos... ¡Oh!, y en todos lados nos persiguió la calumnía. Y mis enemigos llegaron hasta a hacerlo enojar conmigo. Una noche desaparecieron sus pantalones de terciopelo azul...

Al decir esto, el viejo se turbó. Luego continuó, señalando los pantalones de terciopelo azul, ya deteriorados, que llevaba puestos:

—Parecidos a éstos eran, hijo mío, aunque no éstos, como comprenderás. Fué inútil la búsqueda y me acusaron de ser el ladrón. ¡A mí! ¡A mí! Pero tú, Saltoncito, ¿eh?...

—¡No creo, no creeré nunca, señor "Conversa con la Noche"!

Este, rascándose la cabeza, se decía:

—Es extraño, yo jamás había querido a los jovencitos!

"Conversa con la Noche" púsose a pasear por la habitación, preocupadísimo.

¿Con qué?

El quería levantar la alfombra tendida sobre el pavimento y, abriendo la oculta puerta del subterráneo, llevar a Saltoncito a la sala donde estaban los tesoros sin cuento, fruto de sus rapiñas. Y contemplar el asombro de su joven amigo y decirle, después, para colmar su felicidad: — “Hijo mío, todo esto es tuyo. Lleva lo que más te guste”.

—Pero entonces, ¿qué pensará de mí? —barruntaba el lechuzón—. ¡Ay, qué desgraciado soy! Mis fabulosas riquezas no pueden hacer ni la alegría de Saltoncito!

—Saltoncito, hijo mío, — dijo el anciano, alzando la voz, — escúchame bien. Si yo fuera malo, si yo fuera un poquito egoísta, nada más, te diría: “Saltoncito, yo tengo algunos ahorrillos que me permiten mantenerte y mantener a tu madre. Ve en su busca y tráela a vivir aquí. No os faltará nada y llenaréis la triste soledad de mi vida”. Pero yo soy bueno, Saltoncito. Yo sé que, dejándote partir, llegarán para tí días de gloria y grandeza. Por eso no te detengo, a pesar de que esta separación me hace sufrir. Salgamos a la noche, hijo mío. Yo te llevaré un trecho en mis alas. Después... después sigue adelante, a donde te guía tu brillante destino.

—¡Abuelo, abuelito, yo no me iría de aquí!

—No. El mundo te espera. Sube.

El pequeño se trepó sobre “Conversa con la Noche” quien, al salir de la cueva, corrió un poquitito por el llano y se elevó majestuosamente con su preciosa carga.

—Cógete a mi cuello, Saltoncito, —aconsejaba mimosamente el viejo “Conversa con la Noche”.— Apoya en él tu cabecita. Así, así, hijo mío...

—No tenemos apuro, querido “Conversa con la Noche”. Y como ya nunca subiré más, juguemos un poco en el cielo, ¿quieres? — rogó el pequeño, tratándolo con confianza.

El viejo se sentía condescendiente.

—Bueno, —dijo— ¿qué te parece si persiguiéramos aquella nube blanca?...

—¡Bien! ¡A la nube! ¡A la nube!

La nubecilla era empujada velozmente por el viento; pero “Conversa con la Noche” movió sus poderosas rémiges y pronto se hallaron junto a ella.

—Vamos a atravesarla, — gritó Saltoncito.

Y se hundieron en la masa gaseosa, que les prendió miriadas de gotitas brillantes.

—Abuelito, la nube ha quedado debajo de nosotros. ¡Ay, abuelo, estás resplandeciente! ¡Estás hecho un ángel!

—¿Y recién lo percibes? —suspiró el anciano, conmovido.

El viento se había detenido y todas las nubecillas quedáronse inmóviles. Y de pronto, volvió a soplar el viento, y las nubes se dirigieron velozmente hacia los juguetones, a participar del juego.

—¡Mira! ¡Mira! ¡Vienen todas, abuelo!

Azuladas, verdosas, rojas, blancas; tomando for-

ma de aves, de flores, de monstruos, las nubes empezaron a rodearlos y a girar.

—¡Juguemos! ¡Juguemos!

“Conversa con la Noche” saltaba en el aire, se metía entre una nubecilla, salía persiguiendo a la que huía en giros alocados, tornábase de pronto y se iba sobre otra desprevenida; mientras la luz de la luna, quebrándose en las diminutas gotecillas, hacía brillar extrañamente al anciano y al pequeño.

Saltoncito, abrazado al cuello del viejo, reía con estridencia, y “Conversa con la Noche” sentía sus piernitas golpeándole nerviosamente el pecho.

El viejo jadeaba, mas no quería detener el juego. Sus alas le dolían y le pesaban, y un temblor convulsivo empezó a agitarlo. Pero continuaba persiguiendo a las nubecillas que venían hacia ellos y, ya próximas, subían velozmente, fugitivas...

—¡Mira aquella altísima, rosada, la que parece una garza! ¡A ella, abuelo!

“Conversa con la Noche” hizo un esfuerzo supremo. Abrió inmensamente sus ojos, que comenzaban a empañarse sin saber por qué, y tendió hacia la bellísima nube sus alas brilladoras.

Pero, pronto, empezó a descender.

—¿Por qué, abuelo?

—Bajemos. Estoy mal. No sé qué me pasa.

Tardaron en llegar a la tierra porque, distraídos en el juego, se habían alejado mucho.

—¿Qué tienes, abuelito?

El viejo, sin contestar, se tendió entre la hierba, temblando. Y de pronto, dijo con apagada y trémula voz:

—¡Perdóname, Saltoncito!

—¿Por qué? — preguntó, aterrado, éste.

—Porque no podemos seguir jugando. Me muero. Adiós. Sé bien bueno.

“Conversa con la Noche” quedó inmóvil.

Saltoncito rompió a llorar.

Y allá lejos, en el cielo, las nubecillas azuladas, verdes, rojas y blancas las que habían tomado forma de aves, de flores, de monstruos, miraban hacia abajo con asombro, esperando que se acercaran otra vez.

El viento bajó a ver lo que pasaba y, comprendiendo todo, subió y las alejó con velocidad.

Tristemente, Saltoncito siguió solo su camino.



Moría la noche. El oriente se encendía con vivos colores que avanzaban lentamente por el cielo. El sol no tardaría en subir.

Saltoncito marchaba con rápido paso, deseoso de llegar hasta unas altas colinas donde había decidido descansar. Atravesaba un espeso matorral cuando, de pronto, se detuvo asombrado. Un lago enorme se tendía ante sus ojos. Reflejando el cielo, estaba celeste, rosa y veteado de gris. En sus orillas se alza-

ban airosos juncos a cuyos pies balanceábanse dulcemente abiertos nenúfares. Y allá lejos, en el centro, sobre las rocas que emergían del agua, dos blancas garzas contemplaban absortas el nacimiento del día.

—¡Qué lugar tan hermoso! ¡Quién pudiera vivir aquí con su madre! —se dijo Saltoncito—. Pero, seguramente, esto ha de ser el reino de algún poderoso monstruo. ¡Qué hermosura, qué...!

Unos gritos interrumpieron la frase.

—¡Estás preso! ¡Estás preso!

Y de todas partes aparecieron soldados-sapos armados hasta los dientes.

—¿Qué hacías aquí? — rugió el jefe, acomodándose el casco de oro.

—¡Nada! ¡Ya me iba, señor! — respondió, temblando, Saltoncito.

—No, no te irás. Eres nuestro prisionero. Y la muerte te espera, atrevido jovenzuelo.

Luego, tornándose hacia sus soldados, ordenó con imperio:

—¡Atad a este pillastre y seguidme!

Se hundieron en el agua y tomaron por un camino tallado en la roca viva. Contrariamente a lo que hubiera debido suceder, cuanto más se hundían mayor claridad se notaba. Era que, colgadas entre las madrêporas y las algas, brillaban extrañas luces que aumentaban su fulgor sobre las piedras finas colocadas a intervalos regulares, en el siguiente orden:

un rubí, dos esmeraldas, dos diamantes, dos amatistas, otro rubí, y así, hasta llegar a una inmensa ciudad cuyos pobladores salían a las puertas, al alboroto que hacía Saltoncito.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Glu-Glú! ¡Socorro!

¡Cómo sería su espanto que, olvidado de todo, clamó hasta por el desgraciado "Conversa con la Noche"!

Al llegar frente a un palacio de amplias escalinatas de mármol blanco con portada de oro puro, el cortejo se detuvo. Por una pequeña puerta lateral aparecieron más soldados a quienes el jefe habló de esta manera:

—Os entrego este prisionero. Encerradlo en el calabozo y dadle sólo pan y agua. Vuelvo con mi gente a continuar la vigilancia del reino.

Saltoncito fué conducido por un estrecho corredor hasta una puerta que abrió el carcelero eligiendo en su llavero la más grande llave. Y la puerta volvióse a cerrar y el joven sapo, solo ya, se sentó en un rincón a llorar sus desdichas. Mucho rato después el carcelero entró.

Era un enorme sapo de mirada tan severa que Saltoncito tembló cuando la sintió posarse sobre él.

—Aquí tienes el pan y el agua.

—¡Ay, señor, yo no hice nada! — sollozó Saltoncito, de rodillas. — ¡Perdonadme! ¡Dejadme ir con mi madre!

—Todos dicen lo mismo. Y luego resulta que son

unos facinerosos. Por lo demás, yo no tengo nada que ver.

El viejo, dando un portazo, volvió a dejar solo a Saltoncito.

Este no probó el pan. Tomó un poquito de agua y se quedó dormido.

Lo despertó alguien que lo sacudía. Era el carcelero.

—¡No has comido nada! ¡Eres caprichoso, pequeño! Hay que comer porque, si no, morirás.

—¡Yo no quiero comer, yo quiero irme!

—¡Pero, hijo mío, me hablas como si yo pudiera libertarte! Yo no puedo hacer nada. Come y espera. He preguntado a los soldados y, según ellos, tú no has cometido delito alguno. Pronto te soltarán, quizá.

El sapito volvió a arrodillarse, sollozando.

—¡Perdón! ¡Perdón, señor! — imploró.

—Eres insoportable, — exclamó el viejo abandonando la prisión.

Pero, al poco rato, volvió con dulces manjares y, sonriente, dijo:

—Come de ésto. Veremos si te gusta. Y no te inquietes, que pronto estarás libre, seguramente. ¿Cómo te llamas, hijo mío?

El, con la boca llena, respondió:

—Saltoncito, señor.

—¡Vaya un nombre bien puesto! Porque me figuro que no has de estar un momento quieto. ¡Cómo él! ¡Igual a él!

El viejo sacó un gran pañuelo a cuadros y se enjugó los ojos.

—¿Por qué lloráis, señor?

—¡Ay, yo tuve un hijo igual a tí! ¡Era más bueno!...

—¿Y ahora?

—¡Se me murió! ¡Por andar al sol sin sombrero! Tú nunca andes al sol sin sombrero! ¡Es malísimo, Saltoncito!

El viejo, levantándose rápidamente del banco donde se había sentado, agregó:

—Me voy porque, si me ven aquí mucho tiempo, desconfiarán.

Saltoncito, más tranquilo, observó su prisión.

Había un pequeño lecho, dos bancos y una mesa. Luego, sólo las paredes duras, como que eran de roca.

Se sentó en la cama, moviendo sus colgantes piernas.

—¡Si yo pudiera huir! — pensaba.

Y hacía horas que buscaba el medio de fuga, cuando la puerta se abrió, dando paso al carcelero.

Este caminó algunos pasos, silencioso, encendió su pipa y, después, sentóse en la cama, junto a Saltoncito.

—¡Qué diablillo era aquél! — exclamó.

—¿Quién?

—¡Mi hijo, pues! Tenía tu misma cara. Y, te lo aseguro, era tan despierto como tú.

El viejo se detuvo, con la vista perdida en las blancas espirales de humo.

Luego continuó:

—Fué una gran desgracia. ¡Quién sabe adónde hubiera llegado!

—¿Y yo, señor? — saltó Saltoncito. — A mí todos me decían lo mismo. Y ahora, encerrado aquí, ¿adónde podré llegar?

El viejo se revolvió en la cama. Luego, mirando fijamente al pequeño, dijo:

—¿Sabes que tienes razón? Evidentemente. . . Mira, yo. . .

Se detuvo un instante, después,

—Pero iba a decir tonterías, — agregó. — Me voy. Me voy, que es tiempo ya.

Saltoncito quedó un momento inmóvil y, luego, rompió a llorar.

Al segundo día de prisión, el carcelero llegó seguido por varios soldados.

—Tienes que ir al Tribunal, — enteró.

—¿Y qué es? — preguntó Saltoncito.

—Allí lo sabrás. En marcha.

Los soldados cogieron al pequeño y lo condujeron por sombríos pasadizos hasta llegar a un salón donde, en un enorme pupitre, estaban tres sapos de cara patibularia, con negras togas y grandes lentes. Fren-

te a ellos había un banco hacia donde los guardias empujaron al tembloroso prisionero.

—Sentaos, acusado, — ordenó con voz severa uno de los sapos de lentes.

Saltoncito, sin darse cuenta de que era el aludido, permaneció de pie.

—¿Queréis sentaros, acusado?

—Yo no soy Acusado, soy Saltoncito. Me habéis confundido y por eso estoy preso. Yo no soy Acusado. Dejadme ir con mi madre.

—¡Se burla de la Justicia! ¡Anotad, secretario! — volvió a rugir el juez.

En un pequeño pupitre, junto al grande, un sapo viejecito anotaba lo ordenado.

—Chingón, el comerciante, ha sido asesinado. Todas las sospechas recaen sobre vos. ¿Qué decís a ésto?

Saltoncito, sin salir de su asombro, respondió:

—¿Yo? ¡Nada!

—¡Sois un cínico! Anotad las palabras del reo, secretario. Y no es posible, por la dignidad misma de la Justicia, continuar el interrogatorio.

Inclinóse el juez hacia cada uno de los magistrados que tenía a su lado, conferenció un momento y, luego, de pie, alzando la voz, dijo, solemnemente:

—Estáis condenado a muerte. Mañana, al salir el sol, se hará Justicia. Y vos, secretario, llevad al Rey, la sentencia, para que la firme.

Los soldados cogieron a Saltoncito, quien daba

alaridos desgarradores, y lo llevaron, arrastrándolo.

Y después, la puerta de la celda volvió a cerrarse tras de él.

Se arrojó sobre el lecho y empapó la almohada con su llanto; llanto que contuvo al sentir que alguien entraba. Era el viejo carcelero.

—No llores, hijo mío, — exclamó conmovido.

—¡Me matarán, señor! ¿Y mi madre, entonces?

—¡Alégrate, alégrate, dulce criatura mía! Estás libre.

—¿Yo?

—Sí, escucha. Me enteré por los guardas de tu condena injusta. Y he decidido dejarte huír y quedar yo en tu lugar.

—Pero, ¿y vos? ¡Os matarán, señor!

—No, — mintió el anciano. — A mí no, porque... diré... ¡bah!... cualquier cosa.

—Bueno, entonces, sí. Y mi madre os lo agradecerá mucho; ¡tanto como yo!

El anciano registró en sus bolsillos hasta encontrar el gran pañuelo a cuadros y suspiró, llevándolo a los ojos:

—¡Es igualito! Su voz, su gracia, su dulzura... ¡todo!

—¿Y por dónde se sale, abuelito?

—Mira. Esto es cárcel y, además, el palacio del Rey. No tendrás otro remedio que pasar por él, ya que allí hay menos soldados. Toma el corredor de la derecha y síguelo, síguelo y, después, que la buena suerte te proteja.

Inclinóse sobre el pequeño, dióle un beso y lo empujó suavemente hacia la puerta.

—¡Adiós, Saltoncito!

—¡Adiós, y muchas gracias, señor!

El pasadizo era estrecho y oscuro. Al final, encontró una escalera por la que subió, miedosamente, hasta llegar a una puerta entornada.

Se asomó y vió un amplio salón, desde cuyo techo poderosos focos inundábanlo de luz. El joven tuvo que apoyarse en la pared para no caer, tal fué su asombro al mirar las riquezas que allí había depositadas. La enorme alfombra era de escamas de peces raros y en ella se veía, hecho con piedras preciosas, un espléndido cuadro, en donde un rey hermoso se inclinaba ante una humilde sapita que, con un dedo en la boca, contemplaba asombrada al regio enamorado. De las paredes pendían escudos de irisadas conchas marinas, y espadas, puñales, cascos y lanzas de plata y oro...

Largo rato hubiérase quedado allí Saltoncito; pero comprendió que no tenía un momento que perder. Atravesó la sala y llegó a la única puerta que veía; al entreabrirla, se detuvo, oyendo voces. Miró sigilosamente y vió un sapo cubierto por un bellissimo manto de púrpura, sentado en un trono de oro con gradería de plata. Más abajo, de pie, había cinco más, con trajes hermosísimos. Y escuchó que uno de entre ellos, decía al Rey:

—Es nuestra última palabra. Elegid, pues, entre

el trono y la muerte. Mañana, al salir el sol, responderéis.

Con ceremonioso paso el grupo desapareció por una puerta que volvió a cerrarse sin ruido. Y Saltoncito vió al Rey descender algunos peldaños y detenerse con la mano puesta en la empuñadura de su espada, hecha de una sola esmeralda singular.

¡Qué hermosura la de aquel rostro!

¡Qué nobleza se pintaba en sus facciones!

Y, sin embargo, ¡qué dolor las ensombrecía!

De pronto, Saltoncito le oyó decir:

—Me han dado a elegir entre el trono y la muerte, y ¡tendré que decidirme por la muerte! ¡Soy el sapo más desgraciado de la creación!

Saltoncito, por ver mejor, empujó un poco más la puerta y ésta rechinó.

—¿Quién anda ahí? —gritó el Rey, iracundo, desenvainando su espada.— ¡Espías! ¡Espías de mis ministros en mi propio palacio!

Y abriendo la puerta, se encontró con Saltoncito, quien, trémulo de espanto, había caído de rodillas, con los brazos tendidos.

—¡Perdón! ¡Soy inocente! ¡Perdón!

El Rey lo cogió de un brazo y lo introdujo en la sala del trono.

—¡Cómo era que estabas ahí!

Saltoncito, atropelladamente, contó cómo había sido tomado por los soldados, condenado a muerte y salvado por el carcelero. Y terminó:

—¡Dejadme, señor, irme con mi madre!

Pero el Rey no lo atendía. Se había quedado con los ojos dilatados, fijos en la solapa de la chaqueta gris de Saltoncito. Y, de pronto, preguntó con angustiosa nerviosidad:

—¿De dónde has sacado esa chaqueta?

—De mi casa. Me la dió mi madre. Era de mi padre, que ya murió.

El Rey dejó caer la desenvainada espada que aun tenía en su mano, corrió hacia Saltoncito, lo alzó en brazos y exclamó:

—¡Hijo mío! ¡Eres mi hijo! ¡Esa chaqueta es mía! La reconocí por el trabón. Y tu madre, ¿dónde está?

—Está en casa, — respondió Saltoncito, sin comprender nada.

El Rey, siempre con él en brazos, se sentó en el trono. Y mientras lo seguía besando, dijo:

—¡Yo soy tu padre! ¡Bésame!

Saltoncito, sin dudar ya, se abrazó a su padre.

—Sabe, hijo mío, — contó el Rey, — que cuando tú eras un pequeño de cuna, salí una tarde a buscar alimentos. Súbitamente, me sentí cogido y elevado con brusquedad en el aire. Estaba entre las garras de un águila terrible que me devoraría. Contábame perdido, cuando noté que en nuestra persecución volaba otra águila más fiera y poderosa, de la cual huía la que me aprisionaba. No sé la distancia que recorrimos; pero, al cabo de un rato de vertiginoso

vuelo, sentí que la garra se abría para defenderse y que yo caía. Cerré los ojos, sabiendo que mi muerte era segura, mas, felizmente, dí en el agua y me hundí, perdiendo el sentido. Cuando recobré el conocimiento, vi con espanto que me hallaba rodeado por una muchedumbre heterogénea, compuesta por soldados y gente civil. Todos me miraban silenciosos y sobrecogidos; en eso, la multitud se abrió para dar paso a un cortejo compuesto, al parecer, por altos dignatarios que rodeaban un palanquín donde venía un venerable anciano. Este descendió. Hincando las rodillas en el suelo, dos esclavos presentaronle una bandeja cubierta por fino paño negro. Quitólo el anciano y vi que abría un gran libro. Del palanquín fueron traídos, en estuche de oro, los lentes del extraño personaje quien, poniéndoselos, leyó: — “Y nuestro Rey llegará por los aires. Y despertará entre nosotros. Y él y su descendencia reinarán”. El anciano cerró el libro, y exclamando: “¡El es! ¡No hay duda!”, se arrodilló ante mí. La muchedumbre gritaba: “¡El Rey! ¡El Rey!” Nó había salido de mi asombro, cuando ya marchaba hacia este palacio, seguido por todos.

Saltoncito escuchaba entusiasmado.

Su padre continuó:

—Pero pronto llegaron las desdichas a mi corazón. Pensaba en tí y en tu madre, con quienes me era imposible volver a estar. Yo quise huír del reino para buscaros; pero una tarde salí a la orilla y com-

prendí que nunca podría llegar porque no sabía el camino. Decidí consultar a los sabios, sin enterarlos, claro está, de mis intenciones. Reunidos aquí, yo los interrogué, tratando de orientarme. Pero ellos me aseguraron que el mundo llegaba sólo hasta las colinas que rodean el lago y que, más allá, no hay nada. “No” —les decía yo— “debe haber mucho más”. ¿Y sabes, hijo mío, qué me contestaron? El más anciano, el más sabio entre los sabios, dijo: — “Majestad, con la mayor humildad os digo que hacéis mal en querer saber más que la ciencia”.

—¡Ay, hijo mío, todas las tardes, al morir el día, dejaba el lago ordenando que ninguno de mis servidores me acompañara. Y me ponía a mirar los verdes campos, en los cuales había una ruta, ignorada por mí, que conducía a tí y a tu madre. Y las primeras sombras de la noche me encontraban, todavía entre los juncos, mirando, mirando siempre, aunque sin esperanzas. Después, un día, mis ministros tuvieron una reunión secreta y llegaron hasta mí, en corporación.

—El Libro Sagrado — habló el más anciano — dice textualmente: *Y él y su descendencia reinarán*. Ved, pues, Majestad que no cumplís la profecía. Elegid una de nuestras princesas, que las hay bellísimas y muy dignas de tan alto honor, u ordenad, si así lo preferís, que salgan emisarios por los otros tres reinos del lago a buscar la alta princesa que ha de reinar sobre nosotros y sobre vuestro corazón.

Así habló el anciano y se retiró con los demás ministros. Yo no podía olvidaros, hijo mío. Los fuí entreteniendo con diversos pretextos hasta que hoy, tú lo oíste, me fijaron un término que expira al amanecer. La suerte ha querido que viva y sea feliz.

Inclinándose a un lado del trono, golpeó con un martillo en una campana de plata. Varias puertas se abrieron y una fila de guerreros de brillantes armas se tendió frente al trono.

—Id por los heraldos, — gritó el Rey — y que anuncien por todos mis dominios que tienen reina, ya.

Dos oficiales salieron corriendo a cumplir el mandato.

El Rey hizo señas al Jefe de la Guardia de que se aproximara, pronunciando por lo bajo algunas palabras. El viejo guerrero volvióse hacia su gente, ordenando con voz de trueno:

—¡Soldados, presentad armas a vuestro Príncipe!

En eso, un servidor entró y, arrodillándose frente al Rey, tendióle una bandeja negra, sobre la cual había tinta, pluma y un pergamino.

—Del Sagrado Tribunal de Justicia. Para que firméis la orden de condena que, por la ley, corresponde al carcelero que deja escapar un prisionero.

—Firmaré ésta, pero mañana investigaré el por qué de tantas penas de muerte como hay aquí — dijo el Rey, cogiendo la pluma.

—¡Papá! ¿Qué vas a hacer? — gritó Saltoncito.
— El fué quien me dejó huír. A él le debemos todo.

Y yo quiero que lo suelten en seguida. ¿Para qué soy Príncipe?

Y encarándose con el empleado del Tribunal, mandó con imperio:

—¡Que vengan inmediatamente los jueces! ¡Lo ordeno yo, vuestro Príncipe!

Al poco rato aparecieron los tres magistrados, trémulos de espanto, con la cabeza inclinada y los sombreros en la mano. Frente al trono hicieron una profunda reverencia.

El Rey, entusiasmado, dejaba hacer a Saltoncito.

—Quitaos también vuestros lentes. Frente a un Príncipe hay que sacarlos junto con el gorro — indicó Saltoncito.

Y, luego, agregó:

—¡Os castigaré severamente por vuestra injusticia y vuestra crueldad! ¡Soldados, prended a esos sapos! Ponedlos en calabozos separados y no les déis más que pan y agua hasta nueva orden.

Algunos soldados salieron empujando a los jueces, quienes se agarraban la cabeza con desesperación.

—Ahora, papá, ven conmigo. Vamos a visitar a mi amigo, el carcelero.

Atravesaron la sala por donde llegara anteriormente Saltoncito y tomaron el oscuro corredor iluminado ahora por los soldados que llevaban antorchas.

Al llegar a la puerta de la celda donde se hallaba el héroe, el cortejo se detuvo.

Uno de los guardianes puso la llave en la cerradura y la hizo girar.

Cuando se abrió la puerta se oyó una voz desde el interior:

—¿Venís a buscarme ya? Moriré contento.

—No, no morirás—gritó el Monarca, abrazando al anciano.

—¡Mi Rey! — exclamó éste con asombro.

Saltoncito saltó a su cuello y dijo alegremente:

—Sí, tu Rey y tu Príncipe, querido viejo. Yo soy el Príncipe que viene a buscar al Jefe de su Guardia.

Y dirigiéndose al guerrero de más alta graduación, solicitó:

—Prestadme, general, vuestro uniforme más nuevo.

El guerrero salió corriendo.

El Rey, democráticamente, se sentó en el lecho, e hizo poner de un lado a Saltoncito y del otro al anciano, que sollozaba. Pero Saltoncito, desobedeciendo la real orden, se tiró al suelo y sentóse en las rodillas de su carcelero. Cuando volvió el general, seguido de un asistente que llevaba la ropa solicitada, Saltoncito hizo salir a todos, hasta al propio Rey, del calabozo. Miró el uniforme, miró al viejo, y afirmó:

—Te quedará como de medida. Sácate la ropa.

El obedeció, cohibido. Se sacó sus pantalones lle-

nos de remiendos y metió las piernas en los otros; luego quitó su viejo saco y púsose la chaquetilla bordada en oro y el casco con hermosas plumas verdes y rojas. El viejo se miraba, daba unos pasos, volvía a mirarse, y todavía no se animaba a sonreír.

Saltoncito comprendió que producían muy mal efecto los burdos zapatos deslustrados, pero hizo como que no lo notaba y dijo:

—Salgamos, Mariscal, que el Rey y su séquito nos esperan.

—¿Pero y tú? — reparó el Monarca, al verlos.— ¡Te has olvidado de tí!

¡Era verdad! Saltoncito estaba con su vieja chaqueta de pana gris y sus zuecos llenos de lodo.

—Después... Después hay tiempo. ¿Adónde vamos, padre mío?

—Primero a mis habitaciones, a cambiarte de ropa. Luego a la sala del trono donde debe de estar toda la corte esperándote.

Llegaron a la cámara regia y penetraron sólo el Rey, Saltoncito y el anciano carcelero.

—¿Y cómo te llamas, querido Mariscal? Me había olvidado de preguntarte el nombre — dijo Saltoncito.

—Kum-Guam, Alteza—respondió el aludido, quien no sacaba los ojos del joven, embobado.

—Pues Mariscal Kum-Guam, te aseguro que tengo más ganas de quedarme aquí con papá y contigo, que de ir a la corte. Indudablemente, la vida de los

Príncipes tiene cosas fastidiosas. Ordena que te cambien tus zapatos por unas buenas botas de charol.

Los pajes habían quitado la ropa y el calzado del joven Príncipe y lo empezaron a vestir. Primero, le pusieron medias de seda blanca. En seguida, zapatos de raso negro con hebillas de brillantes. Después, camisa de seda, anudándole al cuello una hermosa cinta, blanca también. Luego, pantalón corto de terciopelo negro, y negra chaquetilla por el extremo de cuyas mangas asomaban blancos encajes. Colocáronle más tarde un cinturón de plata, del que colgaba elegante espadín, y el propio Rey púsole en la cabeza un gorrito también de negro terciopelo, con una pluma blanca que caía graciosamente junto a su cara.

—¡A ver! — exclamó el joven Príncipe, dando un salto. — ¡Espejos para mí y mi Mariscal!

Traídos que fueron los espejos, ambos miráronse y dieron algunos toques al arreglo; después se contemplaron, riendo Saltoncito, aún con asombro el viejo carcelero.

Y el primero dijo:

—Partamos. Los cortesanos están ansiosos por vernos. Y vosotros, — previno dirigiéndose a los pajes — sois responsables de mi traje viejo. Guardadlo en un arca y ponedle llave.

El Rey y el Príncipe delante, detrás el Mariscal Kum-Guam, cuyas piernas se trababan con la espada, y luego la brillante comitiva de soldados, llegaron a la sala del trono.

Los soldados se quedaron de guardia. Sólo el Monarca, el Príncipe y Kum-Guam penetraron en el recinto, rutilante por las joyas que las damas ostentaban. Toda la corte se abrió en doble fila, inclinándose al verlos llegar. El Rey y el Príncipe contestaban con finas sonrisas y pequeños movimientos de cabeza a las profundas reverencias de los cortesanos.

Detrás, tan rígido como su espada y terriblemente serio, seguía el viejo Mariscal.

Después de esta ceremonia, el Rey se detuvo a conversar con algunos de sus favoritos, y el pequeño Príncipe encantó a todos con su afectuosa dulzura.

Adonde quiera que fuera seguía el Mariscal, sudando a mares.

—¡Yo no puedo aguantar más las botas, Alteza! — confesó al fin, al oído de Saltoncito.

—Pues vete a mis habitaciones, sácatelas y espérame.

El Mariscal, en cuanto traspuso la sala, quitóse las botas, y descalzo, llegó a la cámara.

Mientras tanto, en la sala, por lo bajo, claro está, no se decían más que cosas como éstas:

—¡Qué esbelto! ¡Qué hermoso! ¡Y qué distinción! ¡Y qué sencillez!

Las marquesas, las condesas y otras altas damas quedaban de pronto silenciosas, soñando con que un día aquel hermoso joven les dijera: — “Os pido, señora, la mano de vuestra hija”.

El Rey estaba encantado viendo a su hijo desem-

peñarse tan correctamente. Y de pronto, habló a los caballeros y damas que le rodeaban:

—No veo jóvenes. ¿Por qué se ha hecho tan rigurosa la invitación? Os ruego, señoras y señores, que mandéis invitar a vuestros hijos en nombre mío y del Príncipe.

Media hora más tarde, el salón resultaba pequeño para la concurrencia.

El Rey y el Príncipe se habían retirado un momento a sus habitaciones. Un heraldo llegó al fin y anunció en alta voz:

—El Príncipe recibe en el Salón Blanco.

Hacia allí se dirigieron todos por entre una doble fila de soldados que presentaba armas.

La sala era tan hermosa, que jamás hase visto semejante en la tierra. De mármol las paredes; de mármol sobre el cual el marfil dibujaba deliciosas escenas y las conchas marinas multiplicaban sus imágenes. De alabastro los asientos, calados prestigiosamente y con airosos espaldares. Y en el centro de la sala se alzaba un gigante coral blanco que extendía hacia todas partes sus ramas delicadas, de las que blancas perlas irradiaban blanquísima luz.

Una invisible orquesta empezó a tocar.

Y después de presentárseles todos, el Rey rogó:

—¡Danzad, danzad, hijos míos! Yo y vuestros padres nos iremos a la sala del trono.

—Iniciad la danza, Alteza — solicitaron los jóvenes.

Saltoncito iba ya a invitar a una dulcísima joven, cuando tuvo un sobresalto. Recordó que él no sólo no sabía, sino que ni había visto nunca bailar.

—Dispensad, amigos míos — balbuceó. — Los médicos, por un tiempo, me han prohibido el baile. ¡Abusé tanto!...

Se formaron, entonces, parejas de danzantes, y, los demás, o tomaban asiento o hacían grupos deliciosos.

Saltoncito quedó junto a la joven a quien pensó invitar a bailar. Sus compañeras habíanse alejado y ella permanecía allí, inmóvil, con los ojos bajos, sin resolverse a ir con sus amigas. No vestía tan ricamente como las demás; pero la sencillez del traje realizaba su esplendor.

—Yo pensaba invitarte a bailar cuando recordé la orden de mis médicos. ¿Te gusta mucho, amiga?

—No, Alteza. Y además, yo no podría bailar con vos, Alteza.

—No me digas más Alteza. ¿Y por qué no podrías?

—Porque no soy noble.

—¿Qué?

—Mi padre que es médico, fué quien curó a Su Majestad cuando los médicos del palacio no sabían qué tenía. Y entonces lo hizo su médico y le rogó que me presentara a la corte. Por eso vengo.

—No preguntaba eso. Decía por qué no puedes danzar conmigo...

—¡Sería un escándalo, Alteza!

—Pues mira, yo no sé bailar, pero aprenderé y daremos un escándalo a la corte, ¿quieres?

—¡Alteza!

—¡No me digas Alteza! ¿Quieres sentarte conmigo?

Ambos atravesaron el salón y tomaron asiento. Ella, de cuando en cuando, hacía correr entre sus nerviosos dedos el collar de pequeñas perlas, su única joya.

—Creo que seremos grandes amigos, ¿quieres tú?

—¡Yo, tan humilde!... ¡Vos, tan!...

—¿Yo tan qué? — interrumpió él. — Yo soy un pobre sapo, amiga mía, un pobre sapo que he tenido mucha suerte y nada más. Y si el ser Príncipe me prohibiera tu amistad, pues les tiraría el principado y asunto concluido.

—¡Señor, vos sois!...

—No me trates más así, que me disgustas. Dime tú, como yo te digo.

—Vaya, pues... pues tú... eres un Príncipe muy extraño!

—Y tú, una joven muy buena y muy hermosa.

Ella se turbó y no supo responder.

Un paje, en bandeja de nácar, presentóles licores y dulces. La concurrencia era servida también.

Mientras bebía un licorcillo de dulce sabor, el Príncipe inquirió:

—¿No tienes novio, amiga?

—No, Alteza, ¿y tú?

—Tampoco. Es una desgracia esto de no tener novia. ¡No sé qué voy a hacer, te lo aseguro!

La música volvió a oírse y, dejando sus copas y sus dulces, las parejas se entregaron al baile.

—¡No sé qué voy a hacer! — repitió el Príncipe, con trágico acento.

—Tendrás que buscar — respondió ella, avivándose.

—Sí, ¿y dónde?

—Aquí, entre las de tu clase.

—¿Y si me dice que no?

—¿Quién no va a aceptar a un Príncipe?

—¿Tú lo crees?

—¡Claro!

—Bueno, amiga mía, te elijo a tí! ¿Quieres ser mi novia?

—¡Pero Alteza!... ¡Vos os burláis! ¡Sois cruel! ¡Vos!... — exclamó, casi sollozando, la joven.

—¿No ves? ¡A pesar de ser Príncipe, me dices que no! — dijo él, con los ojos brillantes de lágrimas.

—¡Pero Alteza! — volvió a hablar ella, cada vez más atribulada — yo no os digo que no, yo os digo que...

—¿Qué sí? — interrumpió el Príncipe.

Ella guardó silencio, con los ojos bajos. Y luego, alzándolos y sin atreverse a fijarlos en los de su compañero, murmuró temblorosa:

—¡Que sí!

—¡Cuando mi madre se entere —dijo el Príncipe— será muy feliz!

—¿Y Su Majestad consentirá, Alteza?

—Y si no consiente, es lo mismo. Le entrego su principado y nos vamos del reino a vivir en cualquier parte.

—¡Eres intrépido! —suspiró ella, arrobada.

El Príncipe llamó a uno de los servidores y le ordenó algo. Poco después, el Rey penetraba en la cámara y se dirigía hacia ellos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó rápidamente el Príncipe, al ver aproximarse a su padre.

—Flor del Nenúfar.

—¿Qué deseas, hijo mío? —interrogó el Rey, después de inclinarse ante la dama.

—Padre —dijo serenamente el Príncipe,— Flor del Nenúfar hame dispensado el alto honor de admitirme como novio. Deseo tu consentimiento.

—¡Lo tenéis, hijos míos! ¡Y qué alegría me causáis! Flor del Nenúfar, hija mía, toma como recuerdo de esta inolvidable noche.

Y quitándose del pecho un prendedor hecho de una sola perla maravillosamente irisada, se lo entregó a la joven.

Para esto la danza había cesado y los bailarines no sacaban los ojos del Rey y de los dos jóvenes. Diéronse perfecta cuenta de la alegría del Monarca y vieron a Flor del Nenúfar colocar en su palpitante pecho el extraordinario prendedor. No salían de su

asonbro, cuando el Rey, dejando al Príncipe con su novia, se les aproximó para decirles:

—El Príncipe ha elegido su prometida y entrará con ella en la sala del trono. Preparaos, hijos míos, para formar su cortejo.

Inmediatamente ordenó que un heraldo fuera hacia allá para esperarlos preparado. Y luego, uniéndose al Príncipe y a la joven, salió seguido del brillante acompañamiento.

Al llegar, una voz anunció, estentórea:

—Su Majestad, el Rey. Su Alteza el Príncipe. Su Alteza, la Princesa Flor del Nenúfar.

—¿Qué? —gritó un anciano, al oír las últimas palabras del heraldo.

—¡Como lo oís, Flor del Nenúfar! ¡Vuestra hija ha tenido suerte, mi querido Doctor, —respondió una duquesa que estaba con el médico.

El Rey, el Príncipe, Flor del Nenúfar y su séquito, aparecieron.

El Príncipe, sonriente, con la cabeza erguida; ella tenía los ojos bajos, humildemente.

Los vivos atronaron el espacio. Todos estaban contentos aquella noche a la cual el Rey, con justicia, llamara inolvidable.

—¡Ah, si tu mamá estuviera aquí!—decía Flor del Nenúfar a su novio.

—¿Mamá? ¡No la conoces! A estas horas estaría en su cámara, frente a su cesta de costura. Ya la verás. Ya la verás.

Pronto, la joven y su padre se despidieron del Monarca y de su hijo, quienes poco después, se retiraban a sus habitaciones, donde el viejo médico y Flor del Nenúfar —que habían simulado irse,— los esperaban ya.

Saltoncito quiso que su antiguo carcelero y flamante Mariscal conociera a su novia. Este estuvo con ellos un momento y dió un gran suspiro de alivio cuando le permitieron retirarse, yendo en seguida a sacarse las botas.

Al rato, Saltoncito apareció en la habitación del Mariscal. Arrojó su gorro sobre uno de los lechos, quitóse el espadín, se sentó y, mirando alegremente al viejo, dijo:

—¿Qué te pareció, amigo?

—Tienes buen ojo y buena alma, hijo mío. En mis años vi nada más lindo y más angelical que Flor del Nenúfar, mi Princesa.

—¡Muchas gracias! Y ahora, a dormir, que mañana tendremos mucho en que ocuparnos y, al anochecer, saldremos del reino en busca de mamá.

Acostáronse ambos y quedáronse profundamente dormidos.

Cuando Saltoncito abrió los ojos, halló en los suyos los ojos de su padre quien, ensimismado, lo contemplaba desde largo tiempo. Saltoncito se abrazó a su cuello y permanecieron así, sin decir palabra.

—Hijo mío, —habló después el Rey,— el Consejo de Ministros desea presentarte sus respetos.

—Muy bien. Que se me vista inmediatamente.

Los pajes cumplieron su misión.

El joven Príncipe salió con su padre de la cámara. Y una voz, entonces, gritó:

—¡Soldados! ¡Presentad armas!

Una espada brilló en el aire, cegadora, al hacer el saludo de ordenanza; ¡la espada del Jefe de la Guardia, la del antiguo carcelero!

—Buenos días, mi Mariscal. Veo que pisas con seguridad. Muy hermosas son tus nuevas botas.

El Mariscal permaneció rígido, con la empuñadura frente a sus ojos, tomando muy a lo serio su papel.

—¡Mariscal, mi Mariscal, yo no puedo estar sin tí! Deja la guardia al mando de tu segundo jefe y ven con nosotros.

Kum-Guan, resonando las espuelas de sus botas, se unió a ellos y con ellos penetró en la sala del trono.

Los siete ministros hicieron una profunda reverencia.

El Rey habló:

—Mis amados ministros, desde hoy el Príncipe tiene tantas atribuciones como yo en los asuntos de Estado. Que a todos nos inspire siempre el deseo de hacer la felicidad del Reino, y... ¿Pero qué es eso? ¿Qué rumor se escucha?

Parecía como si el lejano mar estuviera en la calle.

—¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo que quiere conocer a su Príncipe! — exclamaron los ministros.

Saltoncito, entonces, ordenó:

—¡Abrid los balcones!

Se abrieron éstos y el joven, seguido de su padre, de Kum-Guam y los ministros, se asomó.

Las aclamaciones, tanto tiempo contenidas, brotaron en el pecho de la multitud.

—¡Viva el Príncipe! ¡Viva! ¡Que hable!

Luego, ya no se oyó más que:

—¡Que hable! ¡Que hable el Príncipe!

Saltoncito vaciló, pero, después, tendió la mano hacia la multitud. Se hizo un profundo silencio.

El joven Príncipe comenzó:

—Amigos míos: yo os quiero mucho y...

La multitud lo interrumpió aplaudiendo frenéticamente.

...y trataré de hacer vuestra felicidad.

Nuevas interrupciones.

—Yo no sé nada de nada, os lo aseguro. Pero soy bueno, y eso, con vuestra ayuda, bastará. Cuando traiga a mi madre venid a verla. Os encantará porque es buenísima. Adiós.

El público se enloquecía gritando.

—¡Es un dios! —decían.— ¡El cielo nos lo ha enviado!

El viejo Mariscal sollozaba.

Los ministros buscaban sus pañuelos debajo de las togas e, inadvertidos, se los pasaban por los lentes en vez de por los ojos.

El Rey habíase quedado con una mano de su hijo apretada nerviosamente entre las suyas...

De pronto, un grito unánime atronó el espacio.

—¡Que baje! ¡Que baje hacia nosotros! ¡Que venga con nosotros!

El Príncipe, el Rey, Kum-Guam y los ministros ya no estaban en el balcón.

Y las pesadas puertas del palacio abriéronse de par en par, y la figura del Príncipe apareció frente a la multitud y se dirigió hacia ella.

Iba solo el Príncipe. El Monarca, el Mariscal y los ministros permanecían inmóviles en lo alto de la escalinata. Iba solo, con su traje de terciopelo negro, sus blancas medias largas, su espadín y su gorrito de airosa pluma.

—¡Es un dios! ¡Es un dios! — exclamó de nuevo la multitud, cayendo de rodillas.

Y el Príncipe decía, con los ojos brillantes de lágrimas:

—¡Yo sólo soy un pobre sapito! No digáis esas cosas, que me haréis llorar!

Bello ramo de flores le ofreció una pequeña y, luego, otros imitaron su ejemplo, brindándole las suyas. Saltoncito ya no podía tener tantas. Entonces, las gentes se las arrojaban al pasar. Y cual policromados fuegos de bengala, así atravesaban el es-

pacio, tirando de sus tallitos verdes, las perfumadas corolas azules, rojas, amarillas, blancas. . .

Pero, ¿qué es eso allí? ¿Allí, a la izquierda del Príncipe? ¿Aquel grupo que rodea a un anciano? ¿Qué dice? ¿Habla? No. ¡Llora!

Saltoncito, deteniéndose, clavó sus ojos en él y preguntó:

—¿Por qué lloráis, abuelo?

—Porque no puedo veros. ¡Soy cieguito!

El Príncipe llegó hasta él, cogió entre sus manos la cabeza del anciano y púsole en la frente sus labios, con dulzura.

—¡Ya os vi! —gritó el anciano.— ¡Os vi el alma, Alteza!

Y era tal su alegría, que de nuevo rompió a llorar.

Pasó mucho tiempo antes de que Saltoncito volviera al palacio.

—Padre mío, —dijo,— quiero conferenciar con los ministros. Déjame a solas con ellos.

Desde el vestíbulo, se oyó, poco después, la acalorada voz de Saltoncito.

En la mesa, recién volvió el Rey a encontrarse con su hijo.

—¿Cómo es eso, padre mío? —habló severamente Saltoncito.— El pueblo está completamente desorganizado, las contribuciones son terribles, los. . .

—¡Yo no pensaba más que en ustedes!, —dijo el Monarca, disculpándose, con los ojos bajos.

—Sí, ya lo sé, papá. Pero. . . pero debiste. . .

—¡Perdóname! — balbuceó el Rey sin alzar la vista.

—No, no es para tanto. Pero, ahora, hay que recobrar el tiempo perdido. Ya he rebajado los impuestos. Proyecto varias cosas que no tengo bien med.tadas todavía. . .

Y dirigiéndose a Kum-Guan, preguntó:

—¿Tenéis todo dispuesto, Mariscal?

—Sí, Alteza.

—Bien. Ya sabéis. Al atardecer partiremos del lago.

Después del almuerzo, el Príncipe se tendió a descansar un rato, hasta la hora en que concurrirían de nuevo los ministros.

Venidos éstos, conferenciaron largamente e impartió algunas órdenes. Cuando se retiraron hizo llamar a los jueces prisioneros.

Al llegar, recordando la amonestación del Príncipe, se quitaron los lentes, aun antes que los gorros.

—Sabed que estáis libres y, también, cesantes. Yo me encargaré desde hoy de administrar justicia. Y, por si algún día os repusiese en vuestros cargos, no olvidéis nunca que la justicia es bondad. Marchaos y sed felices, amigos míos.

—Alteza —dijo el más viejo de los jueces—, disponed de mí si necesitáis algún código, algún. . .

Saltoncito, con violento esfuerzo para conservar su seriedad, respondió, inclinándose:

—Os agradezco. No lo echaré en olvido.

A orillas del lago, más allá de los juncos, se notaba una gran animación. Los soldados iban y venían haciendo sonar sus armas; doncellas agrupadas alrededor de lujosas literas, colgábanles cintas y corfinas de seda; y en un arca enorme, con doradas agarraderas, innumerables obreros depositaban hermosos trajes femeninos de riquísimas telas, y joyas y flores...

Seguidos de un cortejo brillante, compuesto por altas damas y nobles caballeros, aparecieron el Rey y Kum-Guam. Esperaban algo, al parecer. De súbito, todos dirigieron su vista hacia un lugar de la orilla. Entre los juncos y las flores del agua que dejaban posar sus pétalos sobre la blanda superficie ondulante, recortada en la vaguedad crepuscular, una pareja se acercaba lentamente, ensimismada: eran Flor del Nenúfar y su Príncipe.

—¡Verás qué buena es! — decía él.

—Ansío entrecharla sobre mi corazón, — decía ella.

Cuando llegaron al grupo, el Príncipe habló así, observando el cielo:

—Hay que esperar, aún. ¿Y esas nubes? ¡Sería una gran contrariedad!

En efecto: las nubes tendían su manto.

Pero pronto siguieron su camino y el cielo apareció con sus estrellas.

—¡Miradla! ¡Esa es la que nos guiará! — dijo el Príncipe tendiendo su mano.

—¡Es la más hermosa y brillante del cielo! — exclamó la multitud, con entusiasmo.

Ya iban a ponerse en marcha, cuando el Príncipe volvió a hablar.

—¡Ay!, mi madre llevaría una impresión demasiado fuerte si me viera con este traje. Esperad un momento.

Poco después, apareció con sus zuecos y su traje de pana gris.

—Te juro, —aseguró a Flor del Nenúfar, al tomar asiento junto a ella en la litera y hundiendo las manos en los profundos bolsillos—, te juro que, con esta ropa, me siento más cómodo y más calentito.

Ella aprobó:

—Y te queda... ¡monísimo!

En marcha ya, el Príncipe entornó los ojos y siguió hablando, con voz que cada vez parecía más lejana.

—¡Qué felicidad!, ¿eh?... Estoy muerto de fatiga, pero contento. Trabajé todo el día. ¡Qué lindo es ser bueno!, ¿eh?... Mamá se pondrá muy contenta... La estrella que nos guía es hermosa, ¿verdad?... ¡Pobre "Conversa con la Noche"!... ¡Si él me viera, ahora!... Glu-Glu... el bosque... Flor del Nenúfar, amiga mía...

Y su cabeza, ya sumido en el sueño, posóse dul-

cemente, como una paloma, sobre el hombro de la joven amada.

—Pero Mángeo, me invitaste a cenar y resulta que tienes también otro invitado.

—¿Por qué, Glu-Glu?

—Has puesto tres cubiertos.

—Es que siempre pongo el de Saltoncito. Aunque quisiera dejar de hacerlo, no podría.

El anciano Patriarca bajó la cabeza.

—¡Pobre mi hijo! ¡Quién sabe dónde estará ahora!

—¡Oh! Tengamos fe en él. Nuestra fe dará, a él, fuerzas para seguir; a nosotros, para esperar.

—Yo lo que quería era tener siempre a mi hijo conmigo! ¡El mundo está tan lleno de peligros! ¡Es tan difícil triunfar! ¿Qué puede obtener mi hijo sino dolores? ¡Ya lo veo llegar! Triste, desilusionado... Pero yo lo alegraré y le haré olvidar todo con mis besos y mis caricias...

En eso golpearon a la puerta. Y la puerta se abrió, y Saltoncito, con sus zuecos y su traje de pana gris, se precipitó en brazos de su madre.

Esta sollozaba de alegría. Glu-Glu habíase quedado mudo. Y a ambos estrechó Saltoncito sobre su corazón.

Al cabo de un momento en que los otros, creyendo

al joven fracasado en sus sueños, no preguntaron nada, Saltoncito dijo:

—¡Caramba, tres cubiertos!

—¡Yo siempre ponía el tuyo, hijito! — aclaró la madre, todavía con lágrimas.

—Pues habrá que poner dos más.

—¿Qué? ¿Traes amigos contigo?

—Sí. Prepárate para recibir grandes alegrías. Uno de mis amigos es... ¡mi novia!

—¡Pero hijo mío! ¿Cómo es eso? ¡Ay, qué felicidad! — decía a tropezones la madre.

—Y el otro amigo es... ¡Madre, el otro amigo es papá!

Y ambos, entonces, entraron en el comedor. Y la escena que sucedió es indescriptible.

Bajo los altos astros, la brillante comitiva se puso en marcha. La primera litera era ocupada por los reyes y los príncipes. Mángeo y Flor del Nenúfar, en un asiento; frente a ellas, el Rey y Saltoncito.

Detrás, en la otra, el Mariscal Kum-Guam iba cómodamente reclinado, la espada entre sus piernas, oyendo con vivo interés episodios de la niñez de Saltoncito que Glu-Glu le contaba.

—¡Siempre fué igual, os lo aseguro, Mariscal!

—¡Yo lo suponía!... Sacad vuestra pipa y llenémosla de este buen tabaco, querido amigo.

Al llegar al Reino, el pueblo los recibió con grandes fiestas, que duraron tres días. Poco después, se celebraron las bodas de Flor del Nenúfar con el Príncipe. Realizáronse en plena plaza pública, rodeada por la multitud que lloraba de alegría.

Y fué el pueblo el que, ya para siempre, llamó a Saltoncito *El Bien Amado*.

FIN.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>	
RAZA CIEGA		
El Hombre Pálido	9	
Pedro Iglesias	17	
Yerra	39	
María del Carmen	45	
Cosas de la Vida	63	
Visita de duelo	75	
El Angelito	81	
Todavía no	97	
Lo inefable	127	
SALTONCITO. — Novela para niños		143

madeja mágica de su palabra, que relumbrantes de una gema aún no
dondequiera estuviere congregaba la gen- minada de tallar mudanzas

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL DIA 20 DE JULIO
DE 1936, EN LOS TALLERES DE
LA «IMPRESORA URUGUAYA»
S. A., MONTEVIDEO, PARA LA
«SOCIEDAD AMIGOS DEL LIBRO
RIOPLATENSE»

*



178521

DAS
CA
oga
ros
NCO
yró
ldo
Gil
che
vez
ña
ES
oli
oni
es
tti
na
O
)



PRINTED IN URUGUAY